

# EL ARTE DE EDUCAR.

CURSO COMPLETO

DE

PEDAGOGÍA TEÓRICO-PRÁCTICA,

APLICADA Á LAS

ESCUELAS DE PÁRVULOS:

obra indispensable á los maestros de esta clase, ven-  
tajosa á los elementales  
y superiores, y útil á los padres de familia.

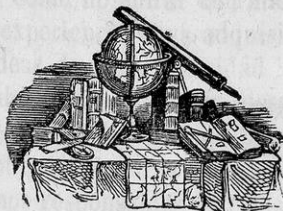
POR

D. JULIAN LOPEZ CATALAN,

profesor de primera enseñanza  
superior, director de la Escuela-modelo de párvulos de  
Barcelona.

TOMO SEGUNDO.

EDUCACION RELIGIOSA Y MORAL.



BARCELONA.

LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES.

EL ARTE DE EDUCAR.

CURSO COMPLETO

DE

PEDAGOGÍA TEÓRICO-PRACTICA

APLICADA A LAS

ESCUELAS DE PÁRVULOS:

obra indispensable á los maestros de esta clase, para  
trabaja á los elementales  
y superiores, y útil á los padres de familia.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

D. JULIAN LOPEZ CATALAN,

profesor de primera enseñanza  
superior, director de la Escuela-modelo de párvulos de  
Barcelona.

TOMO SEGUNDO.

EDUCACION RELIGIOSA Y MORAL.



BARCELONA.

## Á NUESTROS LECTORES.



Con paso tembloroso, pero con ánimo sereno y fé sincera, entramos en la segunda parte del camino que nos hemos propuesto recorrer: lo primero, porque tememos desviarnos en un terreno, de suyo tan escarpado y vírgen todavía: lo segundo, porque la importancia de nuestra tarea exige un criterio asaz prudente y desapasionado, criterio que no se llega á adquirir en poco tiempo, ni cuando á la observacion falta la guia de un levantado zelo.

— ¿Y cómo no entrar con temor á tratar el mas importante asunto de cuantos se relacionan con la humanidad? ¿Y cómo no entrar con miedo á exponer el fruto de una experiencia cuya adquisicion es tan difícil, y unas ideas de cuya veracidad é interpretacion puede depender la felicidad ó la desgracia de todos aquellos seres que se hallan bajo la tutela de quienes acojan y practiquen nuestros preceptos?

— ¿No seríamos responsables ante los hombres y ante Dios, de todos cuantos perjuicios ocasionásemos? Del bien y del mal á que dén lugar nuestras lecciones, no seremos nosotros los causantes?

Si antes de escribir, empero, sobre el modo de dirigir la educacion religiosa y moral de la infancia, tiembla nuestro pulso y nuestro cuerpo se vé agobiado, es solamente ante la contemplacion de la grandeza del asunto que vamos á tratar, no ante la duda de poder ó no hacerlo con acierto; pues, conociendo las graves consecuencias que acarrear podría un paso dado en falso, preferiremos callar aquello de que no tengamos ideas verdaderas, y aun sobre las que lo sean, haremos todas las salvedades necesarias.

No ignoran cuantos hayan observado de cerca á los niños, cuán pocas reglas pueden darse *á priori* para conocer perfectamente sus individuales inclinaciones: caractéres que en unos prueban la existencia de una propension moral determinada, en otros son signos de otras propensiones diferentes. ¿Cuántas veces no se halla un egoismo refinado allí donde creíamos asentadas las bases de una ilimitada generosidad? ¿Cuántas veces no suelen confundirse la humildad y el servilismo, el cariño y la adulacion, el pundonor y el orgullo, el amor propio y la vanidad, la justicia y la inhumanidad, y, sobre todo, la virtud en general y la hipocresía?

¿Cuántas veces un mismo vicio se presenta con distintos síntomas en niños de edades y temperamentos iguales?

¿Cuántas un procedimiento corrige á algunos, al paso que, aplicado con idénticos fines en otros, produce opuestos resultados?

¿Cuántas veces la simple diferencia de ocasiones es parte suficiente á hacer inútiles los medios que en casos análogos habian sido eficaces?

Difíciles de comprender son las enfermedades del

espíritu ; poco caracterizados y ménos conocidos los síntomas con que se presentan ; atrevido, el diagnosticar y pronosticar sobre ellas con acierto ; y, por consiguiente, nada mas que probable el éxito de un prudente y meditado plan curativo.

Pero por más obstáculos que se opongan , por más dificultades que se presenten, la salud del alma no es un imposible en la mayor parte de los casos ; y así como en medicina se estudian, se observan, se prueban y se calculan los medios de escudriñar paulatina y acertadamente los fenómenos de la vida fisiológica, descubriéndose cada dia ideas nuevas que vienen á iluminar poco á poco los arcanos de la ciencia , y á hacer mas eficaz y fácil el arte de curar ; así tambien en educacion debemos seguir una conducta semejante, á fin de que , observando detenidamente la infancia, sus inclinaciones y virtudes, sus propensiones y sus vicios, las causas que ahogan los gérmenes de aquellas, los motivos que originan y fomentan estos, y los medios que con buen éxito se hayan usado para escitar el bien y desarraigar el mal, logremos, á fuerza de experiencia y modificaciones ( modificaciones que se hacen necesarias segun los casos ), conocer la existencia de la niñez , moralmente considerada, algo más de lo que hasta ahora se conoce, y proceder, por tanto, con mayor acierto en el difícil arte de educar.

¿Y es esto obra de un dia ? No ; es de muchos años ; no basta la edad de un solo hombre, ni su única observacion : preciso se hace el consagrar á ello detenidas y continuas vigiliias, en distintos paises ; con niños diferentes , de edades desiguales , de múltiples temperamentos ; y reuniendo despues los datos que hayan podido suministrar todos cuantos hayan consu-

mido su vida y su paciencia en un trabajo cuya dificultad se encuentra en armonía con el incalculable provecho que de él reportará la humanidad entera, entónces es cuando podrán nuestros sucesores obrar con mas conocimiento y seguridad en las importantes tareas á que nos dedicamos ahora nosotros.

Para conseguir tan laudable objeto, no serán suficientes nuestras observaciones; pero como débiles trabajadores aportamos el fruto de nuestra experiencia, y contribuimos al escribir la segunda parte de este libro con el sacrificio que nos es posible hacer, dadas nuestras cortas facultades.

Poco meritorios serán nuestros consejos; tampoco todos llevarán el sello de la perfeccion, pues que para esto se necesita una experiencia mas general y una ilustracion que dejamos de poseer. Mediten, sin embargo, nuestros lectores sobre las ideas que apuntamos; hagan de ellas, con prudencia, las aplicaciones á que se prestan, y si de modificacion en modificacion se logra al último formar un cuerpo de doctrina, que, nacida de la práctica constante, pueda servir despues de guia á los que han de reemplazarnos en el difícilísimo arte de educar, ya que no enorgullecidos de haber llevado á cabo una obra de tanta trascendencia, viviremos y moriremos satisfechos de haberla, al ménos, comenzado.

## PARTE SEGUNDA.

### LECCION PRIMERA.

#### **Estado moral en que se encuentra la infancia.**

*Sumario.*—Sensibilidad infantil.—Voluntad, su norma.—Conciencia, su estado.—Causas que influyen en las pecaminosas inclinaciones de la infancia.—Poder del ejemplo —En la infancia no hay vicios ni virtudes verdaderas.—Sentimiento religioso en la infancia.—Propensiones mas comunes que se observan en ella.

A pesar de que en la infancia existen las mismas facultades morales que en la juventud y en la virilidad, sería cerrar los ojos á la luz de la diaria experiencia el pensar que aquellas se encuentran en un estado mismo durante todos los periodos de la vida.

El niño de tres á seis años siente placeres y disgustos, con tanta intensidad para él, como para el hombre puedan serlo; pero las causas que los motivan en uno y en otro no son, no pueden ser iguales.

El niño, como el hombre, ama y aborrece, desea y reprocha; pero para este amor ó aborrecimiento, para este deseo ó reproche, no influyen, no pueden influir idénticos motivos.

Y la razon es óbvia: al paso que en el hombre puede predominar, como predomina, en general, la reflexion, mereced á la cual examina las impresiones que recibe bajo el prisma de su verdadera naturaleza moral, agradándole ó desagradándole segun esta, que será tanto mejor

conocida y apreciada cuanto más clara y rectamente juzgue; tratándose de niños menores de seis años, no puede suceder lo mismo, porque les falta la necesaria inteligencia para discernir; y sólo el sensualismo físico, sólo el bien y el mal físicos que *ven, tocan ó sienten inmediatos* son los motivos decisivos que arrastran su voluntad á la práctica de las acciones.

Por esto á un niño se le alegra y entristece con más facilidad que á un hombre; por esto se le puede engañar con cosas más sencillas, por esto se presta mejor á la práctica del mal, si en ello observa un objeto que le halague; por esto, en fin, se le amedrenta y hasta se le horroriza con sólo nombrarle el *coco* y el *bú*, ó se calma su cólera y consuela su aflicción con el simple ofrecimiento de una bagatela.

Al paso que la sensibilidad se halla en el hombre íntimamente ligada á la inteligencia, en el niño pudiera decirse que residia aislada, apreciando la bondad ó la malicia de las cosas por el placer ó desagrado que su impresión proporciona á los órganos de los sentidos.

El hombre, por ejemplo, se para á observar con atención un magnífico almacén de ropas hechas. La pobreza le obliga á ir vestido de un modo que infunde compasión al que contempla su desnudez casi completa. Mirará con atención las diferentes prendas que se hallan expuestas á la venta; gozará, quizá, al ver aquella riqueza y elegancia que para sí mismo deseara; podrá, tal vez, hasta pensar en los medios por los cuales consiguiera lo que, acosado por una absoluta necesidad, desea; pero muy pronto toma parte la razón, que examina las circunstancias del deseo, y la moralidad del propósito formado, y, si no se ofusca, inmediatamente pone al hombre en el caso de preguntarse á sí mismo: ¿qué piensas hacer? ¿es lícito el robo? Ah! no, no, prosigue, suframos la miseria con resignación, y así evitaremos la afrenta y el castigo.

El niño de tres á seis años, al contrario. Si al pasar en compañía de su madre por delante de una tienda de juguetes, se para á mirarlos, y la persona con quien va principia á describirle las bellezas de los que observan, y la diversion que proporcionan, rara vez dejará el niño de decir que *quiere* uno. ¿Basta á contener su deseo el que su madre no tenga dinero para comprarlo? No, pues es tal la fuerza que halaga el deseo de su hijo, que, aun la impresion del hambre, si la sufre, desaparece á su influencia por aquel momento. Desea lo que le agrada, y llora ó se entristece, y hasta, segun los casos, se encoleriza, si no se le proporciona ó no se le ofrece un juguete todavía mejor para otro dia, oferta que se le hace con el fin de calmar su ansiedad terrible, oferta que no recuerda, quizá, á la media hora de haber transcurrido el suceso.

Y para probar más todavía que la sensibilidad en los niños se encuentra, digámoslo así, materializada, bástenos recurrir á un hecho que puede observarse diariamente. El padre de una familia cuya manutencion y demas bienes dependen de aquel, se halla gravemente enfermo; todos los individuos de mayor edad rodean su lecho con ojos llorosos, le ofrecen las medicinas con un ademán activo y una intencion sobradamente celosa, y oyen sus últimos consejos con el pecho desgarrado de dolor: ¿Creeis que en aquella pena que sufoca á la buena esposa, y en aquellos sollozos que ahogan la voz de los buenos hijos mayores de edad, cuando unos y otros ven por momentos extinguirse la vida de su adorado ser, entran por nada los cálculos materiales? Al observar como se cristalizan sus ojos, y se descolora su tez, y se demacra su musculatura, y se hielan sus extremidades, y se dificulta su respiracion y se apaga visiblemente su existencia, no piensan en otra cosa que en repetir con la voz del corazón: «¡Morirse, y tanto como nos amábamos!! ¡Morirse, y tanto como nos queriamos!!

Observad, no obstante, si los hay, los niños de tres á seis años, hijos, como los otros, del que se halla en el borde del

sepulcro. ¿Tienen muñecas? Jugando con ellas los encontrareis. ¿Tienen amiguitos vecinos con quienes acostumbran divertirse? En su busca habrán salido de casa, si les ha sido posible: y compartiendo con ellos sus pueriles distracciones estarán, mientras el autor de sus días exhala el último suspiro.

He aquí porqué hemos afirmado que durante la infancia no existe (salvando raras escepciones) la sensibilidad moral; y que sólo se encuentra en ella una especie de instinto, merced al cual se desea ó se repudia, se goza ó se padece, segun que las impresiones agraden ó desagraden á los sentidos: segun que *de presente* proporcionen placer ó disgusto, sin tener en cuenta para nada esa bondad y esa malicia intrínseca de las cosas, bondad y malicia que apénas se sabe distinguir.

Esta circunstancia es suficiente para que la voluntad, sujeta ó íntimamente unida á los efectos de la concupiscencia, obre siempre sin otra norma que la marcada por la sensibilidad.

Recibe el niño una impresion que halaga sus sentidos, y ya está dispuesta la voluntad á ejecutar lo que á ellos ha de proporcionar placer: nada importa que la accion que vá á ejecutar sea mala; el niño vé solamente con los ojos, y como el sentido íntimo no está dispuesto á juzgar acertadamente sobre la moralidad de lo que se propone hacer, lo ejecuta sin otro fin que el de dar pábulo á sus deseos.

La observacion de la infancia nos hace sentar estos principios, que no damos como necesariamente ciertos, porque nadie sino Dios puede leer lo que en su corazon tienen escrito los demás; pero, ¿dejará de haber algo verdadero, reflexionando sobre hechos que no pueden ménos de reconocer determinadas causas?

Vemos, en efecto, una seccion de párvulos que se entretienen con algunos juguetes pertenecientes á alguno de ellos. Si presentan alguna novedad, si ofrecen alguna diversion extraordinaria, ó son capaces de llamar sobrada-

mente la atención, nunca falta algún niño que desde el principio los mira con afán, los toca y manosea con particular apego, los cuida con más interés que su propio amo, y los observa con una afición que á todas luces manifiesta que los desea para sí, porque su posesión le agrada. ¿Creeis que, si se le proporciona una ocasión favorable, no los robará? Creeis que, si no lo hace á ojos vistos, es porque conoce que obraría mal?

Nada más natural que, si en su derredor quedaron los juguetes y, estando solo él, desaparecen, él mismo los haya arrebatado; y sin embargo, el placer material ha arrastrado la voluntad á la ejecución de un hecho, cuyo responsable es conocido, y cuya defensa es absolutamente imposible: he aquí la facultad activa del niño obedeciendo á las instigaciones de la pasión.

Nada más natural que pensar conforme al universal sentimiento de «*no hagas á otro lo que no quisieras hiciesen contigo*»; nada más natural que, por lo que pasa en nosotros mismos, calcular el disgusto que ha de sufrir aquel á quien se le arrebató lo que posee; y, sin embargo, si el niño no lleva á cabo la rapiña, jamás deja de obrar por hacer esta reflexión, sino por el disgusto material que su acto observado y directamente visto le proporcionaría: he aquí su voluntad reprimida por un motivo materializado.

Y la voluntad infantil reconoce por única norma el placer y el desagrado concupiscentes, porque la conciencia en los primeros años se halla casi muerta. Pongamos á disposición de los niños un manjar que les guste demasiado, y comerán hasta la saciedad por más que, según las leyes fisiológicas, haya de acarrearles una indisposición segura; por más que esto mismo se les advierta mil veces, mientras se hallan disfrutando paladeándole. El apetito tiene para ellos más fuerza que las prescripciones; el estómago domina, en este caso, á la razón, que, débil y oscura todavía, no puede ni acierta á ejecutar un sencillo

raciocinio cuyo efecto neutralice las exigencias del deseo. Por esto se dice que la infancia es mas mala que buena; por esto en los niños embrutecidos, pertenecientes á familias ignorantes, se observan instintos y predisposiciones mas groseras que en los pertenecientes á padres cultos y prudentes; por esto los hemos visto en un estado tal, que consideraban á sus compañeros de la misma manera, ni más ni ménos, que hubieran considerado á las béstias mas feroces de los montes; (1) y por esto se ha observado siempre que los criminales abundan entre las personas ménos ilustradas, y que hasta las formas de los delitos se hacen ménos horrorosas, á medida que la ignorancia moral decrece.

No es, sin embargo, cierto que en la infancia haya mas predisposiciones al mal que al bien; á ser esto, sucederia lo mismo en el hombre. Lo que se observa, si, que existe en ella más sensibilidad que conciencia; y, mejor dicho, que esta se encuentra en un estado rudimentario por el cual no puede el niño juzgar y discernir acertadamente.

Dadle un juicio íntimo bien recto y claro; y, sobreponiéndose los efectos de los instintos carnales que dominan su tan flexible como juguetona voluntad, vereis como casi por ensalmo van desapareciendo esas numerosas inclinaciones al mal que se observan en la infancia, y naciendo al mismo tiempo en ella el amor á las buenas prácticas, por la sola razon de ser buenas.

En resúmen: la infancia posee una sensibilidad materializada, una voluntad flexible á los deseos de la concupiscencia, y una conciencia en gérmen, incapacitada, por tanto, de conocer lo que esencialmente sea bueno ó malo.

Por esto, los actos que en ella se observan, entre los cuales los hay conformes á la sana moral, y contrarios á

---

(1) Hemos visto niños, criados en casas de campo, que se asustaban y se escondian al tiempo de ver á los demas, y que ni aun llorar sabian.

lo que esta ordena, no constituyen durante la mayor edad hechos laudables ni pecaminosos, no constituyen verdaderos vicios ni verdaderas virtudes; sólo, si, son indicios casi seguros de la índole moral á que se muestra más propicia la naturaleza de quien los practica, índole que se vería realizada en costumbre si la mano del educador no fuese modificando, extirpando y sustituyendo en ella lo que pudiera perjudicarla, y escitando, fomentando y dirigiendo lo que pudiera serle ventajoso.

En prueba de que durante la infancia no hay ni verdaderas virtudes ni verdaderos vicios, basta decir que estos se practican sin más fuerza que el deseo material, ni otra norma que la de propia conveniencia, al paso que aquellas se obran casi de una manera mecánica, sin más impulso que la influencia del ejemplo.

Y ya que hemos mencionado esta idea, no podremos ménos de hacer notar que la conducta de los niños, durante el período de tres á seis años, el conjunto de sus propensiones, la fisonomía moral de la infancia, no es más que el fiel retrato de las personas en cuya inmediata relacion se encuentra. Mudad el objeto y la imagen será diferente: sacad un niño de malas propensiones, copiadas en su mayor parte de los individuos entre quienes ha vivido; ponedle entre otros de índoles y costumbres diferentes, y de una manera insensible, tanto para el niño como para los que le rodean, se obra en él una metamorfosis moral tan grande, que no podrá ser bien apreciada sino por quien haya vivido ajeno á la transformacion, y observe y compare el estado presente del neófito, con el en que ántes se encontraba.

Sucedo, más no mucho, ántes bien como á escepcion, encontrar niños bien predispuestos, criados, sin embargo, bajo la influencia de un ejemplo poco edificante; pero por regla general, los hijos de envidiosos, avaros, orgullosos, crueles, egoistas y vengativos, suelen hallarse halagados por los mismos vicios que sus padres acarician; pruebas

todas que vienen á confirmar la verdad de que estamos convencidos, á saber: que el ejemplo forma en la infancia una segunda naturaleza moral.

Y si esto es así, y, como ántes dijimos, la falta de conciencia hábil y sensibilidad moral eran bastante para que la voluntad infantil se moviese sin verdadera norma ni conocimiento, ratificaremos el principio sentado de que cuando la criatura humana se halla en su primera edad, no posee vicios ni virtudes, sino que, segun su constitucion y el ejemplo bajo cuya influencia ha vivido, tiene ciertas propensiones virtuosas ó viciosas, augurio seguro de su porvenir.

Muchas y distintas son las que hemos observado en los niños que se hallan dentro el período de la infancia; pero las principales son las siguientes: el indiferentismo religioso-moral y la supersticion; la glotonería y el antojo en la alimentacion; la avaricia y la prodigalidad; la desconfianza y la insolencia; la mentira y (en ciertos casos) la adulacion; la desobediencia y (en raras ocasiones) el servilismo; la pereza y el hurto; la crueldad y la pusilanimidad; el pundonor y la negligencia; y por último, segun los temperamentos, ejemplo recibido y vigilancia ó conducta observada por los que les rodean, no es muy extraño ver en niños tan pequeños aún, instintos mas ó ménos marcados de sexualidad, y hasta hemos visto verdaderas costumbres pecaminosas de este género.

En cambio de tantas y tan distintas propensiones al vicio como se observan en la infancia, existen en ella circunstancias muy favorables que no es fácil hallar en otra edad mas adelantada.

Su corazon, vírgen todavía, es á propósito para cultivarlo á gusto de quien lo dirija; tierno en demasía, (salvando pocas escepciones,) se presta á adquirir formas diferentes que se adaptan al capricho de quien ha de cuidarles y, exento (aunque no siempre) de pedernales y zizaña, alimenta y fecundiza las semillas que en él se de-

positan; en una palabra, el hombre durante su primera edad, es, por regla general, *inocente*; y la inocencia favorece la buena educacion.

Ademas, no tratándose de aquellas criaturas en quienes por negligencia ó debilidad de sus padres (1) han echado hondas raices los sentimientos de la desobediencia y libertinaje, rara vez deja de encontrarse la voluntad de los niños menores de seis años dispuesta á seguir las prescripciones de quien, con prudencia, trata de dirigir sus actos; (2) y esta *voluntad flexible* es motivo suficiente para que se pueda más fácilmente dirigir los pasos de la infancia, que los de la adolescencia, en la cual se halla ya formado una especie de *estilo moral*; á pesar de que tratándose de la primera, es preciso chocar contra la ignorancia, la irreflexion y la concupiscencia sin contrapeso alguno, enemigos que nunca se derrotan ventajosamente por la fuerza, ántes bien por el ingenio pedagógico deben estratégicamente rendirse.

Ultimamente diremos que como la conciencia infantil se halla en embrion, y sobre las decisiones, actos y costumbres ha influido el ejemplo de una manera poderosa, al paso que lo primero nos presenta ocasion de formar á nuestro gusto el estilo moral de los párvulos, hallamos en ellos, merced á lo segundo, un sin número de propensiones virtuosas, sembradas en sus tiernos corazones á beneficio de una sá-

(1) Nadie podrá negar que en todas las clases de la sociedad existen padres que, ó por ocupacion ó por negligencia, abandonan lastimosamente la primera de sus obligaciones. Por efecto de este abandono, crecen sus hijos á la manera que un árbol solitario en medio de las selvas, sin que los cuidados que prodigan los criados á sus *señoritos*, sean jamás sinó cuidados mercenarios, salvando rárísimas escepciones. En tal caso, y en el no ménos general de alimentar el vicio y la malicia infantiles, prestando un cariño mal entendido, los hijos se convierten en verdaderos padres.

(2) Si muchas veces la voluntad infantil se presenta rebelde, con frecuencia son culpables los que la dirigen. ¡Cuántas veces nos quejamos de la desatencion de nuestros discípulos, y nuestras malas disposiciones ó procedimientos la originan! ¡Cuántas veces se les manda y desobedecen por qué se les impone la orden imprudentemente en el fondo ó en la forma!

bia prevision y una constante prudencia de sus padres ó encargados.

Asi, pues, no es estraño ver en edad tan tierna, pruebas evidentes de que la caridad y la generosidad germinan en los pechos infantiles ; no es estraño ver en unos echados los cimientos de una justicia inflexible ; en otros un laudable respeto á lo ajeno ; en estos un particular apego á las prácticas religiosas ; en aquellos (especialmente niñas) una voluntad dispuesta á cuidar maternalmente á sus semejantes ; y, aunque no de un modo tan general, aquí una obediencia ciega, y allá una veracidad que raya en lo sublime.

En vista de cuanto acabamos de exponer, diremos que á la existencia moral de los párvulos falta habilitar la conciencia y moralizar la sensibilidad; que en virtud de esto, su voluntad obedece casi siempre, los caprichos de la concupiscencia ; que el ejemplo y las prudentes correcciones del hogar doméstico han sembrado muchas veces los gérmenes de algunas virtudes ; que tanto estas como los vicios son practicados sin conocimiento íntimo de lo que son; que merced á esta circunstancia, no pueden llamarse asi ni unos ni otras, ántes bien les conviene el nombre de *propensiones* ; y que por ese contraste moral en gérmen, y esas nacientes disposiciones que se observan en la infancia, podemos calificar á los que se encuentran en ella, de *hombre en miniatura* y á sus actos como miniatura de los del hombre ; todo, en fin, representa en tal período de la vida, detalles marcadísimos de una microscópica, pero bien delíneada sociedad, retrato fiel de la que ha de sobrevivirnos.

## LECCION II.

**Principios en que descansa la educacion moral-religiosa de la infancia.**

*Sumario.*—Ciencia religiosa y moral, y arte moral y religioso.—Las costumbres no son siempre buenos y eficaces medios de educar, cuando se aislan del convencimiento.—Bases de la educacion religiosa y moral.—Sin el conocimiento de Dios, la religion seria imposible.—Sin la inmortalidad del alma, la moral seria un capricho.

Ha demostrado la experiencia que la educacion moral-religiosa no se consigue enseñando reglas de conducta, ni solamente acostumbrando la infancia á prácticas religiosas.

Y es en que la moral y la religion enseñadas han de distinguirse dos cosas, que, aunque con impropiedad, para mejor hacernos entender, llamaremos *ciencia* y *arte*.

Llamamos nosotros *ciencia de la religion* ese convencimiento interior que siente el individuo respecto á los principios fundamentales del dogma; y esa fruicion en que su espíritu se extasia contemplando con sacrosanto respeto las verdades de la fé.

Llamamos *ciencia de la moral* ese íntimo y exacto conocimiento que de si mismo, y de las relaciones en que se halla tiene ó llega á tener el ser humano.

Y llamamos *arte de la religion y de la moral* el conjunto de las prácticas á que el hombre se sujeta para cumplir los deberes que, como consecuencias inmediatas de los principios morales-religiosos, tiene con Dios, consigo mismo y con los demas. Ahora bien: ¿es suficiente acostumbrar la infancia á lo que acabamos de llamar arte de la moral y de la religion? ¿Se asegura su porvenir con solo sugetarla, mientras se encuentra bajo la influencia del educador, á que practique lo que se le ordene y haga lo que vea ejecutar?

Tal modo de proceder constituye el niño en una máquina movida al impulso de quien la dirige: mudad de director, ó cambiad la actitud de la fuerza impulsiva, y la máquina variará de movimiento.

¿No se debe atribuir á esto, en mucha parte, los efectos que se atribuyen á las compañías que elegimos para vivir en sociedad? Esas mudanzas tan sorprendentes que continuamente se observan en el carácter moral religioso de un sinnúmero de personas, segun las circunstancias en que se hallan, ¿acaso no reconocen por principal origen la inestabilidad de sus sentimientos, y la tibieza de sus creencias?

Las malas compañías no son, para nosotros, tan causa del mal que se les atribuye, como la debilidad moral y religiosa del que, á consecuencia de frecuentar aquellas, pierde sus buenos hábitos y olvida sus verdaderas creencias.

¿No veis al infatigable y solitario misionero recorriendo los desiertos y viviendo entre salvajes; no le veis sufriendo, expuesto á las iras de un mandarin ó de un cacique, en paises remotos, sin mas alimento que su fé, sin mas ayuda que su crucifijo, sin mas guardian que su Dios, sin mas recursos que su entusiasmo y su paciencia; no le veis alternar entre personas cuyas creencias estan por un insondable abismo separadas de las suyas; no le veis oír con resignacion expresar ideas contrarias á sus convicciones; no le veis donde se practican actos, y se observan costumbres licenciosas, que á otro, quizá, conmovieran y halagáran, y que á él sin embargo, no hacen mas que moverle á compasion?

La imponente soledad, los insultos, los ataques, las perdidas ilusiones, los peligros, la muerte y el martirio, no le arredran: las promesas, el libertinaje, la licencia, las probabilidades y, aun en ciertos casos, la seguridad del mando y la opulencia, jamás le sedujeron. Y por qué? Porque su corazon se abrasa en fuego religioso; porque está per-

suadido, seguro, convencido hasta la evidencia de que otras cosas que las que el *siente* y *cree*, sentimientos y creencias que le extasían y enardecen, todo es engaño, locura y vanidad.

Si una persona de esta clase, de las que también se encuentran algunas en sociedad, no se pervierte, será debido á su sólida y cimentada religiosidad, mas no á la falta de malas compañías.

Volvamos los ojos, empero, á otra parte; fijémonos, en alguno de esos hechos que con tanta frecuencia se observan entre nosotros; consideremos la conducta de muchísimas personas, y comparémosla con sus antecedentes.

Aquí vemos un jóven insolente, derrochador, y libertino. ¿Quién y cómo se le educó, preguntareis?

Educóle su padre, se os responderá, y por cierto que en nada se le parece; puesto que era incapaz de faltar á nadie; todos los días oía misa y rezaba el rosario con su familia; no dejaba pasar á sus hijos la falta mas leve, sin castigarles; cuando por cualquier estilo no daban cumplimiento á sus prescripciones, dejaban de comer, ó quedaban cerrados en un cuarto, sin jugar; jamás permitía que llevasen dinero consigo, ni que cuando se les daba alguno los empleasen mas que en socorrer á los pobres que se presentaban en su puerta; nunca les permitía reunirse con los niños vecinos para divertirse en la calle, por que decia que allí solo aprendían los niños á pronunciar malas palabras. Recuerdo una ocasion, proseguirá el que os informa, en que por haber manifestado ese niño deseo de atar á su hermanita los zapatos, dióle su padre con el baston en las manos, diciéndole: anda, indecente, los niños jamás deben levantar las sayas á las niñas.

Esta es la historia de aquel hombre, ahora tan depravado y libertino: estos los antecedentes del que vemos acelerar con su conducta la muerte de su cuidadoso padre. ¿Qué ha podido traerle á un fin tan desgraciado? La falta de consejos, no: la falta de buenas prácticas, tampoco: sola-

mente la falta de educacion moral-religiosa. A aquel niño se le enseñaba el *arte de la moral y de la religion*; pero, exhausto de sentimientos su corazon, y su razon, de convicciones, apenas sobre su voluntad cesó la influencia que la dirijia (autoridad paternal); apenas su voluntad se colocó al alcance de otras fuerzas distintas, estas la movieron de la misma suerte y con la misma facilidad que ántes era movida casi de una manera automática (digámoslo así) por las prescripciones de su padre.

¿Debe creerse, por ventura, que la infancia, por poca comprension que tenga, desprecia ó no gusta de razones?

¿Creeis que cuando un niño pregunta el porqué de alguna cosa, se queda satisfecho con un «*qué te importa á tí,*» con un «*obedece y calla*» ó con un «*los niños no deben preguntar esas cosas,*» expresiones que á cada momento vereis en los labios de muchos padres y maestros?

Es preciso tener entendido, que, salvando muy pocos casos, cuando á un educando se le desprecia así, se escita mas y mas su curiosidad y su deseo; y que cuando se le niegan imprudentemente las razones que se le deben dar (aunque sea como mejor convenga hacerlo), va á buscarlas donde las pueda hallar: y ¡ay del padre ó maestro que niegan á sus educandos lo que otras personas, quizá mas ignorantes, y de seguro menos interesadas, puedan proporcionarles!

¿Cuál debe ser la base, pues, de la educacion moral-religiosa? ¿Un asunto tan interesante y trascendental, sobre qué bases ha de apoyarse?

Sobre la ciencia de la religion y de la moral, ciencias que pueden reducirse á dos grandes ideas, fuentes abundantes que fertilizan la existencia de las humanas criaturas, á saber: *Conocimiento de Dios, y conocimiento del hombre.*

Quien no conoce bien á Dios; quien no está bien convencido de la necesidad de su existencia; quien no siente sinceramente la magnificencia de sus necesarios atributos;

no puede amarle, reverenciarle ni respetarle; no puede creer en la existencia de una eterna vida, de unos premios eternos, ni de unos eternos castigos; no puede considerar la fé, la esperanza y la caridad, mas que como una invencion, una quimera y un fútil entretenimiento caprichoso: en una palabra, para el que no conoce á Dios, tal como es á dado conocerlo la humana inteligencia, siquiera, la religion es una mentira.

Por otra parte, no conociendo al hombre; no estando convencido de su origen; no habiendo estudiado su composicion; no habiendo discurrido acertadamente sobre las relaciones íntimas que unen entre sí esos innumerables seres que constituyen la humanidad; no reflexionando sobre los indisolubles vínculos que hacen de la especie humana una dilatadísima familia, cuyo padre es Dios; no conociendo todo esto, la moral deja de tener razon de ser; el amor de sí mismo es un acto voluntario sin fin y sin principio; el amor al prógimo un imposible; la sociedad un conjunto de comerciantes que se esplotan mutuamente todos en beneficio propio; la vida, una casualidad, y la muerte nada mas que el cese de la vida.

¡Horrible estado! ¡Qué imaginacion sería capaz de concebirte; y qué naturaleza podría sufrir tus consecuencias un solo momento, borrando del corazon humano esas dos magnificas nociones de Dios y del hombre!

Consideremos, empero, lo contrario: consideremos sembradas en el fondo de la criatura racional tan luminosas ideas; todo cambia de aspecto; el panorama universal se presenta para ella tan bello como grandioso y respetable; todo le infunde amor y reconocimiento, pues en todo ve la mano benéfica y creadora de la Omnipotencia. Preséntase á sus ojos una Sabiduría infinita, que todo lo dirige con admirable acierto; un Poder infinito, que todo lo ha criado y todo lo conserva; una Bondad infinita que todo lo da generosamente á sus criaturas; una Justicia infinita que todo lo distribuye confor-

me á sus inescrutables designios; una Omnisciencia infinita que todo lo ve, que todo lo observa, que todo lo escucha y que todo lo conoce; pues que lee el pasado, el presente y el futuro de la humanidad; y una Paternidad infinita, ante cuyos cuidados y desvelos son nada los desvelos y cuidados de todos los mas cariñosos padres que existen sobre la tierra.

Consideremos tambien que el hombre conoce su propia existencia, su origen, su naturaleza y su consiguiente fin. El mismo se apreciará por ser un destello, aunque pequeño, de la suprema inteligencia; apreciará á sus semejantes, como á si mismo, por que no verá en la humanidad toda, sino un conjunto de hermanos, con igual clase de facultades, de propensiones, de sentimientos, y de partes componentes; cuidará y querrá que se le cuide; amaré y querrá que se le ame; perdonará y querrá que se le perdone; protegerá y querrá que se le proteja, dispensará y querrá que se le dispensa; respetará, y querrá que se le respete; vivirá, en fin, una vida comun á la de sus semejantes, por que la palabra *hermanos* será para él, no un teorema, sino un axioma, y por consiguiente, los principios universalísimos del derecho natural, se ostentaran en su corazon como innatos y absolutamente necesarios.

Ante las ideas de un Ser infinitamente perfecto, no puede haber en el hombre mas que amor, respeto, adoracion, obediencia y humildad; ante la idea de una existencia espiritual, de la existencia de una alma inmortal, no pueden menos de nacer las del temor, rectitud, justicia y esperanza; y ante la idea de la fraternidad universal no puede menos de existir la caridad en todas sus formas, en todas sus acepciones y con todos sus encantos.

He aqui expuestas las razones por las cuales no puede haber buena educacion religiosa y moral, sin esas bases que han de sustentarla; he aqui las razones por las cuales un buen maestro, un buen educador no puede conseguir

mas que resultados nulos ó ficticios, sin sembrar en el corazon de sus educandos tan magníficas verdades, tan graves y ventajosas convicciones.

Sin ello, podrá guiarse la voluntad infantil á merced del que la dirija, podrá aquella seguir, por algun tiempo, la huella que se le trace: podrá mostrarse adicta y servicial, no coactiva, sino hasta libremente, á las prescripciones superiores; pero el dia en que le falta la moral influencia que la obliga, el dia en que, constituido el individuo en dueño de si mismo, cese aquella accion tutelar, que contrarestaba la continua y no menos inportante de las pasiones; el dia en que estas, desencadenadas, no encuentren obstáculo alguno que las reprima, aquel dia vencen y arrastran la criatura en pos de sí, no dejando en ella ni aun memoria de lo que fué.

Por el contrario, grabad de un modo indeleble en el corazon del educando la idea de Dios, y la de su propia naturaleza; y aun cuando mas tarde las pasiones agiten su corazon y traten de socavar las bases de sus sentimientos, estrellándose sobre aquellas sólidas convicciones que les sirven de muro indestructible, y reflejándose en su inextinguible luz, figura perenne de la imágen del educador, la fealdad y horripilante naturaleza que encubren con seductoras galas, nunca tomaran asiento, ni llegaran á hacerse dueñas de la voluntad, por que jamás se ha visto que la bondad y la malicia, la luz y las tinieblas vivan en amigable compañía.

Resumiendo: la educación religiosa y moral debe basarse sobre el conocimiento de Dios infinitamente perfecto, y sobre el del hombre, criado por ese mismo Dios y dotado de una alma inmortal.

### LECCION III.

#### **Sistemas usados en la educacion de la infancia: sus ventajas y desventajas.**

*Sumario.*—Objeto de esta leccion.—Escuelas pedagógicas.—Escuela terrorista.—Resultados del sistema terrorista.—Escuela sentimentalista, y sus consecuencias —Leves desventajas de este sistema. —Escuela mista.—Ventajas y desventajas de este sistema.—Precauciones con que puede usarse —Un jemplo.—Res úmen.

Al leer las palabras con que encabezamos esta leccion, no vaya á creerse que tratamos de analizar los sistemas pedagógicos que, cada cual segun su criterio filosófico, han expuesto Basedow, Rosseau, Locke ni otros muchos.

Filósofos mas que maestros, no descendieron al terreno del arte; sus apreciaciones se estendieron en el dilatado, y para la mayor parte inaccesible, campo de la ciencia; por lo cual no nos atendremos á seguir sus huellas, que nuestra humilde inteligencia no se halla dispuesta para ello, ni creemos que, aun siéndonos posible tal trabajo, habian de reportar los directores inmediatos de la infancia, grandes beneficios.

Maestros nosotros y no filósofos, hombres prácticos y con solo una experiencia sobre la cual hemos reflexionado, sí, con buena voluntad aunque desapasionada y friamente, mal podiamos abordar cuestiones cuyo esclarecimiento tanto renombre ha dado, así al teólogo hamburgués, como al que dirigió la educion del hijo de Cooper, y cuyos *Pensamientos* han gozado y gozan de tanta celebridad entre los pedagogos.

Mejor que considerar el asunto que va á ocuparnos en el terreno científico, preferimos hacerlo en el terreno del arte; mejor que en el intrincado laberinto de los principios, preferimos analizarlo en el de los hechos; mejor que en el

terreno imaginario, preferimos entrar en el de la práctica realidad: así es que, al exponer nuestro juicio sobre los diversos sistemas de educación moral, no haremos más que analizar los distintos medios con que trata de conseguirse aquella; puesto que su fin ulterior bien marcada y claramente nos lo enseña el catecismo de la doctrina católica, cuando pregunta el fin con que fué criado el hombre, religiosamente considerado.

Para grabar en el corazón de la infancia el amor al bien y el horror al mal, se siguen tres distintas clases de procedimientos, que forman, por decirlo así, tres distintas escuelas pedagógicas.

Creyendo algunos que el mejor medio de hacer aborrecer el vicio es pintarlo con todas sus infaustas consecuencias, enseñan, ó creen enseñar, las virtudes sirviéndose al efecto de relaciones, anécdotas, pasajes, historietas y cuentos terroristas que, infundiendo en el ánimo infantil un horror profundo á lo malo, inclinan la voluntad hácia lo bueno.

De distinta opinión otros, tratan de infundir en el ánimo de los niños un decidido amor á lo bueno por ser bueno, describiendo la bondad y sus halagüeñas consecuencias, en todas las formas con que suele poder ser practicada, para grabar así en los tiernos corazones decididas simpatías por todo lo noble y elevado.

Por último, y deseando algunos otros presentar ante la contemplación del educando la maldad con sus deformidades y sus repugnantes consecuencias, y la bondad con sus bellezas y poderosos atractivos, para que aquel pueda apeteecer lo agradable y despreciar lo desagradable, eligen los contrastes, y relatan, narran ó exponen hechos cuyos personajes han intervenido en sentidos diversos.

Estos tres distintos modos de proceder dan en realidad diversos resultados, por más que los partidarios de cada cual se hallen de lo contrario convencidos; y para que nuestros lectores puedan apreciar en lo que valgan de suyo es-

los sistemas, expondremos los resultados positivos que ofrecen en la práctica.

Cuando por medio de la exposicion del mal se procura infundir horror hácia él, necesariamente se hace uso de cuentos, historietas ó anécdotas en que resaltan hechos terroríficos, ó al menos, poco en consonancia con la santidad y dulzura de la moral católica. El hurto, el robo, las riñas, los asesinatos, y, como consecuencias precisas, las cárceles, los presidios, los patíbulos y otras ideas de este jaez, han de mentarse, analizarse y describirse con tal verdad para que puedan producir efecto, que la sensibilidad menos fina no puede dejar de impresionarse fuertemente.

En virtud de una série continuada de tales impresiones que horrorizan ciertamente en las primeras lecciones el todavía virginal poder senciante de los educandos; la sensibilidad infantil se va acostumbrando poco á poco á mostrarse indiferente con ellos. Sucede lo que podemos observar con los hombres, entre los cuales vemos algunos, que, avezados al crimen, al pillaje ó á algun género de fuertes emociones, tienen como cosa corriente la reclusion, el presidio, el robo y la matanza; al paso que vemos otros, criados entre una atmósfera moral sencilla, dulce, suave y tranquila, para quienes la simple vista de un alguacil, ó la forzosa presencia de un hecho desgraciado, son causa suficiente de una terrible conmocion.

¿Creeis que el cirujano, llamado á practicar la amputacion de un miembro, resiste casi impasible los lamentos del paciente, tan solo en virtud de ese *deber moral* que le impone su penosa profesion?

¿Creeis que el médico resistiria por deber solamente esas horrosas impresiones que le proporciona la autopsia de un cadáver, por ejemplo, si paulatinamente no se hubiera acostumbrado á ellas, como el anterior, durante sus estudios prácticos de clínica y de anatomía?

¿Creeis que un militar tiene tanto valor y arrojo el día

en que se halla dando la primera batalla, como despues de haber tomado parte en cien acciones diferentes?

Y dada la necesaria negativa á estas preguntas, nada mas fácil que buscar el origen de ese arrojado y hasta temerario valor que se observa en un soldado aguerrido; nada mas fácil que descubrir la causa de este temple de ánimo con que los facultativos practican, sin inmutarse siquiera, lo que en otros produce desvanecimiento y convulsiones.

El uno, en su vida de campaña, se ha acostumbrado á sufrir por fuerza el cansancio, el calor, el frio, la sed y hasta el hambre; ha oido miles de balas silbar en sus oidos; ha visto caer á sus piés muchos camaradas, ó heridos gravemente ó sin vida; ha padecido varias veces los efectos del plomo y del acero de los enemigos; y ha sido en fin, víctima en un solo dia de todas las tristes emociones que pueden apurar la existencia moral del individuo.

Los otros hánse acostumbrado tambien, durante sus estudios prácticos, á sufrir todos los efectos de esas escenas tristes y dolorosas que aquejan á la doliente humanidad: ayes por un lado, quejidos por el otro, hedores aquí, miseria allá, la senectud moribunda, la juventud destrozada, heridos ahora, cadáveres despues, exámenes anatómicos hoy, disecciones mañana; y este conjunto de impresiones continuadas y nunca interrumpidas durante una larga carrera, forman en aquella clase de personas otra segunda naturaleza, en virtud de la cual, y de la fuerza que les infunde el cumplimiento del deber, pueden arrostrar, como lo hacen, una vida toda llena de emociones poco lisonjeras.

Si con el objeto de formar los sentimientos y costumbres hacemos uso de medios terroríficos, y para inspirar el aborrecimiento al mal, proponemos ejemplos de personas desobedientes, avaras, egoistas, crueles, traidoras, inmorales, en una palabra; y si á todas las presentamos sujetas al sufrimiento del merecido castigo, la sensibilidad virgen y tierna de los discípulos se endurece; pues, aun cuando parezca que, dominados por impresiones bruscas y terribles,

se les hace horrorizar, esto no deja de ser instantáneo, y en cambio no queda mas que la costumbre de sentir emociones fuertes que mas tarde, ni les causan la menor extrañeza, ni inmutan en lo mas mínimo su acerado corazón.

Y no puede menos de suceder así; porque si un niño se cria respirando la atmósfera de la avaricia, de la desobediencia, de la rapiña, del vicio, en fin, ni este, ni los castigos que consigo lleva son para aquel cosas nuevas, ni lo segundo es capaz de corregirlo.

No ignora el asesino que hay patíbulos, y asesina sin embargo.

Toca el presidiario los efectos de sus delitos, y rara vez suele corregirse.

Ninguno se halla mas dispuesto á practicar una accion punible, mejor que aquel que la conoce en todos los detalles.

El que no conoce el vicio, jamás podrá practicarlo á sabiendas.

Y el que durante su infancia se ha criado respirando la atmósfera de la virtud bien ataviada y definida, al tiempo de verse transportado por la fuerza de las pasiones á una mansion distinta nunca dejará de preguntarse interiormente: ¿qué es esto? pregunta que encenderá la antorcha de su razon para que le ilumine y aconseje.

Hé aquí porque hemos visto aumentar los malos instintos de la infancia y endurecerse su corazón, cuando por probar los efectos del sistema que exponemos hemos hecho uso de él durante algun tiempo en la educacion de nuestros discípulos.

Pero no consiste el mal en esto solamente; es mucho mas grave de lo que parece á primera vista; pues, aparte de que las narraciones de esta clase, no podemos practicarlas en su mayor número (1), lo cual por mucha

---

(1) Los ejemplos viciosos en realidad, nunca pueden verse ó al menos no

se que tengan los educandos en su preceptor, no deja de convertirlas para algunos en *fábulas, cuentos, ó mentiras bien forjadas*; aparte tambien el efecto producido en la sensibilidad, segun hemos mencionado antes; resulta que no solo se predispone al mal, sino que se enseña á practicarlo.

Efectivamente: al tiempo de exponer un hecho se le acompañan todas las circunstancias con que se ha verificado, si no se le quiere reducir á límites muy estrechos sin efecto alguno, ó á una narracion pesada, desabrida y sin interés. De aquí que el maestro tenga que instruir necesariamente sus discípulos en la práctica del vicio, que así se hará mas interesante cuanto aparezca mas ingeniosa.

¡Y qué ingenio se imbuje entonces en el educando! ¡Y qué ideas tan ventajosas concibe! ¡Y qué conocimientos tan importantes adquiere cuando se le habla, por ejemplo, de un robo verificado haciendo uso de ganzúas y palanquetas, y se les dice la manera con que se modelaron las llaves, las visitas intencionadas que se hicieron á la casa, las precauciones que se tomaron para burlar la vigilancia de los amos, los medios de que se hicieron uso para asaltar la habitacion, el giro que se dió al dinero, y otras muchas cosas de esta especie! No cabe duda alguna; narrando la manera de verificar un robo, enseñamos á ser ladrones, como narrando las circunstancias de un asesinato, enseñamos á ser asesinos, y como narrando la conducta de los avaros, de los crueles de los egoistas y de los desobedientes, enseñamos á practicar la desobediencia, el egoismo, la crueldad y la avaricia.

Por el contrario, si en vez de hacer uso del mal para inculcar odio al mal, se hace uso del bien para inspirar amor al bien, que es en lo que consiste el segundo de los

---

deben verse con sus consecuencias; pues salvando las *ligeras faltas* en que suelen incurrir los niños, faltas cuyos castigos ven aplicados, todo lo demás sería *obligar al mal*, si por el prurito de corregir quisiéramos hacer palpables los hechos pecaminosos.

sistemas empleados en la educacion , el panorama varia, los efectos son muy diferentes.

De la misma manera que se endurece el corazon infantil haciéndole partícipe de esas impresiones terroríficas que proporciona la narracion del mal; así tambien se suaviza á consecuencia de las dulces emociones que le inspira el conocimiento del bien.

Creciendo el niño entre tal atmósfera, que jamás le disgustará, pues la virtud bien ataviada es siempre un encanto, se conserva puro como el ambiente que le rodea, sencillo como las narraciones que le impresionan, resplandeciente como las ideas de que va posesionándose, y amante de lo bello, de lo elevado y justo como todo lo que sucesivamente le impresiona.

Y no puede menos de suceder así : quien solo conoce el bien ¿ cómo ha de sentir el mal ? Quién se halla extasiado ante ideas levantadas, como ha de dar pábulo á las viles y rastreras. Quien siente cariño por las cosas que solo le proporcionan gratas emociones, ¿ cómo ha de entablar amigable consorcio con las que le ofrecen, no ya un resultado funesto, pero aun dudoso nada mas ?

Por otra parte, esa costumbre de sentir lo bueno, ese estilo (llamémosle así) de sentir, forman en el niño una naturaleza, un temple moral incapaz de recibir sin estorsion ó sin estrañeza las impresiones de distinta índole que las que se halla habituado á recibir.

Criemos niños avezados á impresionarse dulce y suavemente : en vez de hablarles del robo , hablémosles de la generosidad encantadora; en vez de hablarles de la venganza, hablémosles de la caridad evangélica; en vez de hablarles de guerras, muertes y batallas, hablémosles de paz , de misericordia y fraternidad ; y cuando se hayan acostumbrado á nuestro language sencillo y tierno, sencillo como el corazon del bueno, armonioso como las impresiones que produce, y ardiente como el fuego que inflama los corazones á quienes se dirige, tendremos ocasion

de observar los efectos que produce en nuestros discípulos la simple indicacion del mal.

En efecto; apenas se anuncia la intencion de presentar un tipo vicioso, se observa cómo los niños, arrugando el entrecejo, estrañan aquella nueva clase de impresiones que preven, y esta estrañeza pasa á ser *miedo*, ó *temor*, ó *terror*, ó *espanto*, á medida que avanzamos en la exposicion del cuadro que nos hemos propuesto describir. Una vez conseguido esto, preguntemos si les ha gustado el pasaje, y nos responderán negativamente; preguntemos si quieren oír referirlo otra vez, y dirán que no; veamos quién quiere colocarse nada mas al lado de la estampa ó pintura que nos hayan servido de auxiliares, y ninguno accederá gustoso á ello: pruebas todas inequívocas de que no tenemos necesidad de relatar los vicios para que los niños conserven *in pectore* aversion á ellos, cuando se han escitado sus sentimientos nobles y generosos.

Verdad es que el sistema de que venimos ocupándonos produce muy lentamente los resultados, verdad es que no se observa con él inmediatamente esa atencion pavorosa producida por el terror, verdad es que cualquiera no interesado en la educacion ni conocedor de sus enmarañados secretos, daria, en atencion á las observaciones inmediatas, la preferencia al sistema terrorista sobre el otro; pero además de que la educacion positiva debe ser muy lenta, además de que el miedo inspirado por el terror es pasajero, además de que al aborrecimiento al mal es siempre fugaz y sin ventaja cuando quedan desconocidos los encantos del bien, además de que ese miedo, ese pavor, causas únicas de los efectos instantáneos que se observan en los niños, desaparecen con los motivos de que dependen, además de todo esto, no encontramos la dificultad grave (casi siempre imposible de ser obviada) que se nos presentaria usando el sistema contrario, (terrorista) á consecuencia de que los maestros conocemos en los discípulos lo que ellos nos manifiestan,

pero no nos es dado leer ni descifrar con acierto todo lo que se halla grabado en sus corazones.

Como consecuencia de esta imposibilidad y de las notabilísimas diferencias que se observan en sus *naturales*, pues en unos existen unas propensiones y en otros las hallamos diferentes, se hace también imposible el reprimir instintos en unos sin escandalizar, digámoslo así, la inocencia de los demás.

Hemos visto, por ejemplo, practicar un acto malo: tratamos de servirnos de él para dar una lección provechosa, ¿nos serviremos del mal acto? No; pues el niño por quien ha sido ejecutado puede ser el único en quien existan propensiones á practicarlo; y aun cuando haya algunos otros, nunca serán todos, en cuyo caso los inocentes aprenderían por tal medio lo que debían ignorar. Mas lógico, y de resultados mas seguros, es tomar como asunto de la lección la virtud opuesta al vicio practicado, y presentándola con todas las buenas circunstancias que desuyo le pertenezcan, reprobar así indirectamente la conducta del alumno que ha faltado, escitando al mismo tiempo y por el medio mismo en los demás el sentimiento opuesto al que posee ó ha manifestado poseer aquel. Un «*no conseguirás esto*» ó un «*no te pasará así á ti*», dichos con intencional niño que faltó le hacen conocer lo malo de su acción, al paso que dejamos de enseñar á los otros el vicio á que podemos referirnos, si bien excitamos sus simpatías para con la virtud que nos haya servido de tema en los ejercicios.

Cuando versan sobre asuntos históricos, se hace necesario, muchas veces, echar mano de temas que encierran, á la vez, tipos virtuosos y viciosos: tales, en historia sagrada, se nos presentan en Adán y Eva antes y después de pecar; en Cain y Abel; en Noé con relación á las víctimas del diluvio; en José con respecto á la mujer de Putifar, y otros casos semejantes.

Tratándose de personas cuya conciencia se hallase bien cimentada y sus sentimientos perfectamente dirigidos, na-

da tendria de particular la exposicion de tales hechos con todos los detalles, como el libro santo los presenta; al contrario, servirian de lecciones provechosísimas que aumentarían su decision en favor de la virtud que poseyeran los oyentes; pero tratándose de niños, cuyo corazon se encuentra vírgen todavía y cuyos sentimientos son informes aun, no se puede arriesgar el maestro á seguir una conducta semejante, so pena de arriesgar tambien la moralidad de sus discípulos, á no ser que en el *modo* de narrar obre con ciertas precauciones, de las cuales nos ocuparemos á su debido tiempo.

Esto no obstante, prevaliéndose, quizá, del ejemplo que nos da la Sagrada Biblia, donde sin distincion ni acotaciones se describen toda clase de hechos con aquella sencillez propia tan solo del inspirado y sagrado escritor, y fijándose, por otra parte, en la mayor facilidad con que los niños pueden impresionarse vivamente poniendo á su corta contemplacion ideas que contrasten, que se diferencien y que se repelan mutuamente; muchos educadores han tratado de dirigir los sentimientos de sus discípulos trazándoles cuadros de doble perspectiva, esto es, exponiéndoles á la vez la virtud y el vicio con sus respectivas consecuencias, como diciéndoles, ahí las teneis tales como son, elegid.

Describir las ventajas ó desventajas que presenta este sistema, cuasi fuera ocioso; puesto que participando de los medios comprendidos en los anteriores; puede ser beneficioso ó perjudicial, segun como se ponga en práctica.

Será ventajoso sí, al tiempo de hacer uso de él, se da mas importancia á las entidades virtuosas que á las viciosas, si se hace fijar mas la atencion en aquellas que en estas; si se extiende la narracion de las unas, y se hace *deducir* (por medio de ciertos ademanes que inspiren desprecio ú horror) la índole de las otras; si se presentan, en fin, las primeras con un tinte halagüeño que escite hácia ellas la simpatía de los educandos, y si cabe hacer de modo que

en estos nazca para las segundas esa aversion que les obliga exclamar inocentemente: ¡ah! no lo cuente V. que ya no lo queremos; expresiones que manifiestan claramente la diferencia de sentimientos que unas y otras ideas han excitado en el tierno corazon de los discípulos. Dando, por el contrario, tanta importancia á unas ideas como á otras, se presentan las desventajas del sistema terrorista.

Un ejemplo práctico hará que nuestros lectores comprendan bien lo que en el párrafo anterior deseamos manifestar.

Supongamos que vamos á tener una leccion sobre el *Diluvio universal*.

Dos entidades morales existen en este pasaje, la *obediente*, representada por Noé, y la *desobediente*, representada por los que perecieron en tan horrendo cataclismo; para cuya descripcion, insiguiendo los principios anteriormente sentados, procederemos del siguiente modo:

*Maestro*.—(Cogiendo la estampa y colocándola sin que los niños puedan verla). ¡No os junteis, no os junteis! Mirad que si os juntais, ya sois iguales.—Dias pasados tenia yo una cesta llena de naranjas, para repartiros las: fui á mirarlas, ví que habia una podrida, y dije á la criada, quítala, quítala; porque si las dejamos con las otras.....

*Niños*.—Se podrirán todas.

*M*.—¡Justo! Porque á las naranjas les sucede lo mismo que á los niños: aquí hay unos *buenos*; aquí hay unos *malos*; se juntan..... y ya estan. (Esto se indica en tono de compasion.) Por esto cuando muchos hombres buenos estaban una vez juntos, les mandó un dia Aquel.....

*N*.—Dios.

*M*.—El mismo, el mismo: les mandó que no se.....

*N*.—Juntasen.

*M*.—Con otros que habia.....

*N*.—Malos.

*M*.—¡Ah! (Desprecio). Cuando venian donde estaban los buenos les decian ¿queréis juntaros con nosotros?

Les decían..... (seña).

N.—No, no.

M.—No; porque si nos juntamos, nos volveremos iguales que.....

N.—Vosotros.

M.—Y no se juntaban.—Pero venían otro día y les decían: chicos; ¿queréis jugar con nosotros?

Y algunos tontos..... (compasión) se.....

N.—Juntaban.

M.—¡Y á Dios! ya eran iguales. Como las naranjas que se pudrieron. (Silencio). Venían otro día aquellos que por no ser buenos se llamaban hijos de los..... (Se escribe, deletrea y lee la palabra hombres).

N.—Hombres.

M.—*Hijos de los hombres* se llamaban aquellos tontos. Venían otro día y les decían ¿vamos? No, no respondían los otros; nos ha mandado que no nos juntemos, y no queremos. Yo tampoco me quiero juntar cuando alguno que no es bueno viene á decirme que si quiero. Anda, anda, le digo; vete tú con ellos, que yo muy bien estoy con los buenos. ¿Os juntaríais vosotros?

N.—No señor.—Porque nos volveríamos.....

M.—Eso es, eso es. Pero aquellos decían ¿quereis? Y hoy se iban unos y mañana otros y pasado mañana otros y ya solo quedaban buenos en una casa. Ya solo había una casa donde vivían de aquellos que por ser buenos se llamaban hijos..... ¿Se llamarían también hijos..... hijos de los hombres?

N.—No señor.—Entonces serían como ellos.

M.—Claro está. No siendo iguales que ellos tenían que llamarse de otra manera. Se llamaban hijos de..... (Escribe, y hace deletrear y leer Dios).

N.—Dios.

M.—Hijos de Dios, así se llamaban los buenos. Conque venían los otros (tono despreciativo) y decían: vamos, vamos; ¿por qué no os juntáis con nosotros? y decían ¡va!

¡ va! Idos, idos vosotros solos que nosotros, no.....

*N.*— Queremos juntarnos.

*M.*— Porque si nos.....

*N.*— Juntamos.

*M.*— Seremos iguales. Además nos ha mandado.....

*N.*— Que no nos juntemos.....

*M.*— Y si no le obedecemos..... Andad, andad! Y no se juntaban. Ya se ve, como estaban ellos solitos tan obedientes..... vivian mas contentos! Como vosotros cuando vuestra madre os dice: ¡ marchad, marchad á comprarme dos varas de cinta, y no os pareis en calle y vosotros vais corriendo, y no os parais, y venís pronto, y vuestra madre os da un besito, y está mas contenta... y vosotros estais tambien mas contentos!... Pues así estaban en aquella casa; como que todos eran tan obedientes, y todos les decian á los otros no me junto, no me junto, por eso estaban tan contentos y eran tan buenos..... Que poco los otros. ¡ Ah! los otros... todos... todos... (jéstó que indica la maldad.) Un dia, pues, oyó el amo de aquella casa tú, tu: á ver si haces una casa de madera igual que un barco; porque te quiero hacer un favor: has sido muy obediente y muy bueno y te quiero hacer un favor. (Se pinta el Arca ó se expone el cuadro que la represente). En seguida cojen madera, cojen herramientas, cogen.....

*N.*— Clavos.....

*M.*— Y tras, tras, tras; ya está hecha. ¿ Quién estaba hecha?

*N.*— El arca.

*M.*— Cuando ya estaba concluida, le dijo tú, tú. ¿ No sabeis como se llamaba aquel, verdad?

*N.*— No señor.

*M.*— Mirad, mirad, pues. (Se escribe y lee el Noé).

*N.*— Noé.

*M.*— Noé, Noé! ¿ Quién me llama? Marcha, marcha con tus niños y con las cuatro mugeres que hay en tu casa y

poneos todos dentro de aquella arca. No os habeis juntado con los malos, y por eso sois.....

N.—Buenos.

M.—Aquellos que se han juntado no son.....

N.—Buenos.

M.—Y yo ahora voy á.....

N.—Castigarles.

M.—Así, porque los malos siempre reciben....

N.—Castigo.

M.—¿ Si castigaria tambien á Noé ?

N.—No señor; porque era bueno.

M.—¿ Y cómo no se volvió malo ?

N.—Porque no se juntó con los otros.

M.—Bajen aquí los que se juntarán con los que sean como aquellos..... ¡ Guapos chicos ! Yo tampoco me juntaré.

Quando ya estaban todos dentro del arca, venia un perro, y se metia, venia una perra, y tambien. Venia un leon y se metia y ninguno les hacia mal. Venia un.....

N.—Caballo.

M.—Y se metia, y venia una yegua y tambien, venia un.....

N.—Lobo.

M.—Y una.....

N.—Loba.

M.—Y todos los animales que venian todos se metian y ninguno mordia ni hacia mal. Quando ya estaban todos los buenos dentro, se puso oscuro, comienza á llover, á llover, á llover. Ya corria el agua y se metia por las puertas, Y se subian los otros al primer piso, y se enbalsaba el agua, y se entraba por los balcones y ¡ Ay que nos vamos á morir ! ay que nos vamos á morir!

Así decian aquellos, vámonos al arca de Noé : vámonos, vámonos, y el agua iba como un barco, y andaban para cogerla, y no podian, y se caian !! ¡ Pobrecitos !!.... Que entra el agua, vamos, vamos, al segundo piso y entraba el agua tambien, vamos al tercer piso, y entraba el agua.

Vamos al tejado y se mojaban y llegaba el agua.

.... ¡Pobrecitos!! ¡Ojalá hubieramos sido buenos!  
¡Ojalá no nos hubieramos juntado!

El Sr. Noé ni se mojaba, ni se moria, ni nada. Ya se ve..... no se habia.....

*N.*— Juntado.....

*M.*—Y por esto era siempre.....

*N.*—Bueno.

*M.*—Y por esto no recibia.....

*N.*—Castigos.....

*M.*—Mirad, mirad (Se enseña la estampa del acto del diluvio). ¡Pobrecitos! ¡Me dan una lastima! ¡Ay, que miedo!

¿Con quién os juntaréis vosotros, niños?

*N.*—Con los buenos.

*M.*—Así, así: El Sr. Noé que solo se juntó con los buenos, fué siempre bueno, y no recibió castigo (tomando la estampa). ¡Pobrecitos! A taparla que no me gusta ver estas cosas.

Y dejando los niños con esta impresion un tanto triste y un tanto compasiva, al paso que se les ha predominado con la idea sentimentalista y con la recompensada virtud de Noé, adquieren aversion hácia las malas compañías sin conocer el mal que á veces originan, se les hace amar la virtud conociéndola, y aborrecer el vicio sin escitar ni siquiera el deseo de estudiarlo.

Resumiendo: el sistema terrorista es el mas desventajoso á la educacion; el sentimentalista, produce mejores resultados que ninguno; y el mixto, puede usarse en ciertas ocasiones, teniendo en cuenta las circunstancias que hemos mencionado en la leccion presente.

## LECCION IV.

**sentimiento religioso-moral: conciencia y voluntad.**

*Sumario.*—Qué es el sentimiento moral religioso.—Medios de infundirla.—Qué defectos deben evitarse.—Qué es la conciencia.—Medios propios para aclararla, y procedimientos que lo hacen imposible.—Ejemplo.—Qué es la voluntad.—Cómo obra en los niños.—Cómo debe obrar.—Cómo se puede ir sujetando al fallo de la razon y del sentimiento.—Ejemplo.

Aparte las ideas religiosas que poco á poco se van depositando en la inteligencia del que aprende; aparte esas convicciones racionales que, sobre la misma clase de conocimientos, van formándose paulatinamente; debe de existir en la criatura otra cosa, mas bien que despejo predisposicion, mas bien que ilustracion *sentimiento*.

Cuando nos encontramos en una funcion teatral, cuyas escenas son hasta para los menos avisados una invencion verosímil del autor dramático, nos vemos muchas veces impresionados hasta el punto de dejar correr las lágrimas por nuestras mejillas. Tal es el efecto que produce en nuestro interior la observacion de un noble carácter, de un bello ideal, que por entonces la persona que lo desempeña ó representa, adquiere toda nuestra simpatía y hasta nuestro cariño. Aquellas lágrimas, espontáneamente vertidas, son como las de la alegría; son como las de la madre que abraza á un hijo al cual creia muerto; son como las de un hijo que abraza á su padre inmediatamente despues de haberse salvado de un peligro gravísimo; son como las de una cariñosa esposa cuando encuentra por vez primera al objeto de su cariño despues de una dilatada y forzosa ausencia; son como las de un bueno, que encuentra en la virtud el hermoso idea de sus mas caras afecciones, de sus deseos, de sus complacencias, y de su amor, que amor á lo bueno solamente es el sentimiento moral, cuando se ha dirigido con prudencia y tino; son en fin, como las del virtuoso cuando,

al oír relatar un suceso interesante, y observar la nobleza y la bondad zozobrando y casi confundiéndose con los vicios, las vé de repente triunfantes. Y si el amor á lo bueno es el sentimiento moral, el amor á las cosas santas, y el amor á Dios y á todas cuantas verdades constituyen la religion, esto y nada mas es el sentimiento religioso, bien que para amar todo esto, preciso se hace estar tan convencido de lo que se sabe por medio de la fé, como de lo que concebimos, vemos y tocamos.

Quien al entrar en un templo mire indiferente aquellas respetables bóvedas debajo de las cuales se glorifica al Señor; quien al pasar por delante del Sacramento no incline su cabeza y rinda su corazon al Hijo del Altísimo; quien oyendo blasfemar de Dios ó de los santos no se aterrorice y avergüence; y quien al oír profanar las cosas sagradas no lo reprueba con su pecho y hasta con su boca, podrá *concebir* la religion; pero no poseerá ese fuego sobrenatural que parece dispuesto á inflamar nuestros corazones en el amor de Dios y de las cosas santas, á lo cual llamamos sentimiento religioso.

Ahora bien: ¿cómo hacer que en la infancia vaya grabándose tan levantadas predisposiciones?

El sentimiento moral-religioso no es obra de un momento, es obra de años enteros; y por consiguiente, no vaya á creerse que le poseen nuestros alumnos muy pronto despues de haberles hecho comprender algunas verdades religiosas, é inculcado el gusto por ciertas prácticas morales.

El sentimiento religioso no se graba durante la infancia, en cuyo período apenas puede predisponerse á los niños para que lo adquieran mas adelante.

El sentimiento moral-religioso, en fin, no es tarea peculiar del maestro solamente, sino que para ello influyan tambien muy mucho y muy directamente los padres y la familia, el sacerdocio y la sociedad, unos con sus lecciones y su ejemplo y otros con el ejemplo solamente.

Pero dejando á un lado esto, que se halla en la conciencia

cia de todo el mundo, puesto que la obra del educador siempre será imperfecta, sí, ó se derriba poco á poco, ó no se completa durante la adolescencia del educando, veamos qué es lo que conviene hacer en las escuelas para conseguir que en el corazón de los alumnos germinen los nobles sentimientos de que hablamos.

Conviene, en primer lugar, que nuestras palabras inspiren confianza á los discípulos, lo cual conseguiremos no engañándoles jamás por concepto alguno, queriéndoles en realidad como á hijos, manifestándoles de continuo un cariño verdaderamente paternal, y atrayéndonos, como consecuencia, el suyo, que será poco menor que el que dediquen á los autores de sus días.

El maestro que no sea amado de sus discípulos, siempre hablará en vano.

Preciso es despues que, graduando su corta y sencilla comprension, nos amoldemos á ella en la expresion de las ideas religiosas y morales, de manera que vayan conveniéndose poco á poco de las que son capitalísimas.

Pensar que los niños han de ser buenos, dándoles reglas de obrar el bien, es una aberracion patentizada claramente por la experiencia.

Pensar que los niños pueden darse cuenta de Dios y de sus atributos, definiendo á aquel y á estos, es una tontería en que todavía creen muchos, y tener esperanza de que los niños han de ser religiosos sin conocer tales verdades, no deja de ser una quimera.

Entre las que de aquellas ha de grabar el maestro en el ánimo de sus discípulos, las hay que deben concebirse y las hay que deben de creerse. Para las que la razon puede comprender, como la necesidad de Dios, su omnipotencia, su sabiduría, su espiritualidad, su eternidad, su bondad, y su justicia; así como la existencia del alma, su espiritualidad y su immortalidad (1) se hacen precisas la claridad,

(1) En las lecciones sucesivas expondremos algunos ejercicios para que

y sencillez, con lo cual queremos manifestar que tanto en las expresiones usadas como en la clase de pruebas que se elijan, nos hemos de rebajar hasta que los alumnos nos comprendan. Esto no sucedería, ciertamente, si para ello echásemos mano de esas pruebas filosóficas que se hallan en los tratados de religion y moral que andan entre los hombres y aun entre los niños, ó si en vez de hacer uso de pruebas materiales, visibles para ellos, nos espresásemos con aquella correccion, belleza y elegancia que se observa, por lo regular, en el estilo de las obras de texto.

Además, tratándose de principios inconcebibles, y especialmente de los que constituyen artículos de fé, tales como la idea de *Cielo*, la de *Infierno*, la de *Purgatorio*, la de *Limbo*, la de *Juicio*, y las de la *Gracia* comunicada por los sacramentos; tratándose de todos estos asuntos, es preciso manifestar ardor en las esplicaciones, espresion y zelo en las palabras, conviccion profunda en el modo de decirlas, animacion en la mirada y en el gesto, naturalidad y propiedad en el tono de voz, respeto á lo respetable, amor á lo digno de ser amado, tristeza en unos casos y alegría en otros, segun de suyo lo exijan las ideas que se emitan: es preciso, en una palabra, *sentir* ó aparentar *sentir*, al menos, lo que se desea que sientan los alumnos y de igual manera que se quiere hacer sentir.

¿Cómo hemos de infundir en los niños la idea de Cielo, por ejemplo, si al darles cuenta del estado venturoso en que las almas se hallan, cuando residen en él, no aparentamos sentir ese gozo, esa alegría, ese puro contentamiento, esa dulce fruicion de que se veria embargado nuestro espíritu al entrar en la mansion divina?

¿Cómo hemos de infundir en el ánimo de los alumnos la idea lastimera que escita la contemplacion sobre el estado de las almas que se hallan purgando las manchas de sus culpas; ni el horror de las que sufren eternamente el condigno

---

los maestros comprendan la índole de las tareas que les han de conducir á que sus alumnos comprendan todo lo mas posible tan sublimes verdades.

castigo de sus faltas; si en el primer caso no nos mostramos melancólicos y compasivos, y en el segundo no mostramos exteriormente esa sin igual desesperacion, ese eterno padecer, ese horror que nos hace apartar la mente imaginativa de tan tremenda y terrible expiacion?

Es, por tanto, inútil para la formacion del sentimiento religioso la narracion fria y glacial de las verdades dogmáticas: expuestas de un modo indiferente, se apodera de ellas la memoria; pero el corazon queda vacío, por que no se interesa, por que permanece inerte, por que no siente, en fin.

Muy pocas palabras bastarán para decir el medio de que esto no suceda: *al tiempo de enseñar las verdades fundamentales de la religion, siéntase esta en realidad*; pues el que siente verdaderamente algo, con facilidad encuentra medios de manifestar sus convicciones á los demás, siempre obra con arreglo á ellas, jamás desprecia la oportunidad de darlas á conocer, nunca deja pasar desapercibidas las ideas emitidas por el educando, por mas que sean simples niñerías; es rígido en las apreciaciones, metódico en sus ejercicios, sensible en su aspecto, comedido en sus palabras, prudente en sus obras, y en todo, en todo, manifiesta la religiosidad que le anima y en la cual se amamantan, digámoslo así, las criaturas que le rodean.

Quando hableis de Dios, pues, manifestad en vuestro aspecto el respeto que inspirar debe esta santa palabra; no hagais un uso muy frecuente de su nombre, (1) antes bien haced referencia á él de una manera tácita: cuando hableis de su bondad mostraos agradecidos á sus infinitos favores; cuando hableis de su justicia, pintad bien su rigidez y vuestro temor; cuando hableis de su misericordia, gozad en su compasivo proceder; cuando hableis de su omnipotencia, aparentad vuestra pequeñez y vuestra miseria; y

(1) Quando las cosas santas se monosean mucho, y sobre todo cuando de ellas se habla sin ese respeto profundo que inspiran, llega el individuo á hacerse demasiado familiar con ellas, en perjuicio de su importancia.

cuando habéis de su sabiduría, describid perfectamente su mirada, ante la cual nada se esconde ni en lo presente, ni en lo pasado ni en lo porvenir (1).

No queráis adelantar mucho en un solo día; pues si en toda clase de enseñanza es un axioma pedagógico que mas vale una idea bien comprendida que ciento á medio comprender, tratándose de religion, de esa enseñanza sin igual á cuyo sentimiento tan fuertemente se oponen los apasionados instintos de una mitad de nuestro ser, se hace mas necesario todavía el que procedemos lentamente y que presentemos en muy diversas formas unas mismas ideas, para que la frialdad ó el escepticismo no se apodere demasiado temprano de los corazones infantiles. Así es, que uno solo de los atributos de Dios ha de ocuparos en ocasiones diferentes, en vez de querer dar durante un día, (¡ locura! ) conocimiento de esa idea, á cuya completa comprension no alcanza la mas grande de las inteligencias humanas.

Elegid al mismo tiempo las ocasiones para que vuestras palabras edifiquen mas á los alumnos: no procedais al rezo sin prepararlos sencillamente á que lo practiquen con fé y con devocion; un « ¡ es muy bueno ! » basta, á veces, para ello: no oigais indiferentes la campanilla que anuncia la salida del Santo Viático á algun enfermo: no dejéis escapar de vuestra boca palabra alguna contra la religion: no os escuseis de acatar á sus ministros cuando vuestros discípulos os observan: no cometáis irreverencias ante la imágen que tengais en vuestra escuela, ya fumando dentro del local, ya permaneciendo en él con gorra, ya permitiendo en él juegos ó desórden notable, ya faltando de algun modo al respeto que procurais inculcar á vuestros alumnos: no dejéis pasar sin corregir amables y zelo-

---

(1) Seríamos tan difusos en esta parte si hubiésemos de dar á nuestros lectores una idea, siquiera sencilla, de los muchos cuidados que exige el feliz éxito del asunto, que sobre hacernos pesados en demasía, nunca conseguiríamos nuestro objeto, para lo cual se hace precisa la observacion practica.

so las preocupaciones religiosas que manifiesten poseer aquellos, tales como lo de las calderas de pez en el infierno, lo de los cuernos, lo de las uñas largas, y lo de las manos de pelo del demonio, lo de las sillas, y lo de los manjares delicados en el cielo, y otras por este estilo: pues se ha de tener entendido que en materia religiosa se puede faltar por defecto y por exceso, y como la mentira es siempre mentira, tan irreligiosa es la despreocupacion, como el pedantesco fanatismo.

Respecto de este interesante asunto, el Credo ha de ser vuestra norma, lo que de él puedan *comprender* vuestros alumnos, haced que lo comprendan, lo que no se conciba mas que con los ojos de la fé, haced de manera que lo *crean*; pero en uno y otro caso no pongais ni quiteis ni una sola letra á lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone.

Cuando hayais de asistir con vuestros alumnos ó tomar parte en alguno de los actos que constituyen el culto divino, preparadlos antes á fin de que mientras lo verifiquen puedan reflexionar en provecho de su sentimiento, dad vosotros siempre un vivo ejemplo de la religiosa uncion que os anima, observad las faltas que podeis notar, coregid con mansedumbre cristiana é interés paternal á los que no hayan cumplido como debian; y cuando por circunstancias particulares hayan de asistir vuestros alumnos solos al templo recordadles de antemano sus obligaciones, á cuyo fin no habeis de dejar pasar desapercibidas las vísperas de fiesta, ni las épocas en que el cristianismo celebra los principales misterios de su religion sacrosanta.

Si una conducta práctica de verdaderos cristianos no seguís, destruiréis con vuestras manos lo que pretendéis edificar con vuestra lengua; en vano conseguiréis que vuestros educandos sean verdaderamente religiosos, por que del mismo modo que desean saber la *causa*, el *motivo*, la *razon* de lo que les hace obrar cuando se les obliga á oír misa, á rezar, á permanecer con respeto en los sitios sagrados, y á mirar reverentemente las cosas santas,

así tambien, cuando el ejemplo de sus preceptores desdice de sus mandatos, se preguntan así mismos, « ¿y ellos por qué no lo hacen? » En vez de haz lo que te digo y no mires lo que yo hago, debéis tener presente que la infancia toma en cuenta siempre las palabras y los hechos.

¿ Cómo desear que vuestros discípulos guarden en el templo esa compostura que tanto les habeis recomendado para cuando se hallen en la casa del Señor , si ellos observan que , ó conversais amigablemente con la persona que teneis á vuestro lado , ó permanecéis sentados durante los pasajes mas interesantes del sacrificio de la misa , ó no guardais vosotros los primeros esa misma compostura?

¿ Cómo desear que vuestros discípulos asistan con puntualidad á los oficios divinos , si , ó no asistís vosotros en su compañía , ó no recordais averiguar si lo han hecho en los primeros momentos de las clases que sigan á un dia festivo , para premiar ó castigar debidamente á cada cual , segun su comportamiento respectivo (1)?

Una vez conseguido que los educandos sientan hácia lo religioso ese cariño que debemos sentir tambien los educadores (para lo cual el mismo corazon dicta otros muchos, consejos, aparte los que acabamos de exponer ); á medida que avancemos en vuestra tarea , hemos de procurar que sientan tambien ese mismo cariño por lo bueno , por lo caritativo , por lo levantado , por lo generoso , y que cobren aversion á todo lo que , tratándose de las acciones humanas , aparezca , egoista , vil , rastrero é innoble.

A este fin la idea de la inmortalidad les infundirá una profunda conviccion del fin que les aguarda en la otra vida ; la idea de su naturaleza les hará pensar en la necesidad de los deberes que se les enseñen para cumplir consigo mismos ; la idea de la fraternidad universal, deducida de la paternidad universal de Dios , les hará ver en

(1) Respecto á la asistencia al templo creemos no solo inútil, sino hasta poco prudente obligar á ello los niños, cuando ni conocen á qué van, ni pueden materialmente permanecer con la debida compostura.

sus semejantes unos verdaderos hermanos (1); la idea de la virtud, retratada con halagüeños colores en relaciones sentidas y concisas, les hará amar lo bueno por sus encantos y bellezas; la idea de la perfección, mostrada con un ejemplo constante y vivo en sus maestros, les hará seguir poco á poco el buen camino que se les marca; y si todo esto se agrega una prudente conducta en todos los ejercicios morales (pedagógicamente hablando), no hay duda de que al paso que la infancia crezca alentada en ese sentimiento que la hará apasionarse por lo bueno y santo, se aclarará en ella, poco á poco, y se acostumbrará á juzgar con rectitud esa fuerza investigadora que, con el doble carácter de razón y sentimiento, existe en todo el mundo, y que se conoce con el nombre de *conciencia*.

En otro lugar recordamos haber dicho que esta no era mas que la razón aplicada al discernimiento de la bondad ó malicia de las acciones.

Para clasificar los actos humanos es preciso; 1.º conocer las leyes que los rigen; 2.º tener una inteligencia capaz de analizar las circunstancias que en ellos concurren, para compararlos con la ley y observar su conveniencia ó inconveniencia.

Después de estudiadas las leyes de moralidad, que es lo que constituye la *instrucción moral* ¿cómo se aclarará el criterio para juzgar y hasta se aumentará la facilidad de comparar las circunstancias de los actos con las prescripciones morales? Procurando que los educandos juzguen, analicen y comparen mucho, bajo la dirección del preceptor, llamado á corregir los efectos de su inexperience y desaliño.

¿No mejora en cantidad y calidad el criterio legal de

(1) Nada mas fácil que, partiendo de las razones por las cuales llaman los niños *padre* á la persona que vela por ellos en familia, elevarlos á la contemplación de que el verdadero padre de todos es Dios; de que si de todos es padre, todos debemos ser hijos suyos, y de que siendo todos hijos de un mismo padre todos somos hermanos.

un magistrado, á medida que se encanece en la difícil y penosa tarea de administrar justicia? Pues lo mismo sucede en la infancia, que desde muy temprano se ocupa en juzgarse á sí misma por ese juez interno llamado conciencia; y á la manera que en aquel aumenta progresivamente su ingenio escudriñador, en la niñez se vigoriza también su inteligencia, destinada á examinar la validez de los motivos, de las causas y de las circunstancias que agravan ó atenúan, condenan ó justifican los actos cuya calificación es de su incumbencia.

Sentado este principio, claro á todas luces, para que la conciencia vaya despertando de ese sueño letárgico que duerme durante los primeros años de la vida humana, á consecuencia del estado rudimentario en que se halla el entendimiento; sentado este principio, repetimos, se hace preciso que los educadores, no solo ejerciten la razón de sus discípulos, haciéndoles apreciar la bondad de los actos que se examinen, sino que también se abstengan de comentarlos por sí mismos, antes al contrario, objeten de un modo prudente é intencionado las consecuencias sacadas por los niños, á fin de escitar más y más el examen de los hechos, y aclarar y solidar el poder del juicio interno.

Con tales fines, al tiempo de relatar una historieta ó cuento, ó al tiempo de observar algún hecho acaecido en la misma escuela, nunca debe decir el maestro, «os voy á contar lo que hacia un niño muy bueno ó muy malo,» «este niño ha hecho una cosa buena ó mala,» «era muy bueno ó muy malo tal personaje;» pues al tiempo de espresarse de esta ó semejante manera, dispensa de su trabajo al juicio de los educandos (lo cual equivale á matar su conciencia) por varias razones. Si el acto no interesa demasiado á aquellos, oyen al profesor con alguna indiferencia, y creen la calificación hecha por este, como creemos nosotros la que hace *á priori* una persona cualquiera sobre algún suceso que nos es indiferente, pues al oírsele narrar decimos, ¿?

mi que me importa eso? Tú dices que es bueno, bueno será, y ni siquiera nos tomamos el trabajo de oirlo relatar.

Si el hecho excita la curiosidad de los discípulos, cuando está ya calificado, no se fijan tanto en las apreciaciones morales, como en las narrativas; y la confianza ó el respeto que les inspira el maestro, no les permiten desmenuzar las circunstancias de los hechos que pueden parecerles dudosos, siguiéndose de aquí que los escrúpulos desaparecen ante la consideracion de un criterio superior en el cual se ha depositado la mayor confianza. Esto es lo que sucede entre los hombres, que ya tienen criterio propio; pues al oirse la calificacion de otro que pasa plaza de mas entendido é ilustrado, y que goza la omnimoda confianza de sus oyentes, estos aplauden por de pronto, toman como artículo de fé las doctrinas aquellas que, examinadas fria é imparcialmente despues, no siempre son consideradas como ciertas por los mismos que antes las aplaudian.

¡Cuántos lloran la demasiada confianza que aprisionára las fuerzas de su conciencia, dejándose engañar como niños por un mal ataviado sofisma! Y si la superioridad y la confianza dominan los impulsos de la conciencia en el hombre, ¿cómo no los han de dominar en el niño, cuando aquella facultad está naciendo todavía? Por esto durante la infancia se cree con tanta facilidad; y por esto, si el maestro lo hace todo por si mismo en la apreciacion de las acciones, sin dar una participacion progresiva á sus discípulos, estos podrán adquirir buenas costumbres, podrán amar lo bueno, podrán cojer afecto á lo virtuoso; pero el dia en que se les presente un caso moral nuevo, y les falta su consejero, su director, su maestro, aquel dia se ven asaltados por la duda, por la perplejidad, y claro está que si en tales circunstancias obran bien, no será mas que por casualidad.

Quando el maestro dice á sus discípulos *esto es bueno*, ó *esto es malo*, calificaciones admitidas desde luego por la confianza que inspiran sus palabras y la inferioridad inte-

lectualen que se encuentran aquellos, sucede como cuando se quiere enseñar los usos diferentes de las operaciones aritméticas á fuerza de amontonar ejemplos prácticos, sin sentar ni aclarar los principios en que se fundan las resoluciones de aquellos: entonces, á no ser que el maestro diga qué clase de operacion se ha de ejecutar, queda sin resolver el problema, ó se resuelve mal, ó si se resuelve bien es en medio de mil dudas y dificultades, dificultades y dudas que hacen inútil lo que de tal manera se ha aprendido, cuando falta el maestro.

Exactamente igual sucede á los niños en sus resoluciones morales, cuando poco á poco no se les han imbuido las leyes de sus actos, ni se les ha acostumbrado paulatinamente á saber comparar las circunstancias de estos con las prescripciones de aquellas.

Para obviar esta dificultad; para que con el tiempo no tengan que obrar segun los consejos de otros, antes al contrario se les puedan dar á si mismos en virtud de esa facultad que Dios ha dotado á todo ser racional, no hay mas que acostumbrarles á juzgar sobre la bondad ó malicia de los hechos que se les narren: en vez, pues, de apreciarlos el maestro por si mismo, debe uada mas que observar para corregir lo que sus alumnos, por su inexperiencia ó falta de criterio, equivocaren.

En vez de decir á los niños *este ó esto era bueno ó malo*, conviene decirles *¿qué os parece de este ó de esto, bien ó mal?* Y despues de hecha la apreciacion debe exigirel *porqué*. Y despues de exigido el *porqué*, se debe *exigir condiciones que habrian de existir en el hecho que se juzga para que pudiera ser apreciado de un modo distinto* (1); ó *condiciones que habian de existir en las leyes morales-religiosas para que las acciones cambiasen de aspecto*.

Y para que el juicio de los educandos se avive más y mas hasta *conviene oponer objeciones sencillas á sus apre-*

(1) Esto siempre que de ello no resulte necesidad de aclaraciones que dejen transparentar vicios desconocidos de la infancia.

ciaciones, aunque estas sean conformes : un maestro siempre tiene mayores recursos que un educando para preparar sofismas sencillitos ; pero ha de tener presente dos cosas, 1.<sup>a</sup> no hacerlo en los asuntos dogmáticos é incontrovertibles: 2.<sup>a</sup> poner las objeciones de tal modo que no arguyan ignorancia ni convicción del error ; pues ambas cosas perjudicarían, una á los discípulos y otra al maestro mismo

Hablando, por ejemplo, de algun atributo de Dios, ó de su existencia; de los premios y castigos eternos ó de la veracidad de algunos misterios santos, conviene razonar siempre con ánimo é intencion religiosa : pero despues de haber expuesto la historia de la venta de José por sus hermanos; despues de preguntar á los niños *qué les parece de la envidia y consiguiente proceder de aquellos*, á lo que los discípulos responderán que *mal*; bien puede proseguirse con estas ó semejantes preguntas : *¿Acaso es pecado el estar triste?* (1) *Cómo habian de estar contentos si su padre queria mas á José que á ellos?* Con lo cual ha de venirse á la conclusion de que, siendo todos hermanos, las alegrías y pesares de los unos, han de ser tambien alegrías y pesares para los otros ; y despues, puede proseguirse : *Y bien que vendieran á José ; ¿no se venden tambien los alimentos y las telas? ¿No nos dá Dios esto lo mismo que el alma y el cuerpo? ¿Y si lo uno se vende, porqué no se ha de vender lo otro? ¿De quién tenian que haber sido el alma y el cuerpo de José, para que sus hermanos no hubiesen faltado? ¿Cuántos pecados hicieron aquellos? ¿Cuál era el uno y cuál el otro?* Y merced á estas ó semejantes preguntas, de cuyas contestaciones se exige la razon ó el porqué, se aclara mucho el juicio moral de los niños, que permanece aletargado si en vez de proceder así, se les dice : los hermanos de José obraban muy mal teniéndole envidia, y mucho peor vendiéndolo.

---

(1) Hacemos esta pregunta ; porque para dar á conocer lo que es la envidia decimos á los párvulos que este vicio consiste en ponerse triste al pensar en el bien que disfrutan nuestros semejantes.

No se crea, sin embargo, que el esclarecimiento de la conciencia es obra de poco tiempo ; los padres con sus reflexiones y consejos, los maestros de párvulos con ejercicios parecidos á los indicados, y los elementales prosiguiendo la obra iniciada por los anteriores, todos con sus buenos oficios han de contribuir á que , cuando los niños lleguen á la edad de la pubertad, se encuentren dispuestos á emprender sin mucho riesgo el período mas azaroso de su vida.

Respecto á la especie vertida por algunos de que con estos procedimientos se haria á los niños demasiado razonadores, escudriñadores y criticastros , solo dirémos que el hombre tiene la razon para hacer uso de ella sobre aquello á donde le sea lícito llegar, y que el arraigo de las demas virtudes que está llamado á sembrar el profesor , evita aquellos defectos , que nunca se observan sino cuando la educacion ha sido incompleta.

Advertirémos , por último , que las apreciaciones morales, hechas bajo la inmediata y prudente direccion del educador, han de ser rígidas , y han de versar hasta sobre los mas pequeños detalles de los actos ; pues los que quieren condenar esta conducta , pretestando que así se forman conciencias escrupulosas, niños demasiado mediatibundos, y personas cavilosas, no han pensado que en la época de las pasiones, estas, la falta de preceptor. y el ejemplo no siempre edificante de la sociedad, dan mayor elasticidad al juicio , que , en el caso de haberse desarrollado estrictamente ajustado á las leyes , vendría á constituir esas *conciencias anchas* , como vulgarmente se llaman , no las mas apropósito para mantener incólumes los principios morales , ni puras las verdades y creencias religiosas.

Expuestos los principios en que debe descansar el desarrollo del sentimiento y de la conciencia, y dictadas algunas reglas con cuya práctica hemos conseguido sembrar aquel y aclarar esta en la infancia , réstanos decir algo

sobre la *voluntad*, advirtiendo de antemano que su buena direccion no se consigue mas que al cabo de mucho tiempo, con asiduo trabajo, con fé y con halagüena esperanza: el maestro que desmaya por ver un dia y otro dia contrariadas sus tareas y fallidos sus propósitos, nunca conseguirá ver coronada su obra por un éxito feliz y lisonjero.

Ya se sabe que la *voluntad* es una facultad en virtud de la cual obramos, y dejamos de obrar; pero así como en el hombre se ejerce con conocimiento deliberado de lo que se practica, en los niños, por el contrario, no tiene otro móvil, generalmente, que el deseo de satisfacer los carnales apetitos.

Para que la voluntad, esa invisible fuerza propulsora de todos nuestros actos, obra ó puede obrar con mas garantía de acierto, se hace preciso que antes de decidirse á obrar, se consulte la razon. Por esto las acciones, en tanto son mas conformes, en cuanto mas ilustrada se halla la inteligencia, y con mas deternimiento se la consulta.

Comete una persona algun delito; y si su razon en aquel momento se hallaba extraviada, ó carecia de suficiente fuerza pensadora, queda impune la falta ó se aminora la pena. Impensadamente se traspasan las prescripciones de la ley, y la transgresion se considera mucho menos grave que cuando se verifica despues de haberla premeditado.

¿Se exige responsabilidad á un niño de dos á tres años que, entretenido en un balcon de su casa, arranca un ladrillo, lo arrastra poco á poco, lo lanza á la calle, y hiere ó mata á una persona que acertaba á pasar al mismo tiempo?

¿Se exige responsabilidad al demente que ejecuta algun desman?

No se hace ni será justo el hacerlo; pues el niño, además de carecer de suficiente razon para calcular las consecuencias del hecho que casi maquinalmente ejecuta, ignora que dentro de sí mismo tiene un consultor y hasta desconoce la obligacion que tiene de consultar antes de

obrar ; y el demente no puede ser bien aconsejado , aun cuando lo desee , por el desbarajuste é incoherencia de sus facultades mentales.

De todo esto se deduce que para poder obrar con garantías de acierto , son necesarias dos circunstancias : 1.<sup>a</sup> poseer la razon en el pleno goce de sus facultades , y 2.<sup>a</sup> acostumbrarse á no obrar jamás sin haber consultado antes á aquella.

Para llegar á conseguir con el tiempo lo primero , ya hemos indicado el camino al hablar de la conciencia ; para conseguir paulatinamente lo segundo , basta proceder de modo que siempre los educandos vengan á convencerse de estas conclusiones : 1.<sup>a</sup> « *Tenemos en nosotros mismos poder suficiente para distinguir lo bueno de lo malo ;* » « 2.<sup>a</sup> *Cuando obramos mal consiste en que no hemos pensado lo que vamos á hacer* » 3.<sup>a</sup> « *Antes de hacer una cosa , hemos de reflexionar cómo es , para hacerla ó no ,* » y 4.<sup>a</sup> *Piensa antes de obrar.*

Estas conclusiones no son obra del momento , pero se consigue hacerlas entender , y se acostumbran los niños á obrar con arreglo á ellas , haciéndoles fijar en hechos y experimentos prácticos , é interesándoles en las ventajas que producen.

Para ello se aprovechan las ocasiones , y suponiendo que un niño ha arrebatado de las manos de otro algun juguete perteneciente al segundo , sacaremos el primero ante los demas discípulos , y comenzaremos por despojarle de lo que mas puede apreciar : pronto ó llora ó manifiesta sentir desagrado (salvando raras escepciones) por el hecho que observa contra sí ; y aprovechando este sentimiento , ya visible ya supuesto por el mismo maestro , se dice á los espectadores :

*Maestro.*—¿ No veis qué triste se pone este niño ?

*Niños.*— Porque le va V. á quitar eso.

*M.*—¿ Le sabe bueno ó malo que se lo quitamos ?

*N.*—Malo.

*M.*—¿ Si lo que hacemos fuera bueno para él cómo

N.—Contento.

M.—(al niño)—Vamos, hijo mio, ¿quieres tu que me leve yo esto, ó quieres que te lo deje?

N.—(O calla, en cuyo caso debe adivinarse el deseo de lo segundo, ó dice que lo quiere para él.)

M.—Este niño *ya conoce* que no haríamos bien quitándoselo. (Como no queriendo despojarle.) Bah! bah! *y yo tambien conozco* que no haríamos bien.

Y vosotros, qué me decis, se lo doy ó no?

N.—Sí, señor; sí.

M.—Ah! Tambien *vosotros conoceis* que no haríamos bien, quitándole eso, verdad?

N.—Sí, señor.—Sí lo conocemos, sí.

M.—Yo lo conozco, vosotros lo conoceis, y este tambien lo conoce; *todos, todos conocemos si lo que hacemos es bueno. ó*

N.—..... Es malo.

M.—Si este niño no lo ha conocido antes, es porque no ha.... (ademan de pensar.)

N.—Pensado.

M.—Justo: ahora que piensa, ya.....

N.—Lo conoce.

M.—Qué haremos, pues, para conocer lo que es bueno y lo que es malo?

N.—Pensar.

M.—Así es: por que pensando, *todos podemos conocer lo que.....*

N.—*Es bueno* y lo que es malo.

Para convencerles mejor de esta verdad, se agrega aqui una anécdota parecida á la siguiente:

«Vaya si es verdad esto! Ayer, despues de la escuela, sali yo de casa, y al llegar á la calle de (una conocida de los niños) me encuentro con un hombre que estaba vendiendo (comestibles, como frutas del tiempo ú otra cosa.) Yo que no habia cenado aun, tenia un hambre, que ya, ya! Mírolas.. (ó los).. y cuando ya iba á cojer porque tenia mucha.....

N.—Hambre.

M.—¡Ay! si tenia! Cuando ya iba á cojer comencé á pensar; y como pensé, en seguida *conoci que hacia.....*

N.—Mal.

M.—De repente dije, nó, nó: nó quiero, nó: bien tengo hambre; *pero como he pensado, he conocido que.....*

N.—Haría mal.

M.—Me marché sin cojer nada; voy á mi casa, cené, y decía yo despues, mira que si no acierto á conocer que hacia mal....

¿Queréis no hacer mal? Pues antes de hacer las cosas, pensad como yo; porque pensando, *todos pueden conocer lo que es bueno y lo que es malo* (1).

Si este niño no lo ha conocido es porque no sabrá que podia hacerlo. Otra vez ya lo pensará: vamos dale á aquel lo suyo, y marcha, marcha, que ya creo yo que no lo haras otra vez.

Si se quiere llevar los alumnos á la segunda conclusion que hemos sentado anteriormente, no tenemos mas que agregar á este ejercicio, dos ó tres preguntas parecidas á las siguientes:

**Maestro.**—Si este niño hubiera pensado antes, habria hecho eso?

**Niños.**—No, señor.

**M.**—Claró está; habria conocido que....

**N.**—Hacia mal...

**M.**—Y no lo hubiera....

**N.**—Hecho.

**M.**—Pues, por qué ha obrado así?

**N.**—Por que no ha pensado.

**M.**—Luego *cuando obramos mal, consiste en que no...*

**N.**—Pensamos.

**M.**—*Lo que vamos...*

**N.**—A hacer.

---

(1) Esta clase de pequeños y sencillos ejercicios, llevan á los alumnos el conocimiento de lo que ponemos subrayado.

Tratando de hacer comprender la conclusion tercera, bajaremos, además del niño que ha faltado, á otro que pudiera haber faltado tambien del mismo modo, y no lo ha hecho así; y prosiguiendo el ejercicio destinado á los niños de la verdad del primer asunto, diremos: mirad este: tambien estaba allí junto á este otro, tambien miraba el juguete, tambien le gustaba, tambien *le han venido ganas* de cojerle (1); pero un poquito antes de hacerlo ha pensado... y... ha dicho, *no*; por que si le cojo...

*Niños.* Haré mal.

*M.*—Por que en los mandamientos, se dice; *el séptimo*.....

*N.*—No hurtarás.

*M.*—Y como ha pensado antes, ha obrado...

*N.*—Bien.

*M.*—Quién ha hecho bien?

*N.*—Ese.

*M.*—Quién ha hecho mal?

*N.*—Ese otro.

*M.*—Por qué ha hecho bien este?

*N.*—Porque no ha hurtado.

*M.*—Por qué ha hecho mal este otro?

*N.*—Porque....

*M.*—(Haciendo suspender la respuesta). Basta, basta, basta. Ya lo sé, ya lo sé. Este niño que ha obrado bien, es porque *antes ha pensado y ha dicho, esto que voy á hacer es bueno ó es malo? Y como ha conocido que era malo, ha dicho, pues ya no lo hago.* ¿Verdad, hijo mio?

*N.*—Sí, señor.

*M.*—Guapo chico! ¿Queréis vosotros ser como él.?

*N.*—Sí, señor.

*M.*—Pues *antes de hacer una cosa, pensad un poquito para saber si es buena ó es mala.* ¿Es buena? Pues ya podemos hacerla, y la haceis. ¿Es mala? Pues no podemos hacerla,

---

(1) Dispénsennos nuestros lectores estas y otras semejantes locuciones, en gracia al objeto á que se dedican, y los seres á quienes suponemos dirigiélas.

y no la haceis. Así seréis como este niño , y yo os daré premios y os querré.

Repítanse estos ejercicios, ya como principales, ya como incidentales; no se dejen pasar las ocasiones para hacer ver á los discípulos, por medios parecidos á los expuestos, las ventajas de *reflexionar antes de obrar*; que conociendo palpable y oportunamente aquellas, poco á poco se acostumbran á consultar la razon en la mayor parte de sus actos, que es á lo que se debe dirigir la educacion moral con relacion á esa facultad , que tan libérrima se presenta en la infancia , la voluntad.

## LECCION V.

### **Verdades fundamentales de Religion.**

*Sumario.*—Ejercicios sobre la existencia de Dios.—Idem sobre su Omnipotencia.—Id. sobre su sabiduría.—Cómo probaremos que es espíritu.—Cómo probaremos que es eterno —Cómo probaremos que es bueno.—Cómo probaremos que es justo.—Conclusion.

Sin embargo de que en la leccion IV de la primera parte describimos ya la marcha de un ejercicio para solidar en los niños la idea de Dios , como quiera que esta clase de conocimientos tiene inmensa trascendencia y sin igual importancia, vamos á ocuparnos nuevamente sobre el mismo asunto.

### **EXISTENCIA DE DIOS.**

#### **I.**

Colocado el maestro ante sus discípulos, elige un hecho ó aprovecha alguno que se haya verificado en aquel momento ; pero que en todos los casos reconozca una *causa inme-*

*diata y patente* á la corta comprension de los que lo observan.

Supongamos que de antemano se coloca un puntero sobre el borde superior de la pizarra, de manera que al movimiento mas leve que se le imprima, caiga aquel al suelo. Aparentando que no se quería tirar, hacemos que el puntero se precipite sobre el pavimento; y de este suceso, tan sencillo como vulgar, nos serviremos para entablar el siguiente diálogo con los discípulos, merced al cual hemos de convencerles de que «*no puede haber efecto sin causa*, ó en términos más fáciles de comprender, *ninguna cosa se ha podido hacer ella sola*,» objeto principal á que puede concretarse el primer ejercicio.

*Maestrō.*—(Buscando el puntero donde estaba.) Toma! pues y el puntero?

*Discípulos.*—Está en el suelo. Se ha caido.

*M.*—Vaya, vaya con el puntero este! Yo creía que no se podia mover; y ved como se ha marchado *el solo* desde arriba á abajo.

*D.*—Es que como V ha tocado la pizarra....

*M.*—Y si yo no hubiera tocado la pizarra, se hubiera caido?

*D.*—No señor.

*M.*—Me parece que os equivocais: (colocando el puntero en su sitio y cogiendo á cualquier niño que empuje como antes lo habia hecho el profesor) mirad, ahora no he tocado la pizarra, pero por eso bien se ha caido el puntero....

*D.*—Es que le ha tocado ese niño.

*M.*—(Al niño) ¿Has tocado la pizarra, hijo mio?

*Niño.*—Si, señor.

*Maestro.*—(A todos)—Ay! es que yo no lo habia visto. Pues quiere decir, que si *antes* se ha caido el puntero ha sido, porque...

*D.*—V. lo ha tocado...

*M.*—Yo no he tocado el puntero.

D.—Sí; pero... ha tocado V. la pizarra, y... (Si los niños no aciertan á *expresar bien* esa combinacion de movimientos, merced á la cual ha caido el puntero, el maestro les conducirá á que *la comprendan*, cuando menos) la pizarra al puntero, y por eso.....

M.—Y quiere decir que si *ahora* se ha vuelto á caer ha sido...

D.—Por que lo ha hecho caer ese niño.

M.—Y si yo no lo hubiera tocado...

D.—No se hubiera caido.

M.—Y si el niño no lo hubiera tocado...

D.—Tampoco se hubiera caido.

M.—Pues si ese puntero lo deajo aquí (colocándole y atianzándole) se caerá, si ninguno le toca?

D.—No señor.

M.—Quién no se caerá si nadie le toca?

D.—El puntero. (Ahora se escribe, deletrea y lee la palabra *puntero*, valiéndose para ello de alguno de los procedimientos que á su tiempo indicaremos).

Una vez concluido esto se dice, cogiendo el puntero:

M.—Y de qué es este puntero?

Niños.—De madera.

M.—(Sacando un trozo de madera, y colocándola á la vista de los discípulos). Calla! A ver con esta madera si haremos un puntero. (Tanto él como los alumnos se fijan en la madera, y pasados algunos instantes, sigue el maestro diciendo:)

M.—Pues esta madera no se hace puntero.

N.—Es que no se hará.

M.—Y porqué? Ella *solita* no se puede hacer puntero?

N.—No señor.

M.—Teniendo la madera, quién tendria que trabajarla para hacerla puntero?

N.—El carpintero.

M.—Luego este puntero no se habrá hecho solo.

N.—No señor.

*M.*—Quién ha debido hacerlo?

*N.*—El carpintero.

*M.*—Justo: el carpintero, tras, tras, tras, (simulando la construcción del puntero) y ya está hecho; por manera que si este puntero está hecho, es porque...

*N.*—Lo ha hecho el carpintero.

*M.*—Bien, muy bien: con que el carpintero hace estos... (enseñando el puntero).

*N.*—Punteros.

*M.*—(Designando á varios niños y niñas.) A ver, pues, decidme otra cosa que hacen los carpinteros.

Los niños van diciendo los objetos que recuerdan y como todos son de madera, se prosigue diciendo: luego todo lo que hacen los carpinteros es de...

*N.*—Madera.

*M.*—Ahora, pues, me vais á decir cosas que no hacen los carpinteros.

El maestro designa á otros niños y estos, individualmente, porque si no, se promueve desorden, van diciendo objetos fabricados ó elaborados por artistas diferentes, á lo cual debe conducirlos el maestro mismo; hecho lo cual, nombrando lo que los alumnos hayan nombrado, dirá:

*M.*—Calla, hombre, calla! Y yo pensaba que todas esas cosas que me habeis dicho se hacian ellas solas! Pero veo que no es verdad, por que ese (señalando) me ha dicho que los punteros, puertas, mesas, y bancos los hacian los....

*N.*—Los carpinteros.

*M.*—Ese otro me ha dicho que las sillas y sillones los hacian los.....

*N.*—Silleros.

*M.*—Que los pantalones, chalecos, y chaquetas las hacian.....

*N.*—Los sastres.

*M.*—Que los zapatos.....

*N.*—Los zapateros, etc., etc.

M.—Luego todas esas cosas que hemos visto, todas las que hemos nombrado, todas son hechas por alguno.

Pero (transición) no, no... Vosotros no me decís la verdad; por que yo sé una cosa que ni la hacen los carpinteros, ni los sastres, ni los zapateros. (Aquí se nombran los oficios que se hayan mencionado). En virtud de esta transición, merced á la cual con un trabajo mental muy educativo buscan los niños objetos (y si no se les advierte) que están fuera de la escuela ó que sean producto de algun arte no mentado, se le da otro giro al ejercicio sin que el *fin* sea otro que hacerles ver «*que nada de lo que ven* (objetos producidos por el arte, pues casi nunca alcanzan á mas) *se ha hecho solo.*» Despues de lo cual se concluye: Maestro.—Cuántas cosas, pues, hemos visto que se hacian solas?—Niños... Ninguna. (Se escribe y deletrea). Y despues de leer el maestro la palabra *ninguna*, prosigue diciendo:

M.—Ninguna cosa, ninguna se hace...

N.—Sola (1).

## EXISTENCIA DE DIOS.

### II.

En el ejercicio anterior dejamos sentado que *ninguna cosa se habia hecho sola*, de donde partiremos para llevar los discípulos á la contemplacion de que *hay cosas superiores al poder humano*, verdad que es indispensable reconocer para despues comprender fácilmente que, si no puede haber efecto sin causa, y los hay superiores al poder hu-

(1) Generalmente, los párvulos no se fijan durante estos primeros ejercicios mas que en los objetos artificiales que les son mas conocidos, sobre los cuales fáciles hacerles entender la necesidad de la causa que los produce; pero si por casualidad nombrasen *personas, árboles, animales, agua*, etc., etc., al maestro le toca indicarles *muy de ligero* una causa inmediata que si bien lógica, no despierte en sus alumnos ideas imprudentes. Donde ellos ven mas claro el principio que ahora nos hemos propuesto desarrollar, es en los objetos que hemos apuntado en este ejercicio.

mano, necesariamente ha de existir una causa superior tambien, en cuyo caso tan solo falta dar á los discípulos el nombre de ella (1).

Para conseguir que estos se convenzan de la necesidad de la Causa Suprema, son indispensables algunos ejercicios que, con el *mismo fin* versen sobre *distintas ideas*; pues no son para desarrollados pronto asuntos de suyo tan graves y eminentes como el de que nos ocupamos, sino procediendo con lentitud y prudencia.

Colocado el profesor ante los niños, si no hay oportunidad natural para entrar en materia, conversando con ellos se buscará; y para ello es suficiente fijarse en el pavimento (si es de tierra) ó venir á la idea de *tierra* por este medio ú otro semejante.

**Maestro.**—Ese, ese (señalando) me lo dijo el otro dia, ese que no tiene las manos atrás. Si: me dijo que ni las sillas, ni las mesas, ni los... ni los... ni las... (Aquí se suspende la frase para que los discípulos, si recuerdan, digan los objetos á que hicimos referencia.)

Nada, nada, nada, se hacia...

**Niños.**—Solo.

**Maestro.**—(Como que le asalta una idea contraria) Calla, hombre! Sabeis que no sé á quien llamaremos para que la haga! Ni sé si llamar al sastre, al zapatero, etc., etc.

Tengo aquí... (Se escribe, deletrea y lee la palabra *maceta*, despues de lo cual se expone ante los alumnos ó se pinta.)

Tengo aquí una maceta, y quiero llenarla de...

**Niños.**—Agua, vino, aceite, sal, trigo, caramelos, etc., etc.

**Maestro.**—Y de niños: verdad?

**Niños.**—No, señor.

**Maestro.**—¿Por qué?

(1) No vayan á creer algunos de nuestros lectores que al maestro de párvulos es dado esplicarse en tales términos que arguirian hasta insensatez en él.

**Niños.**—Por que los niños son grandes, y la maceta pequeña.

**Maestro.**—Qué hariais para poder poner en ella niños?

**N.**—Hacerla mas grande.

**M.**—Sin hacerla mayor, como podríamos poner niños dentro de ella?

**N.**—Siendo muy pequeños. (1)

**M.**—Dias pasados la llené yo de niños, y cabian muchos; pero yo ya sé como eran aquellos niños.

**N.**—Serian de esos que valen para jugar.

(Con preguntas á este tenor se activa el buen sentido de los discípulos.)

**M.**—Pero no quiero llenarla mas que de tierra, y luego la regaremos, y plantaremos lo que vosotros querais. Tu (señalando á uno) ven aquí y dame tierra, no de esa que hay por el suelo, sino de otra que hagas *tu solito aquí*..... Vamos, haz tierra tu solo, como los carpinteros hacen las mesas, y los zapateros los zapatos.

**N**—No sé.

**Otros.**—No puede: tiene que ir á buscarla.

**Maestro.**—(A otro) Tu, baja y *haz* la tierra que vamos á poner en esta maceta.

(Despues de haber bajado el niño, y hecho observar que *no puede hacer* tierra, se le manda á su puesto, diciendo:)

**M.**—Ah! No puede, no puede. A ver esa niña si *puede hacernos* tierra.

**Niña.**—No puedo tampoco.

**M.**—Llamaremos al padre de esta niña para que haga tierra.

**N.**—No podrá?

**M.**—Llamaremos á su madre, á su abuelo, á su abuela, etc., etc.

**N.**—No podrán hacerla.

**M.**—¿Qué es lo que no pueden hacer la madre, el padre, el abuelo ni vosotros?

(1) No siempre piensan así ya.

N.—Tierra. (Escribase y léase la palabra; y despues se prosigue:)

M.—Y por qué no haceis vosotros tierra?

N.—Por que no podemos.

M.—Y por qué no la hacen vuestros padres, madres, abuelos, etc.?

N.—Por que no pueden tampoco.

M.—(Transicion) Bah!, bah! Yo sé unos hombres que todos los dias pasan por la calle con unos carros cargados de tierra: con que mirad si hay quien puede hacerla.

N.—Es que la van á buscar al campo.

(Si los niños no acertasen á pensárselo así, al maestro toca conducirles á que comprendan que aquella tierra que acarrean *no la han hecho ellos.*)

M.—Y es verdad; pues esos hombres, van al campo, llevan azadones, espuestas, y tras, tras, tras (accion de cavar y llenar el carro) cojen la tierra, la echan en el carro y..... Pero, niños: aquella tierra de los campos, y la de las calles, y la de los huertos, y la de las carreteras, ¿quién la habrá hecho?

N.—.....

M.—La haceis vosotros?

N.—No señor.

M.—¿La hacen vuestros padres, vuestros tios, vuestros abuelos? etc.

N.—No señor.

M.—¿La hacen los carpinteros, los zapateros, etc., etc.

N.—Tampoco.

M.—¿Y por qué no la hace ninguno de estos?

N.—Por que no saben. Por que no pueden.

(El maestro les llevará á que piensen así.)

M.—Pues entonces, la tierra se habrá hecho ella so..... Ah! no, no. Iba á deciros que la tierra se habria hecho sola; pero como el otro dia ya vimos que ninguna cosa.....

N.—Se hacia sola....

M.—Tampoco la tierra se habrá hecho. Con que ni se ha

hecho sola ni la hace ningun hombre. Pues entonces quién la habrá hecho? (Los niños no pueden saberlo; pero pronto conocerán la necesidad del Criador, prosiguiendo así.)

Ha tenido que hacerla *Uno*; ¿ es verdad, niños? Por que, segun hemos visto, nada se hace solo. Ese que ha hecho la tierra, puede ser hombre, niño, mujer, zapatero, carpintero, etc., etc.

*N.*—No señor: esos que V. dice, ya hemos dicho que no podian hacer tierra.

*M.*—Cierto, cierto: ninguno de esos, ni tu, ni esa, ni aquel, ni aquella, nadie, ni mujer, ni hombre, ni niño, ni niña, podemos hacer tierra. ¡ Qué tontos y qué poco podemos! ¿ Ese que hemos dicho que ha tenido que criar la tierra de las calles, y de los campos, y de las carreteras, tendrá mas poder ó menos poder que nosotros?

*N.*—Mas.

*M.*—Si no tuviera mas... no hubiera hecho...

*N.*—La tierra.

*M.*—Luego la tierra se ha hecho sola?

*N.*—No señor...

*M.*—La habeis hecho vosotros, vuestros pa dres, etc.?

*N.*—No señor. La ha hecho uno...

*M.*—Sola, sola, verdad?

*N.*—No señor: no se hace nada solo.

*M.*—Pues quién la habrá hecho?

*N.*—*Ese* V. ha dicho la ha hecho...

*M.*—(Preparándose para escribir). Mucho, mucho: es verdad, es verdad. No se puede hacer sola; no la podeis hacer vosotros, ni ninguna persona, la ha tenido que hacer *Otro* que es mas que las personas.

Mirad, mirad como se llama (escrito) *Dios*.

*Niños.*—(Leyendo) Dios.

*Maestro.*—*Dios*, es cierto, Dios se llama el que ha hecho la tierra.

Luego si tenemos tierra, es porque...

*N.*—La ha hecho Dios.

*M.*—Luego no habiendo Dios.... no habria tampoco tierra. ¿Hay Dios, niños?

*N.*—Si señor, si.

*M.*—Claro; por que si no, quién la habia de haber hecho? No podriamos llenar esta maceta para plantar en ella unas flores bien bonitas.

(Este ejercicio puede repetirse en distintos casos con el mismo fin, variando solo la idea *tierra* por la de *sol*, *estrellas*, etc., merced á lo cual, no queda duda alguna á los niños de la necesidad de que haya Dios. El conocimiento de sus atributos ha de ser objeto de otras lecciones.

### OMNIPOTENCIA DE DIOS.

Para dar idea de la Omnipotencia de Dios, es preciso partir de lo que llaman los niños *poder*, y examinar, en diferentes veces y sobre distintos objetos, el que ha sido necesario para crear esa innumerable muchedumbre de seres que pueblan el Universo todo.

*Si el Sol, la Luna y las estrellas no se han hecho solos, y NOSOTROS NO HEMOS PODIDO HACERLOS, EL QUE HAYA PODIDO HACERLOS PODRA MAS QUE TODOS NOSOTROS.*

Hé aquí el raciocinio que han de formar los niños, ya sobre los objetos enunciados, ya sobre otros, á cuyo fin se procederá del modo siguiente:

*Maestro.*—Solamente os lo diga, y en seguida lo haréis: ahora! *si no pudierais*....

*Niños.*—No lo haríamos.

*M.*—Así es: cuando os digo (*mandando*) ¡Manos en la cabeza! (*Los niños obedecen*) ¿Veis? Ya las tienen todos; pero si habeis puesto las manos en la cabeza es porque habeis.....

*N.*—Podido.

*M.*—Que si no hubierais podido, no.....

*N.*—Las hubiéramos puesto.

*M.*—Igual que cuando os digo: ¡Manos atrás! (Los ni-

ños obedecen). ¿Veis? Ya las teneis todos. *Habéis querido ponerlas atrás y en la cabeza, y lo habis hecho.* Pero yo se que aun cuando *hubierais querido, no lo hubierais hecho.* ¿Cuándo?

*Un niño.*—Cuando V. no lo hubiera mandado.

*M.*—Mandándolo yo tambien, no lo hubierais hecho...

*Otro niño.*—Teniendo los brazos atados.

*M.*—¡Guapo! Sin tener los brazos atados, no lo hubierais hecho.

*Otro niño.*—Teniendo *mal* en ellos.—Llevándolos dentro del chaleco.

*M.*—Y esos niños que tuviesen *mal* en los brazos, ó que los llevasen dentro del chaleco, ó que los llevasen atados, por qué no pondrian las manos en la cabeza ó detrás?

*N.*—Por que no podrian.

*M.*—Luego para hacer algo, además de *querer* qué es necesario?

*N.*—Poder.

*M.*—Decidme una cosa que *podéis* hacer vosotros? (1)

*Un niño.*—Andar.

*M.*—No, no: las cosas que podais hacer, quiero que *se puedan ver ó tocar*; á ver qué harias?

*El mismo.*—Una letra pintada?

*M.*—Y tu, qué harias?

*Otro.*—Un número pintado.

*M.*—Ya no quiero mas cosas pintadas. Si tu tuvieras maderas y herramientas, y si fueses carpintero, qué harias?

*El mismo.*—Una mesa.

*M.*—Y tu, qué podrias hacer tambien?

*Otro.*—Un pájaro de papel.

*M.*—Y un pajarito *de verdad*, podrias hacerlo?

*El mismo.*—No, señor.

(1) Para hacer estas preguntas bajan cuatro ó seis alumnos, que, colocados enfrente á los demás, hacen discurrir á estos mientras discurren ellos.

M.—Y tu, qué otra cosa harías?

Otro.—Yo haría un cuadro.

M.—(á todos).—Con que este (el 1.º) *podría hacer*.....

Niños.—Una letra pintada. (Van á su puesto de uno en uno.

M.—¿Este? (El 2.º).

N.—Un número pintado.—Una mesa.

M.—¿Este? (El 3.º).

N.—Un pájaro de papel.

M.—Y ¿este? (El 4.º).

N.—Un cuadro.

M.—Luego estos niños pueden hacer.....

N.—Letras pintadas, mesas, números pintados, pájaros de papel, y cuadros.

M.—(Transición). A qué no! Si piensas tu que puedes hacerlo.....

(Escribe y hace deletrear, silabear, y leer la palabra pájaro).

N.—Pá-ja-ro.—*Pájaro*.

M.—El niño que *pueda* hacer un pájaro *de verdad*, que baje.

N.—.....

M.—(Después de haber hecho bajar á uno). Con qué no *puedes* hacer un pájaro de verdad?

N.—No señor.

M.—Luego si este niño no hace pájaros, es por que.....

N.—No puede.

M.—¡Hay mas cosas que no podeis hacer vosotros, ni yo, ni los padres, ni los tios, ni los abuelos!! Ven, tu. (Hace bajar otros cuatro ó seis discípulos). A ver si me dices tu una cosa que *no puedes hacer* tu, ni yo, ni ninguno de tu casa, y que no sea pájaros.

N.—Las gallinas.

M.—Guapo! Ahora este otro me dirá una cosa, (pero no de esas que comen, como las gallinas) una cosa que ni él, ni vosotros, ni yo podemos hacer.

N.—El agua (1).

M.—Así es, cuando queremos beber agua no la hacemos nosotros, sino que hemos de ir á buscarla. Otra cosa que no podemos hacer?

N.—Tierra.

M.—Perfectamente, nosotros vamos á buscar tierra muchas veces; pero si no estuviera *ya hecha*, ni la encontraríamos, ni la cogeríamos. Otra cosa que no podemos hacer?

N.—Piedras.

M.—Así es: esas piedras que valen para hacer paredes. Cuando van los hombres á buscarlas, ya las encuentran hechas; pero si no hay, podrán hacerlas ellos?

N.—No señor.

M.—Con que *este no puede hacer* gallinas. Ese *no puede hacer* agua. Este otro *no puede hacer* tierra. Ese otro *no puede hacer* piedras. ¿Podriais hacer vosotros gallinas, agua, tierra y piedras?

N.—No, señor.

M.—Y vuestros padres, tíos, madres, tias, abuelas, etc., etc., pueden hacer esas cosas?

N.—No, señor.

M.—Y por qué no las hacen.

N.—Porque no pueden.

M.—Pues ni las haceis vosotros, ni yo, ni ningun hombre, se habrán hecho solas?

Alguno.—No, señor, que nos dijo V. que *ninguna cosa se hacia ella sola*.

M.—Guapo! ¿No os acordabais ya vosotros? Pues si no se pueden hacer solas, habrá de hacerlas alguno.

N.—Sí, señor.

M.—Y ese que hace las piedras, la tierra, el agua *ten-drá mas poder ó menos poder* que nosotros.

(1) Si los niños no acertasen á fijarse en otros objetos naturales, como sucede en un principio, el maestro debe *conducirles* á ello; pero nunca nombrárseles.

N.—*Mas.*

M.—Claro está; porque si no tuviera mas, no podria tampoco hacerlas. Él puede y nosotros no podemos, luego él tiene mas....

N.—*Poder.*

M.—Y á ese que tiene *mas poder* que nosotros, se llama... (Se escribe y hace leer la palabra *Poderoso*).

N.—*Po-de-ro-so.*—Poderoso.

M.—Quién será poderoso?

N.—El que puede hacer las piedras.—Y las gallinas.—Y el agua —Y la tierra.

M.—Así es: y por qué le llamaremos poderoso?

N.—Porque *puede mas que nosotros.*

M.—Y no os figurais quién puede ser ese *poderoso* que puede mas que tú y que yo y que todos? (Escribe Dios).

N.—Dios.

M.—No os acordabais ya? ¿No sabiais que él crió el sol y la luz y qué se yo cuántas cosas?

Con que, quién puede hacer mas, El ó nosotros?

N.—Él puede hacer mas que nosotros.

M.—Y por poder hacer mas que nosotros cómo le llamaremos?

N.—Poderoso.

M.—Quién es poderoso?

N.—Dios.

M.—¡Vaya si lo es: como que las gallinas, el agua, la tierra y las piedras, que no se han hecho solas, ni nosotros podemos hacer tampoco, las ha hecho él, diremos que Dios puede mas que....

N.—Nosotros.

M.—Y por eso le llamamos....

N.—Poderoso.

M. y N.—*Dios es, pues, poderoso* (1).

(1) Despues de hacer ver que todo lo puede, llamándole *Todopoderoso*, si se quiere cambiar esta espresion por la de *Omnipotente*, el resultado es idéntico.

## SABIDURÍA DE DIOS.

La idea de la sabiduría de Dios no puede ser concebida por los niños, sino haciéndoles ver *la necesidad de que esté en todas partes* para atender á la conservacion de todo, y por consiguiente, que *ha de saber lo que se hace en todos puestos*. Tambien podemos ir al mismo resultado examinando la *belleza y perfeccion* de las cosas creadas y de los *sucesos naturales* que se observan, sacando en consecuencia que *sabe mucho mas que nosotros* y que es, por tanto, *sabio*.

Condúzcase el maestro de una manera semejante al procedimiento que vamos á trazar (1).

*M.*—Cuando vuestro padre se ha vestido ya, almuerza, coje la alforja, y dice: «me marchó al campo á ver si la tierra está seca, para regarla (2).» Calle! Pues yo pensaba que vuestro padre *sabia sin ir al campo* si la tierra estaba seca ó mojada...

*N.*—No, señor.—*No lo sabe.*

*M.*—Y si vuestro padre *no sabe* si el campo está mojado ó seco, por qué será?

*N.*—Porque no lo vé.

*M.*—Qué tendrá que hacer para saberlo?

*N.*—Ir á verlo.

*M.*—Y si no va á verlo, lo sabrá?

*N.*—No, señor.

*M.*—Y si vosotros no vais á verlo, lo sabreis?

*N.*—Tampoco.

*M.*—Y si yo no voy á verlo, podré saberlo?

*N.*—Tampoco lo sabrá V.

*M.*—¡Que somos muy tontos todos! Si queremos *saber*

(1) Hemos elegido esta idea, porque no hay poblacion en donde no se encuentren agricultores.

(2) Aun cuando se confunda la omnisciencia con la sábiduría, mas tarde pueden diferenciarse estas ideas.

cuándo la tierra está húmeda ó seca para regarla ó no, tenemos que ir á....

M.—Verla.

Y si hubiese alguro que *sin ir á verla, lo supiera*, sabria Ese mas ó menos que nosotros?

N.—Mas.

M.—A ese que *sabria* mas que vuestro padre, y mas que vosotros, y mas que yo le llamaríamos.... (Se escribe, deletrea y lee la palabra *sabio*.)

N.—*Sabio*.

M.—Así es, *sabio*, que quiere decir que....

N.—*Sabe mas*.

M.—Sois sabios vosotros?

N.—No, señor.

M.—Por qué?

N.—Porque....

M.—Cuando estais en casa no sabeis cómo está el...

N.—Campo.

M.—¡Justo! ¿Es sabio vuestro padre?

N.—No, señor.

M.—Por qué?

N.—Porque tampoco sabe cómo está el campo cuando él está en casa.

M.—Y yo soy sabio?

N.—No, señor.

M.—Claro está que no. Si ahora viene vuestro padre, y me dice: Señor maestro ¿sabe V. si mi campo está seco ó mojado? Quería ir á regarlo para que no se mueran de sed las plantas.—«Yo *no lo sé*; porque no soy....»

N.—Sabio.

M.—Si voy á allí y lo veo, entonces lo sabré; pero si no, no puedo....

N.—Saberlo.

M.—Entonces, como ni vosotros, ni vuestro padre, ni yo lo sabemos, tras... tras... tras... se marcha al campo, mira por aquí, mira por allá... y dice: está seco, es menester....

N.—Regarlo.

M.—Por que estas plantas están casi....

N.—Secas.

M.—Y se morirán, se secarán si no beben. Ah! También las plantas beben. ¿No habeis visto aquello que tienen debajo de la tierra, aquello que llamamos raices?

N.—Si señor.

M.—Pues cuando vuestro padre riega el campo, se mete el agua debajo de la tierra.... ¡Calla! ¿Y cómo se meterá el agua debajo de la tierra?

N.—Por los agujeros...—Por los poros. (Si lo saben.)

M.—Así es. Cuando crió la tierra. ¿Quién la crió, quién?

N.—Dios.

M.—Cuando crió Dios la tierra, *ya sabia* que la habian de regar, y *ya sabia* tambien que el agua se habia de meter dentro, y *ya sabia* tambien que si no tenia poros no se podria.....

N.—Meter.

M.—¡Cuántas cosas *sabia ya!* ¿Verdad niños, que sabia mucho?

N.—Sí, señor.

M.—Como *sabia* todo esto, *quiso* hacer la tierra porosa para que pudiera meterse el agua dentro, y así cuando vuestro padre riega, llega el agua á las raices, la chupan y... ¡si vierais que bonitas se ponen entonces las plantas! ¡Igual que vosotros cuando teneis mucha sed y os bebeis un buen vaso de agua. ¡Pobres plantas! si no tuvieran raices.....

N.—Se caerian.

M.—*Ya lo sabia* tambien.... (Se escribe, deletrea y lee la palabra *Dios*).

N.—*Dios*.

M.—Éste, este *lo sabia* que se caerian si no tenian raices, y por esto les puso.....

N.—Raices.

M.—Para que no se....

N.—Cayeran.

M.—Lo mismo que á nosotros para no caernos nos ha puesto.....

N.—Piés.

M.—Y les puso tambien raices para que pudieran.....

N.—Beber.

M.—Como á nosotros para beber nos ha puesto.....

N.—Boca.

M.—¡Vaya que sabe mucho!

N.—Sí, señor, sí.

M.—Como que para que beban y no se caigan dió á las plantas.....

N.—Raices.

M.—Y cómo se la chupan! Despues de haber regado vuestro padre el campo, y cuando se vuelve á casa, se encuentra á otro hombre. ¡Hola! á donde va V.?—A ver si mi campo está seco.—¿ Para regarlo?—Ah! no señor; no tenemos acequia.—Pues no podrá V. regarlo (1).—No señor.—Pues no cojerá V. nada en él.—No lo sé; si *Dios quiere que llueva*, ya se regará.

Se separan aquellos hombres; vuestro padre va á casa, y el otro, se marcha á su campo. En vez de ir á su campo podia haber ido á su.....

N.—Casa, á su viña, á su colmenar etc., etc. (Todo esto deben pensarlo incitados por el maestro).

M.—Llega á su campo, mira las plantas, y ya se secan. porque hacia mucho tiempo que no habia.....

N.—Llovido.

M.—Y no se podian.....

N.—Regar.

M.—Al ver aquello, se queda el hombre tan triste..... Principia á volver hácia su casa: y sin hablar con nadie, decia: *ya lo sabe, ya, que se van á morir las plantas,*

(1) Se simulan estos diálogos.

¡ cómo ha de ser ! si quiere hacerme este favor, ya hará que....

*N.*—Llueva.....

*M.*—Pronto, para que yo pueda cojer el fruto de estas.....

*N.*—Plantas (1).

*M.*—Llegó el hombre á su casa : pronto comenzaron á salir muchas nubes, y al poco rato, ya estaba lloviendo. Así es que como *sabia* que aquel campo y otros muchos se perderian si no llovía.....

Y vosotros sabiais cómo estaba un campo que se hallase léjos de aquí ?

*N.*—No señor.

*M.*—Pues él si lo sabe.

Sabiais vosotros que las raices eran necesarias para que comiesen y bebiesen las plantas ?

*N.*—No señor.

*M.*—Pues él si lo sabia sin enseñárselo nadie.

*N.*—¿Sabiais vosotros para qué era necesario que la tierra tuviera poros.

*N.*—No señor,

*M.*—Pues él si lo sabia sin enseñárselo nadie, y por eso la crió así.

Quando lo digo yo... Es el que mas sabe de.....

*N.*—Todos.

*M.*—Y por saber mas que nosotros y mas que todos... le llamamos... (Se escribe y lee la palabra *sabio*.)

*N.*—*Sabio*.

*M.*—Quién es *sabio* ?

*N.*—Dios.

*M.*—Y en qué se conoce ?

*N.*—En que lo sabe todo.

(1) Tambien puede determinarse lo que habia sembrado en el campo.

Examinando las perfecciones de la Naturaleza encontraremos siempre en ellas retratada la Sabiduría infinita del Criador.

Estudiando la estructura del cuerpo humano, por ejemplo, podemos hacer observar cuán sabio se ha mostrado colocando en él dos ojos en vez de uno, dos piés y dos manos; cuán sabio se ha mostrado en la disposición de las articulaciones todas, de los aparatos respiratorio, digestivo y orgánico; cuán sabio se ha mostrado, en fin, al disponerlo todo de manera que nada sobre ni nada falte, y que todo se halle perfectamente colocado al objeto para que se destina (1).

Estudiando los fenómenos celestes y meteorológicos, podremos hacer observar esa Sabiduría con que Dios dispuso que se sucedieran los días y las noches sin interrupción, para que los hombres pudiesen dedicarse alternativamente al trabajo y al reposo en beneficio de sí mismos; esa sabiduría divina con que Dios dispuso la alternativa de las estaciones, la configuración terrestre, la admirable colocación de los mares, de los ríos, de los montes y de los valles, todo conforme al objeto que se propusiera y en ventaja del hombre y de sus intereses; y esa Sabiduría, en fin, con que el Supremo Hacedor manda á los elementos, calma las tempestades, dirige los vientos, y hace que los meteoros, así inflamen al corazón humano en un santo temor, como sirvan para proporcionarnos incalculables beneficios.

Haced que vuestros discípulos contemplen la Naturaleza, cuyos fenómenos pasan en mayor parte desapercibidos, y no podrán menos de reconocer la grandeza y sabiduría del Sér Supremo.

---

(1) Es preciso, al hablar de Dios, obviar todo lo posible el inconveniente de hacer razonadores á los niños: en materia religiosa los ejercicios que proponemos, no han de tener otro objeto que el de confirmar sus creencias. Nada de objeciones en que, con el fin de hacerles discurrir, se trata de sacar imperfecciones al Sér Supremo.

Por la magnificencia del mundo se conoce la omnipotencia de Dios; y por la perfeccion de las cosas creadas, se conoce la Sabiduría divina.

## ESPIRITUALIDAD DE DIOS.

De dos medios podemos servirnos para convencer los niños de que Dios es un espíritu, á saber: *de la necesidad de que se encuentre en todas partes*, y *de la necesidad de que no sea igual al hombre*.

La necesidad de que Dios esté en todas partes es una verdad que no puede menos de ser reconocida desde el momento en que sabemos que ha de cuidar de todo, conservarlo todo y saberlo todo. ¿Cómo habia de suceder esto, sin estar presente en todas partes? (1).

Al tiempo de decir y querer probar esta verdad, distíngase á los educandos que, aun cuando así suceda, *no es Dios aquello mismo donde se halla*, concepcion que han llegado á hacer los niños, y que es, ni mas ni menos, que un verdadero panteismo: y cuando de estos principios y otros igualmente religiosos nos ocupamos, es preciso, como hemos ya advertido en una nota de esta misma leccion, hablar mas á la fé que á la razon, mas al sentimiento que á la inteligencia: huid siempre (y no nos cansaremos de repetirlo) de esos razonamientos y disputas que, ó para escitar el racionio, ó para hacer perder la paciencia de los niños, entablan algunos educadores con sus alumnos, matando la fé y sembrando la duda ó el germen del escepticismo en corazones vírgenes. Las lecciones religiosas no han de tener mas objeto que avivar las creencias, y aumentar el entusiasmo hácia las convicciones que se posean.

---

(1) Aparte estas sencillas reflexiones, conviene la narracion de algunos cuentos ó historietas, en cuyos hechos resalta la presencia de Dios en distintos lugares.

Volvamos, empero, á nuestro asunto.

¿Si Dios está en todas partes, se les dice á los niños, puede ser Dios como nosotros?

¿Puede un niño estar á la vez en casa y en la escuela?

¿Si Dios tuviese cuerpo como nosotros, no le veríamos?

¿Si Dios tuviese cuerpo como nosotros, podría estar á un tiempo mismo, observando aquí, cuidando allá, creando en una parte, conservando en otra, atendiendo á estos y dirigiendo á aquellos?

Nó podría; y de aquí se deduce que no puede tener cuerpo; que no puede ser persona, que no puede ser nada de lo que se vé y se toca; pues la materia no puede ocupar mas de un solo lugar, y Dios se halla en todas partes.

## DIOS ES ETERNO.

Dios es necesariamente eterno. Tan pronto como los niños van advirtiendo y dándose cuenta de la Creacion, cuyo principio fué Él; tan pronto como van convenciéndose de que todo cuanto observan debe su existencia al Ser supremo, deducen sin trabajo y conocen sin dificultad que Dios nó debe su existencia á nadie; y tan pronto como van creyendo en la necesidad de los premios y de los castigos, y que su naturaleza es espiritual, tienen para sí que Dios sobrevivirá á todo.

Es tal, no obstante, la magnificencia, grandeza y poderío con que se puede rodear la idea de Dios, al tiempo de presentarla al alcance de las inteligencias infantiles, que éstas lo conciben *eterno*; pues de estar sujeto á la muerte, perderia para ellas su grandeza. Explíquese con ejemplos qué quiere decir eterno, y nada mas se necesita para que los educandos lo crean, si se ha procedido bien al exponerles el origen del mundo.

Hágaseles deducir por comparaciones qué era el universo antes de crearlo; pínteseles bien la falta que entonces existiera de todó cuanto ahora escita su atencion;

imbúyaseles la idea de la oscuridad y del vacío que entonces imperaban; digáseles con el lenguaje del entusiasmo y de la admiración, para escitar su creencia, que en medio de aquella nada existía, no obstante, Dios, el que con solo *querer* hizo que la luz resplandeciese, que los espacios se poblasen; y á beneficio de estas bien pintadas descripciones, se convencerán de que Él fué principio de todo, de que á nadie debe su existencia, y de que jamás perecerá, viniendo en conclusion á comprender que Dios es eterno, porque *ni ha nacido ni se morirá nunca*.

## DIOS ES BUENO.

Al tiempo de hablar sobre la bondad de Dios, es preciso huir de esas objeciones que, con el solo objeto de hacer discurrir, se presentan á los niños contra este necesario atributo del Altísimo.

Hay quien se entretiene en decirles que cómo puede ser bueno, *matando á las personas, criando animales dañinos, enviándonos tempestades, enfermedades, epidemias, hambres, guerras, desgracias en fin*; y esto, que prueba mas y mas su sabiduría y bondad, pero que los niños no saben todavía apreciarlo de tal manera, podria dar lugar á la duda, á la tibieza y á la falta de fé; por cuya razon creemos que por ningun concepto deben exponerse tales, hasta que la inteligencia del que aprenda, pueda distinguir perfectamente la fuerza de esos razonamientos que se convierten en pruebas evidentes de la bondad divina.

Para que los niños se aseguren en esta idea, que llevan como impresa en el corazon, no hay mas que hacerles pensar en los favores con que á todas horas y por todas partes nos colma el Padre celestial.

¿Hay algun niño que crea que su padre es malo? Preguntadles, y os convencereis de que no hay uno solo que tal crea, á no ser que por algun hecho reciente y á todas luces reprobable, háyase convencido, bien á su pesar, de tal idea.

Dése comienzo, pues, á los ejercicios por la bondad de los padres para con los hijos; búsquense las causas por las cuales estos tengan buena idea formada de aquellos; y como nada lo motivará mas que los incalculables beneficios que á cada momento reciben los segundos de los primeros, fácil se hace elevar la contemplacion de los niños á la consideracion de Dios bondadoso, si se les hace comprender que todo procede de él, y que todo cuanto nos reporta alguna utilidad á él se lo debemos. La luz que nos alumbra, el aire que respiramos, el agua que bebemos, el alma y cuerpo que forman nuestra personalidad, todo lo recibimos de él inmediatamente.

Los vestidos, los alimentos, las comodidades y todos los bienes de que disfrutamos, todo, en fin, patentiza la infinita bondad de Aquel, ante cuya bondad, es nada la bondad humana. — Hágase que los niños se fijen en estos beneficios que desde que nacieron reciben sin pensar, siquiera, en el Sér generoso que se les dispensa, y no podrán menos de confirmarse en la idea de que *Dios es bueno porque les hace mas favores que nadie.*

En la leccion novena, donde trataremos del amor á Dios, podrá verse algun ejercicio práctico, aplicable al objeto de que acabamos de ocuparnos.

## LECCION VI.

### **Hábitos morales: virtud é hipocresía.**

*Sumario.*—Qué es costumbre.—Circunstancias que han de concurrir en las acciones para formar costumbres.—Dificultad en su cambio.—Su importancia en la niñez.—Sinceridad.—Hipocresía.—Cuidados que exige la virtud.—Conducta profesional que enjendra la hipocresía.

La constante práctica de actos de una misma clase, y la predisposicion voluntaria á practicarlos de un modo placentero, reciben el nombre de *costumbre* ó hábito moral.

No deben confundirse las costumbres de un individuo

con sus actos. Estos podrán constituir un hecho laudable ó pecaminoso ; pero no siempre son indicio seguro de que en quien se observan existe la virtud ó el vicio.

Noé, bebiendo el jugo de la uva , cuyas propiedades no debia conocer, se embriagó ; pero no por esto puede calificarse de ébrio á tan virtuoso personaje , que sí le conviniere tal calificacion, cuando *á sabiendas y sucesiva y placenteramente* hubiera practicado aquel hecho.

Tampoco podemos llamar *agradecido* á Cain ; pues si bien hacía sacrificios á Dios , este solo sabia la voluntad con que los ofrecia, merced á la cual rebuscaba lo peor de lo que sus campos produjeran.

De todo esto podemos deducir, que no existe costumbre ó hábito moral allí donde no concurren, por lo menos tres circunstancias , á saber : conciencia de lo que se hace, placer por lo que se hace , y constancia en lo que se hace.

Dadnos un hombre acostumbrado á lo bueno ó á lo malo, con estas tres circunstancias , y difícil , si no imposible, será el obrar en su carácter una completa metamorfosis.

Por esto encontramos hacedero el ajustar mas ó menos á nuestros deseos los caracteres de los niños, al paso que, aun cuando se quiera afirmar lo contrario, es prácticamente una quimera el proponerse una verdadera transformacion en los de los individuos de mayor edad.

¿ Cuándo un ladron ha dejado de serlo ? Ó cuando se le ha tenido recluido sin compañía , ó cuando le ha alcanzado la vejez ; y, aun en este caso, sirve para aconsejar , al menos, para encubrir ó para trazar planes.

¿ Cuándo un blasfemo deja de herir con sus palabras los oidos de las personas inocentes ó verdaderamente morales ? Cuando se halla ante personas temidas, ó en artículo de muerte ( y aun así , haciendo retroceder mil veces de los mismos labios sus imprecaciones y juramentos ) ó cuando no puede articular una palabra , en cuyo caso , y a que no con la boca, maldice con el corazon.

¿ Cuándo una mujer prostituida abandona el lupanar de

su comercio impúdico? Cuando la muerte le persigue de cerca; cuando, físicamente emponzoñada, se halla su cuerpo hediondo presa del escalpelo; cuando su temprana y detestable vejez, á que la condujeran los lúbricos placeres, la acarrean el justo desprecio del mundo, é implora la caridad pública para sostener sus estragadas fuerzas; y aun entonces..... aun entonces la veréis dispuesta á gozarse en arrastrar detrás de sí misma, y corroer con su hábito emponzoñado la inocencia y el candor, cuando con su sencilla inexperiencia se le acercan.

¿Cuándo, por último, un maestro puede cambiar por completo la faz y fondo morales de sus educandos? Cuando el corazón no se encuentra en estos emponzoñado todavía; cuando la conciencia, siempre inclinada hácia el bien, porque es el eco de la voz de Dios que habla dentro de nosotros, no se muestra sorda é insensible; y cuando la voluntad y el vicio no se han connaturalizado aun, formando así una *verdadera* mala costumbre.

Preciso es desengañarse: el médico del alma no puede curar á esta cuando padece una mortal enfermedad, del mismo modo que el médico del cuerpo tampoco salva la vida material cuando la naturaleza se halla gangrenada por completo. La gracia de Dios es necesaria para devolver la vida á un individuo que la tiene perdida en concepto del facultativo que le asiste: la gracia de Dios es también indispensable para sacarle del lodazal del vicio, cuando en este vive, respirando placenteramente sus miasmas deletéreos.

¿Ha podido algun médico dar vista al que tenia destruido el órgano óptico? ¿Ha podido curar al que tenia destruido completamente uno de los sistemas orgánicos indispensables á la vida?

Y así como el médico no es, segun la opinion de los mas doctos, mas que un auxiliar de la naturaleza, un consejero fiel del individuo y un escudo de resistencia determinada sobre el cual se estrellan los males cuya fuerza

puede rechazarse por aquella; así también el maestro no es más que un agente impulsivo de las buenas inclinaciones, una luz que ilumina las sombras de la conciencia naciente, y un imán que atrae consigo la voluntad del que educa, separándole al mismo tiempo del camino halagüeño y encantador por donde pretende arrastrarle la concupiscencia.

¡Cuán felices fuéramos, si la educación lo hiciese todo! Pero del mismo modo que una mala configuración física será tanto menos difícil de corregir cuanto mayor sea la flexibilidad de la materia deforme; así como un escritor siempre hace observar en sus producciones el gusto literario y el estilo de los modelos que en un principio le hicieron sentir pasión á las letras; así como un individuo difícilmente cambia el carácter caligráfico que adquiere bajo la dirección de sus primeros maestros; así también la niñez es la edad más adecuada para grabar impresiones en el alma, para moldear el sentimiento y para acostumbrar la voluntad, haciendo que esta adquiere un *carácter* propio, un *gusto* particular y un *estilo* (digámoslo así) que la incline y aficione á lo que más provecho pueda reportar al individuo.

«Que el hombre es según haya sido su niñez», es una proposición bastante general; que la mayor parte de los errores de la adolescencia tienen su origen en los hechos de la infancia, es otra verdad; y que el hombre bien dirigido durante sus primeros años, aun cuando por las circunstancias se vea envuelto en las corrientes del mal, siempre siente la voz de su pasado venturoso, siempre ve la luz de su conciencia primitiva, á cuyo reflejo distingue todavía la deformidad del mal que la subyuga, es también tan cierto que no hay más que observarnos á nosotros mismos.

Y si el hombre es según se le haya dirigido en su infancia; pues, aun cuando observamos algunos cuya conducta ha variado, consiste en que no se procediera en su primera

educacion con prudencia, tino, y parsimonia suficientes; si, por regla general, son buenos los que se han criado en el santotemor de Dios y malos los que no han respirado sanas máximas de moral cristiana (1) durante sus primeros años, no hay por qué encarecer la necesidad, la absoluta necesidad de sembrar en el corazon del hombre, durante su niñez, el sentimiento religioso, y acostumar su voluntad á que practique con placer las buenas obras cuya repetición ha de inclinarle, no solo á amar lo que hace, sino á hacerlo sin género alguno de repugnancia, que es en lo que consisten las costumbres.

Que la mayor parte de los errores cometidos en la adolescencia provienen de la infancia, lo prueban ese sinnúmero de personas que, instruidas rutinariamente en esta edad, siempre son unas inteligencias superficiales y endebles, lo prueba ese sinnúmero de personas que principian sus estudios demasiado tarde, ó no habiéndolos principiado jamás, son tan ignorantes como embrutecidas y tan incrédulos como supersticiosos; lo prueba, en fin, ese sinnúmero de seres de ambos sexos en cuyas costumbres están retratadas las costumbres é ideas morales y religiosas de los que dirigieron sus primeras impresiones; pues, es-

(1) Obsérvase, no obstante, que hombres criados, al parecer bien, en el seno de una familia virtuosa, y avezados, al parecer tambien, á la práctica de lo bueno, llegan á poder obrar libremente, y son muchísimo peores que los que durante su niñez vivian dominados por el vicio. Esto es muy cierto; pero, aparte lo que digamos en el lugar coprespondiente sobre la conducta seguida por algunos para formar en os niños (el sentimiento moral religioso, cuyos vicios en esta parte nos esplican la predicha anomalía (que no lo es en realidad); aparte de que los sentimientos pueden sembrarse sinceros é hipócritas; la coaccion ejercida sobre el corazon y la voluntad de tales seres, hace que cuando se vean libres den rienda suelta á sus inclinaciones que nunca reprimieron sino por fuerza y por temor, como el tigre no reprime sus instintos de ferocidad sino cuando se ve encerrado en una gran jaula de hierro. Una fiera cualquiera obedece la voz del domador cuando le teme; pero en el momento de considerarse libre del dogal, de la cadena, de los hierros que la aprisionan y de los castigos que la acobardan, es tan fiera como antes por que no lo ha dejado de ser nunca. El niño vicioso que ha sido educado coactivamente, no deja de ser vicioso, reprime, si, tambien su voluntad hasta que cesa la coaccion.

ceptuando raros casos, que siempre reconocen motivos de valía, siempre acostumbran á ser de plebeyos sentimientos, de pobre espíritu, de raquícas miras, y de innobles aspiraciones los que mamaron la pobreza y el raquitismo racionales, los que respiraron durante su infancia la bajeza, el egoismo y la miseria, que nunca supieron vencer, sin grandes y ventajosas causas. Esto, que se encierra en una multitud de proverbios puestos en los labios del vulgo cuando una persona, contradiciendo su aparente carácter, ejecuta lo que antes ejecutara ella misma ó alguno de sus ascendientes, nos prueba tambien, cuán importantes son y cómo prevalecen las costumbres de la niñez, prueba inequívoca de lo mucho que importa el adquirirlas buenas.

Puede suceder, no obstante, que las fórmulas exteriores con que el hombre manifieste su modo de sentir, esten ó no en armonía con sus sentimientos mismos; la completa conveniencia entre las obras y el sentimiento se llama *sinceridad*, y la desavenencia entre el sentimiento y las acciones recibe el nombre de *hipocresía*.

¿Ha de darse por satisfecho el educador con que los educandos obren con arreglo á las prescripciones que se les hacen? De ninguna manera: es preciso que procure que las obras se practiquen con gusto, con desinterés y con una sola intencion, con la de dar cumplimiento á los preceptos religiosos en que se apoyan todas las reglas de moralidad; es preciso que al tiempo de obedecer á los superiores, de cuidar á sus inferiores, de amar á todos sus semejantes, de dar culto al Sér Supremo, y de cumplir los deberes de cristiano, no se haga por temor de aparecer culpable, ni por adquirir fama de noble y compasivo, ni por captarse las simpatías de aquellas personas que pueden favorecer, ni por preparar la opinion en su provecho; ni por efecto de aquella pregunta que muy á menudo nos hacemos á nosotros mismos, de ese *¿qué dirán?* terriblemente mágico que nos convierte en esclavos de la opinion humana, no siempre conforme, en vez de ser esclavo

vos, y mejor que esclavos inseparables compañeros de la moral y religion divinas.

¿Ha de darse por satisfecho el educador con que sus discípulos sepan que no es lícito molestar á nadie, por mas que armen pendencias entre sí, tiren piedras á los tejados de los vecinos, insulten á los transeuntes, ó alboroten la calle donde se reunen al tiempo de entrar y salir de la escuela?

¿Ha de darse por satisfecho con que le presenten un papercillo cualquiera, encontrado en la calle, en prueba de que son incapaces de apropiarse lo que no les pertenece; sin saber si al mismo tiempo roban los juguetes de valor que lleven sus compañeros? ¿Ha de darse por satisfecho, en fin, con que los educandos sean muy religiosos y morales *de palabra*, y manifiesten todo lo contrario en sus obras; con que practiquen el bien en su presencia, y dejen de hacerlo cuando persona alguna no los vigile, ó cuando las que les vean no sean sus padres ó sus maestros, á quienes temen porque se hallan acostumbrados á recibir de ellos castigos y recompensas?

Proceder de semejante modo sería hasta criminal en un educador; y decimos criminal, porque mas que hacer el bien haria por tal medio un mal incalculable; que si el doloroso dar á la sociedad miembros corrompidos, muchísimo peor es proporcionárselos con apariencias de bondad, apariencias que nada favorecen al que las posee, y perjudican mucho, por el contrario, al que tiene la buena fé de creer en ellas.

Entre el vicio sincero y la virtud mentida, entre la maldad visible y la bondad hipócrita, preferimos y debe preferirse lo primero; porque, aparte de que el malo lleva consigo el castigo con la reprobacion de todos los buenos; una vez conocido, que no es difícil, se aísla y se acorralla, se desprecia y escarnece, se reprueba y se castiga, antes de que pueda contaminar al virtuoso.

El hipócrita, al contrario: vive entre los buenos, es

amado y protegido, vive querido y honrado, goza de todos los privilegios de los verdaderamente buenos, recibe, quizá mas pruebas de consideracion que estos, y para qué? Para corroer poco á poco los sentimientos de los que le rodean; para convertir en provecho propio los actos de los demás; para sembrar la zizaña en el campo ajeno y dejar la simienta en el suyo propio; para romper todos los vínculos que unen entre sí á sus semejantes, haciéndose el mismo centro de union donde todos giren y donde todos se hallen rodeados y dispuestos á servirle. Es el hipócrita religioso con las personas religiosas, tan solo por granjearse su cariño y proteccion; es sensible con los agraciados, por captarse sus simpatías y hacerse merecedor de sus favores; es inocente con los inocentes por hacer considerar como á tales sus planes de engaño y dolo; es rico con los ricos, por hacer mas fácil la consecucion de un favor pecuniario; es pobre con los pobres por presentar justificada su falta de caridad; es, en fin, la mentira, la falsedad, el egoismo, la soberbia y todos los males juntos, pero con un baño de bondad engañadora que seduce á los que le rodean y que los hace víctimas inocentes de su perversidad, sin dejarles ni el recurso de ser precavidos, ni la satisfacion de verle castigado.

Y si tantos males puede ocasionar el hipócrita, preciso es que al formar el carácter de los educandos se proceda con suma prudencia, á fin de que los sentimientos y la voluntad se hallen en consonancia, á fin de que el niño se presente tal cual sea, á fin de que la bondad que tenga sea verdadera, á fin de inculcar en él la virtud sin velos que la oculten, ni adornos que la den un tinte halagüeño y seductor, innecesario á todo lo que, como ella, es de suyo lo mas seductor y halagüeño que puede apetecerse.

De dos maneras se graba la virtud en el corazon de la infancia, á saber: evitando las causas que producen la hipocresía, y obrando siempre de manera que se haga amar lo bueno.

¿Cómo conseguiremos que nuestros discípulos amen la virtud? Amándola nosotros, y obrando y haciendo obrar siempre como á tales (1).

Un maestro que no sea verdaderamente virtuoso, no puede hablar á sus discípulos con aquel calor, con aquel entusiasmo con que es preciso llevar las palabras al discípulo. Un maestro cuyo corazon no se halle encendido en un puro sentimiento religioso, no dejará de hablar friamente de las cosas santas; y bien seguro puede estar de que si tibio se halla su corazon, glacial quedará el de sus discípulos. Un maestro que sea colérico, soberbio y avaro, no puede encomiar entusiasta las escelencias de la paciencia, de la humildad y de la caridad. Un maestro que desdeñe, abata y desprecie á la pobreza, mal puede hablar enardecido de la compasion y de la filantropía. Un maestro, en fin, que no sea virtuoso, enseñará á hablar de las virtudes; pero es imposible que *haga sentir* la simpatía y el cariño hácia ellas. Y todo esto es tan cierto, que, con muy pocas escepciones (casi siempre motivadas) véense retratados en las personas los caracteres de sus padres, de sus maestros y de todos cuantos las hayan dirigido durante sus primeros años.

Pero no basta sentir la virtud y hablar con entusiasmo de ella, sino que es absolutamente necesario ajustar nuestros actos y hacer que se ajusten los de nuestros discípulos á lo que digamos de palabra.

De qué serviría que hablásemos de la caridad, de sus escelencias, y de sus halagos, si ante nuestros discípulos motejábamos á los demás, nos mostrábamos indiferentes á los padecimientos ó necesidades de alguno, y manifestábamos una cruel é inflexible severidad con los que eran merecedores de nuestra misericordia y compasion? Esto sería deshacer con la mano derecha lo que tratábamos de

(1) No queremos decir con esto que, con tal seamos virtuosos, lo serán tambien nuestros discípulos; pues mil y mil causas pueden derribar, (como sucede), con dos manos lo que nosotros edificamos con una.

hacer con la izquierda; esto sería igualarse el maestro á un caprichoso y despótico mandarin que proscibiera el uso de la riqueza en sus vasallos, y él ostentará en son de mofa la riqueza de todos sus vasallos juntos; esto sería hacer lo que hacía cierta madrastra que, so pretesto de que carecía de recursos, mandaba á jugar los hijos de su esposo, sin haberles dado de comer, mientras ella se alimentaba sabrosa y abundantemente; esto sería, para decirlo sin embajes, exponerse el educador al desprecio, á la irrisión y á la malevolencia de los educandos, quienes, si muchas veces no hablan por temor, casi nunca dejan de preguntar: «*si V. desea que obremos de tal ó cual manera, ¿por qué no lo hace V. tambien?*» Pregunta que supone el descreimiento con todas sus fatales consecuencias.

Hemos dicho anteriormente que es preciso acostumbrar los educandos á obrar con arreglo á las prescripciones que se les hagan; y esto es imposible conseguirlo sin que sus sentimientos se interesen y sus voluntades obran sin género alguno de coacción.

Se interesará el sentimiento, exponiendo oportunamente y con claridad y sencillez los principios religiosos en que se apoya la práctica de las virtudes, que, como es sabido dimanar siempre de las verdades dogmáticas. ¿No es propio del hombre el querer saber por qué obra de esta ó la otra manera? ¿No se manifiesta este efecto de la racionalidad misma en los niños, apenas comienzan á conocer? Al ordenar á uno de estos cualquier mandato, ú obedece ó no: si lo primero, da prueba que conoce la causa por la cual se le ordena; si lo segundo, ó prorrumpe en un inocente, si bien significativo, *por qué*, ó desobedece, señal segura de que en no hacerlo ve una razón de conveniencia ó de justicia, por mas que en realidad así no sea. En suma: el niño, como el hombre, sabe al obrar para qué y por qué obra.

Tales hechos, que le son propios y que patentizan la existencia de su razón, hacen indispensable que al tiempo

mismo de querer doblegar su voluntad, edifiquemos su corazón haciéndole sentir las verdades religiosas; y al procurarlo, debemos hablar el lenguaje del entusiasmo y del cariño, mejor que el lenguaje del dogma, que muchas veces se haría incomprensible, y casi siempre frío, al débil entendimiento de los niños. Han de hablar mas los ojos, que la lengua; mas los ademanes, que las palabras; mas el tono, que las ideas emitidas.

Pero para que las palabras, el tono, los ademanes y las ideas impresionen de una manera favorable el corazón del educando, es indispensable haber obtenido su confianza, por completo.

¿No habeis visto niños que al ser corregidos en sus casas, si por casualidad el maestro imprudentemente les ha engañado contándoles cualquier patraña; no habeis visto, repelimos, cómo sostienen sus ideas ó sus convicciones, no alegando otra razon para ello que la de «*el maestro lo ha dicho?*»

No habeis visto en otras ocasiones cómo otros niños disputan hasta con sus mismos padres, y hasta les tratan de ignorantes, cuando, por apurar imprudentemente tambien la paciencia de sus hijos, contradicen alguna idea verdadera inculcada por sus maestros?

Hé aquí los hechos que manifiestan la existencia de esa necesaria confianza que los discípulos han de tener en sus mentores, confianza que se hace indispensable para poder hacer sentir á aquellos del mismo modo que religiosamente sienten estos, y confianza que se establece con solo querer á los educandos, tratarles con justicia, corregirles con amabilidad, (pero haciéndose respetar al mismo tiempo) no engañarles nunca, ilustrarles siempre, y tratarles, en fin, como á verdaderos hijos.

Una vez lograda la confianza y el cariño de los niños, confianza y cariño que una madre, con el mero hecho de serlo, sabe conseguir, expónganse sencilla y oportunamente las verdades religiosas, que, de seguro irán grabándose

en el ánimo de aquellos, de una manera que con dificultad serán borradas ni por el tiempo, ni por los sucesos. ¿Por qué las impresiones maternas forman el verdadero carácter de los hijos? Por esa fé ciega y esa confianza ilimitada que en estos han sembrado poco á poco los cuidados y pruebas de ternura que continuamente han recibido. Aproxímense, pues, en lo posible los maestros á parecer (al menos) padres de sus discípulos, y verán acrecentarse en estos las cualidades enunciadas, sin las cuales no es posible grabar en sus corazones las verdades de nuestra sacrosanta religion.

A veces, sin embargo, las costumbres hacen casi inútil la fuerza del sentimiento y la voluntad contraresta los impulsos del corazón: á veces las pasiones, el mal ejemplo y hasta las prescripciones de personas fementidas, han logrado viciar al educando, y este, haciendo un mal uso de su facultad libre, preséntase dispuesto á gozar practicando el mal, y á padecer obrando el bien; en una palabra, á veces el niño se presenta con vicios, y tanto en este caso como cuando queremos conservar su inocencia hay que dirigir su voluntad, y reprimir los conatos de desvío á que en circunstancias dadas quiere impulsarle esa fuerza temible de las pasiones.

Tanto para dirigir al niño hácia el bien como para separarle del mal, es preciso no obrar de ligero. El educador que crea corregir un vicio en cuatro dias ó sembrar las virtudes en un corto espacio de tiempo, no obtendrá mas que una correccion falsa y una virtud mentida.

Son los vicios para el alma como las heridas para el cuerpo: si un facultatiyo trata de cicatrizar estas por fuera sin sanearlas antes por dentro, en apariencia hará curas casi milagrosas, por lo diligentes; pero en realidad, hará menos que nada, pues ciertamente no habrá conseguido otra cosa que el que se hayan inficionado otros tejidos, y agravado los padecimientos de los ya enfermos. Asi sucede, pues, cuando se trata de curar las heridas del

alma: forzad la voluntad, produciendo disgusto al educando. tratad de que un niño vicioso aparezca pronto libre de las malas inclinaciones que ostentaba, halagad su voluntad con un imprudente escitante, refrenadla fuerte y continuamente con medios represores; y si esto haceis de una manera decidida, estad seguros de que muy pronto conseguireis *ver* en vuestros educandos la virtud, pero estad tambien ciertos de que esa virtud no la *encontrareis* en ellos: porque será una virtud fantástica, una virtud de cálculo, una virtud forzosa; y esta clase de virtudes, son mejor que tales, la mentira, el egoismo y la iracundia. Procure el educador avanzar poco á poco, examine continuamente los actos privados de sus discípulos, no se crea dichoso al ver que delante de él se reprimen de todo lo que no se privan en su ausencia, y tenga entendido que las virtudes son de gran valía, y cuesta muchísimo tiempo y trabajo el conseguirlas y afianzarlas.

Aparte estos cuidados generales, es necesario ser siempre intransigente con el vicio: una pequeña indiferencia ó un leve descuido, no solo llegan á justificarlo, sino que tambien á hacer fácil el que se generalice.

Muéstrense los maestros entusiastas adoradores de lo bueno; manifiesten un significativo horror al mal, sin que por esto último hayan de darlo á conocer á sus discípulos, lo cual seria instruirles en lo que quizá no supiesen, y que por ningun concepto necesitan saber; y, cuando sea conveniente, hasta deben perdonar una mala accion si con ello pueden proponerse el fomento de una buena costumbre.

En fin, creemos que para sembrar la virtud, solo necesita un maestro lo siguiente: 1.º Ser él sinceramente virtuoso; 2.º querer que sus discípulos lo sean; 3.º trabajar con teson para poder conseguirlo; 4.º tratar siempre á sus discípulos con la ternura y el cariño de un verdadero padre, y 5.º saber distinguir en sus educandos la virtud de la hipocresía.

¿Pero cabe en los niños este vicio? se nos preguntará. Aparte los muchos ejemplos que, referentes á los sucesos del hogar doméstico, podríamos citar, solo hablaremos de algunos que nos pone de manifiesto la conducta de muchos niños dentro del recinto de la escuela.

Hemos tenido discípulos que, persuadidos de que, entregándonos los objetos que se encontrasen habian de merecer nuestros obsequios, *han hurtado* á sus compañeros lo que despues presentaban *en prueba de su probidad* hemos tenido discípulos que por pasar plaza de *veraces*, hasta han llegado á acusarse de una mala accion no cometida por ellos, *cuando tenian la conviccion de que por decir verdad habian de ser perdonados*: hemos tenido discípulos que han hecho daño á sus compañeros, por pasar plaza de caritativos y sensibles, prodigando sus caricias y cuidados á los maltratados por ellos mismos; y para quedar convencidos de que la hipocresía es patrimonio de los niños, basta solamente observar su comportamiento asaz plausible y recomendable *cuando se les ofrece algun premio extraordinario*. Los discolos se muestran obedientes, los orgullosos, humildes; los traviosos, pacíficos; los desatentos aplicados; todos, por último, cambian, al parecer de sentimientos, de inclinaciones y de costumbres.

¿Qué debe de hacer, pues, el educador, para que sus trabajos no produzcan esa virtud utilitaria, esa virtud de cálculo, esa virtud que justiprecia el que la posee y que no es, realmente, mas que un vicio encubierto y engañador, un vicio doble?

En primer lugar, ni se ha de estimular la virtud por un sistemático aliciente de premios, ni reprimir el vicio por un terrorífico conjunto de castigos: lo primero justiprecia las inclinaciones, las avalora, las compra; lo segundo las ata, digámoslo así, las comprime, las esconde; pero ni aquello siembra, ni esto arranca y desarraiga.

Si saben vuestros educandos que *siempre* que os obedezcan han de recibir un billete honorífico, obedecerán

por conseguirlo, y no por obedecer. Formada en ellos esa convicción utilitaria, esa costumbre de ver inmediata y materialmente recompensadas sus acciones, el día en que por algún concepto falta el educador á lo que consideran como una obligación, creéanse también dispensados de cumplir la suya, y la virtud desaparece, y los actos se truecan de buenos en malos, y lo que antes les halagaba les fastidia y los *que vendian* sus hechos se retraen ante la falta de quien se los compre, y los tiernos corazones se han metalizado, y *el deber* es desconocido é ignorado, y hé aquí cómo habíamos conseguido una farsa de virtud, mejor dicho, un vicio embozado con los hábitos de aquella idea sacrosanta.

Sirvan para confirmar nuestro aserto los hechos apuntados anteriormente en corroboración de que los niños eran en realidad hipócritas muchas veces.

Cuando, por el contrario, se trata de hacer practicar la virtud por medio del terror, coartando las voluntades infantiles á fuerza de castigos, no solo deja de sembrarse el bien, sino que solo se consigue positivamente excitar la malevolencia del educando para con su educador. ¿No habeis visto muchos niños que, guardando ante su maestro una muy digna compostura, obedeciéndole en todo, siguiendo humildemente sus consejos, y practicando, por último, el bien de una manera, al parecer, digna del mayor aplauso, salen, no obstante, de la escuela, y practican todo aquello de que se habian abstenido, lo contrario á todas luces de la virtud que aparentaban sentir por medio de una hipocresía que como obligación se les acrecienta poco á poco?

¿No habeis visto jóvenes que, cuando al fumar, por ejemplo, ante sus padres, han sido amenazados y aun castigados, dejan de hacerlo ante las personas á quienes temen, y lo hacen, no obstante, *mas á su placer*, siempre que pueden burlar la vigilancia de sus correctores.

¿Qué es esto sino la hipocresía en una de sus mas sen-

cillas formas? ¿Qué es lo que hemos dicho anteriormente, mas que la hipocresía en todo su vigor y fuerza?

Cuando hayais de corregir, pues, una mala costumbre, no creais jamás que el mejor medio es la represion forzo-  
sa, las amenazas y el castigo : tratad de convencer; tratad de hacer sentir, cuando haya oportunidad, las consecuen-  
cias del vicio ; tened paciencia ; sed constantes ; y si con dulzura, con razonamientos, con tiempo, y con paciencia, no lograis desarraigarla, pensad en que la educacion no lo puede todo, que hay vicios que por lo arraigados son incorregibles, que hay naturalezas á las cuales parece ir unido el mal; y que si podeis aminorarle ó destruir sus alas para que no progrese, habréis hecho mucho mas que si por los medios coercitivos hubierais obtenido un discípulo que á su mal llevase unida la hipocresía.

## LECCION VII.

### Sobre los deberes y derechos.

*Sumario.*—Qué es *deber*?—Qué es *derecho*.—Equilibrio moral de las sociedades —Cómo sienten los niños el deber y el derecho. 1 Conducta que debe seguir el educador sobre el modo de grabar estas ideas. 2 Error de algunos pedagogos.

Llamamos *deber* á cada una de las obligaciones que pesan necesariamente sobre el individuo, y que tiene que cumplir segun las leyes morales ó sociales que las rijan.

Recibe el nombre de *derecho* cada una de estas mismas obligaciones que tambien necesariamente han de ser cumplidas por los demás en provecho nuestro.

Cada cual, por su origen y naturaleza ha de tratar á sus semejantes como hermanos : hé aquí su deber. Cada cual, en atencion á los motivos antedichos, *debe ser tratado* como hermano por sus semejantes : hé aquí un derecho.

De manera, que la existencia de los deberes, supone la de

los derechos; que allí donde los derechos tienen razon de ser, la tienen tambien los deberes; que el provecho de los unos lleva consigo el sacrificio de los otros; y que no puede la imaginacion acertar con el equilibrio moral de sociedad alguna sin esos dos sentimientos, egoista el uno y generoso el otro, sin esas dos fuerzas de afinidad y repulsion cada una de las cuales producirían, aisladamente consideradas, un cataclismo, semejante al que se produjera en el sistema planetario faltando algunas de las fuerzas centrifuga y centrípeta cuya sabia combinacion motiva esa encantadora armonía que se observa en el universo todo.

Despojad al hombre de sus derechos y le tendreis sumido en la mas espantosa esclavitud, los miembros sociales serán un conjunto de párias, y la sociedad toda, un informe monton de idólatras sin ídolo, que, agrupándose en derredor de una ilusoria abstraccion, de un ser fantasmagórico morian axfisiados por la accion de sus propios alientos, y víctimas de la fuerza irresistible que les agrupa y les comprime.

Dispensad, por el contrario, al hombre sus deberes, y consideradle solo con derechos: la sociedad seria una quimera, un imposible; el mundo social seria una infinidad de partículas incoherentes, sin relacion ni simpatia, sin valor ni objeto; la anarquía, la destruccion, el caos y el vacío.

Allí donde el número de las obligaciones constituyan por sí solas el código social, los hombres dejan de serlo para convertirse en máquinas movidas á impulso de la voluntad imperante: allí donde los derechos formen aisladamente la base del edificio social, cada hombre será un despota, cada individuo un rey, cada personalidad un mandarin.

Lo primero, motiva el vasalleje; lo segundo, origina la disolucion y la licencia.

Dios ha sembrado, no obstante, en la inteligencia del hombre esas ideas magníficas; ha impreso en su conciencia

esos mágicos sentimientos, *deber y derecho*, á cuya influencia se sostiene el equilibrio de las sociedades que, como impulsadas por la potente mano del Eterno, giran armoniosa y admirablemente sin separarse un ápice de la órbita que se les trazara, entre esas dos indestructibles barreras, las cuales, la una (el deber) impide que se disuelvan y de atomicen, y la otra (el derecho) les impide agrupar sus individuos para aplastarse mutuamente.

La necesidad de este equilibrio, nacido de una decidida predisposición del hombre á cumplir sus obligaciones y de una prudente esperanza á ver cumplidos sus derechos; la necesidad de este equilibrio, repetimos, ha hecho que muchos maestros creyeran y algunos pedagogos afirmasen, que para atender cumplidamente á la educación moral del niño, en esta parte, al tiempo mismo de darle á conocer sus obligaciones y acostumbrarle á practicarlas, era preciso iniciarle en el conocimiento de sus derechos.

Si el niño fuese un sér inerte; si su doble constitucion le permitiera vivir indiferente; si el egoismo y la abnegacion le impresionaran de igual manera; si fuese en realidad, un trozo de blanda cera, como impropriamente se le considera; si no llevase consigo, en fin, ese cuerpo, origen de tantas pasiones y apetitos que esclavizan y embelesan á su razon endeble y ciegan los ojos de su rudimentaria conciencia; si todo esto no fuera parte á contrariar los buenos impulsos y á hacer considerar como malo todo aquello que se opone á los deseos carnales á lo que no satisfase el egoismo, seguramente convendria inculcar al mismo tiempo en el ánimo de los niños la idea de sus deberes y derechos.

Pero como aunque lo uno reprime sus naturales instintos, lo otro los escita, siempre el niño (como el hombre) opta, no ya por lo mejor, sino por lo que mas le halaga, resulta que la costumbre de halagar y reprimir simultáneamente al educando hace muy difícil la consecucion de lo segundo, y al paso que lo primero se consigue, se infiltra entre los tiernos corazones un decidido amor á lo que les

satisface, un afan invencible por las satisfacciones y una predisposicion á reclamar derechos, que siempre supera á la de cumplir deberes.

Necesitamos, por ejemplo, trabajar muchísimo tiempo para conseguir que un niño se desprenda voluntariamente de una parte de su merienda, á fin de saciar el hambre que padece alguno de sus compañeros; necesitamos trabajar muchísimo tiempo para que voluntaria y paternalmente se entregue á cuidar á algun condiscípulo menor que él, privándose á la vez de una de sus favoritas diversiones; necesitamos muchísimo tiempo y habilidad para conseguir que generosamente entregue sus apreciados juguetes á los niños que no los poseen como él para que se entretengan de la misma manera que si perteneciesen á todos por igual; necesitamos, en fin, muchísimo tiempo para sembrar en el corazon infantil todas las ideas generosas, y acostumar la voluntad de nuestros discípulos á practicar sin repugnancia todo cuanto á ellas haga referencia; pero nos cuesta igual trabajo el conseguir inculcar las que directa ó indirectamente halagan su egoismo?

¿Necesitamos mucho tiempo para conseguir que un niño hambriento, tome el alimento que le proporcionan sus compañeros?

¿Necesitamos mucho tiempo para conseguir que un niño enfermo se deje cuidar y acariciar por algun otro?

¿Necesitamos mucho tiempo para conseguir que un niño haga uso de los juguetes que el que los tiene le proporciona?

¿Necesitamos, en fin, mucho tiempo para conseguir que los niños reclamen aquello que les pertenezca?

Y si para inculcar todo esto, que viene á constituir el derecho de que se nos trate como hermanos, no necesitamos tiempo ni trabajo alguno, porque está ya en la conciencia de todo el mundo, ¿será prudente escitar mas y mas las exigencias naturales del individuo, iniciándole en el conocimiento de sus derechos, como sienten algunos peda-

gogos? Si los deberes y derechos impresionasen de una manera igual, seguramente; pero siendo unos la antítesis de los otros, naturalmente ha de contrariarse y repelerse mutuamente la acción de ambas ideas.

¿Cómo sienten los niños esa necesidad de practicar los deberes que son de su incumbencia?

La sienten con la misma repugnancia que los hombres: al mismo tiempo que conocen, no solo la justicia sino la bondad de las obligaciones con que se hallan ligados á sus semejantes, llevan consigo un *algo*, inseparable que contraría las mejores disposiciones; son víctimas de una fuerza, á veces irresistible y siempre tentadora, que modifica y hasta cambia el rumbo que la voluntad se había propuesto seguir; y ese *algo*, esa fuerza, que obra casi de una manera material sobre el individuo, es la concupiscencia, es el carnal egoísmo, es el ímpetu de las pasiones, es el atractivo de sus apetitos, á cuya influencia ceden no ya las voluntades coquetonas, como la de los niños, sino también, con sobrada frecuencia, hasta las que se hallan acostumbradas á resistirle y despreciarle.

Muy pocos niños encontraréis que dejen de condolerse de la miseria: pero también hay bien pocos que, necesitando para sí un pedazo de pan, le compartan gustosamente con el necesitado.

Esta falta de caridad tiene su origen en el no conocimiento de la obligación que tiene el niño de aliviar la suerte de los demás?

Nosotros creemos que no, y tanto es así que hemos visto practicar aquella virtud con el mayor gozo á algunos para quienes en otras circunstancias era un insufrible sacrificio.

Los mismos que, cuando padecen hambre, no dan á los demás ni aun las migajas del pan que comen, no ya lo dan pero aun lo tiran ó lo dejan olvidado en cualquier parte, cuando se encuentran hartos. Ha cesado de actuar sobre ellos la fuerza del egoísmo, de la concupiscencia, del ape-

tito, y entonces, mostrándose á la voluntad libre de esas causas, vencibles cuando el hombre quiere, ha practicado sin género alguno de disgusto la buena accion que le impulsiera el cumplimiento de sus bien conocidas obligaciones.

¿Qué impresion causa, por el contrario, en el niño la idea de sus derechos?

La misma tambien que en los hombres; tan halagüeña, tan simpática, tan placentera y natural, que ni necesita enseñanza, ni preparacion, ni costumbre para recibirla y sentirla con la mayor de las satisfacciones.

¿Es preciso enseñarle al niño que sus padres tienen la obligacion de alimentarle; y por consiguiente que tiene el derecho de que le proporcionen el pan que cada dia come?

Quando á un niño se le desata el zapato, ó no puede ponerse la chaqueta, va corriendo á las personas mayores de su familia, y con la mayor confianza de ser pronto servido manda, ó poco menos, que le ausilien: ¿quién le ha dicho que tiene el derecho de ser cuidado por los mayores?

Si un niño, en virtud de su buen comportamiento, recibe alguna recompensa que premie sus actos meritorios, ¿creeis que considera como *favor* el premio que se le da? «Para eso he sido bueno, para eso me he portado bien;» esto es lo que responde á sus compañeros cuando, enviándole ó no, ensalzan la *suerte* del premiado; á la manera que el jornalero responde «*bien lo he ganado*» cuando álguien le dice que ha cobrado mucho del amo para quien ha trabajado durante una semana.

¿Es preciso enseñar de antemano al niño que tiene el derecho de ver premiados sus afanes, para que reciba con la mayor satisfaccion el premio?

De todo esto, fácilmente se deduce, que el cumplimiento de las obligaciones encuentra en el individuo obstáculos que, aunque superables, es preciso saber vencer por costumbre; al paso que la satisfaccion de sus derechos es para él la cosa mas natural y placentera: considerad un niño cuando dá y cuando recibe, cuando favo-

rece y cuando es favorecido, cuando ayuda y cuando es ayudado, cuando obedece y cuando manda; considerad un mismo niño en estos casos, y le vereis rebelde y pesaroso en unos, complaciente y satisfecho en otros, efecto de las diversas clases de impresiones que le causan la idea de *deber* y la *idea* de *derecho*.

En vista de lo que llevamos expuesto, que no es solamente una bien meditada teoría, sino al mismo tiempo el efecto de haber observado con detencion los resultados de nuestros procedimientos educativos, con gran facilidad podemos exponer el comportamiento que deben seguir los educadores sobre las ideas de que en la leccion presente venimos ocupándonos.

Nunca han de procurar halagar el egoismo de sus educandos haciéndoles ver los derechos que como seres racionales y sociales tienen; con esto no lograrán mas que excitar aquella funesta pasion, que con harta naturalidad y satisfaccion propia les domina, para que se quiera vivificarla y sostenerla.

Los niños á quienes nada se les diga sobre sus derechos, no por eso dejarán de sentirlos, y cuando quiera que se les concedan, siempre los recibirán bien, si quiera no sea mas que por la satisfaccion que proporcionen.

Los que en su edad tierna se acostumbran á gozar de todas las preeminencias concedidas al hombre, teniendo este goce como una cosa natural que no merece ni aun el agradecimiento, cuando crecen en edad y al mismo tiempo en aspiraciones, son exigentes, descontentadizos, ambiciosos y hasta déspotas de sus semejantes, so pretesto de querer ser ellos demasiado libres.

Testigos de nuestro aserto pueden ser esa infinidad de niños que, mimados y acariciados escesiva é independientemente por sus padres, llegan á constituirse en verdaderos amos, á mandar á los autores de sus dias, á maltratarles de palabra, al menos, cuando no ceden ó no pueden ceder á sus deseos, y á constituirse en tal estado que parecen los hijos de sus padres.

Testigos de nuestro aserto son esas escuelas donde los alumnos, por un exceso de cariño mal significado, que los niños conceptúan debilidad, acaban con la paciencia de sus maestros, les imponen leyes, llegan á despreciarlas y hasta á hacer á estos blanco de insultos y amenazas.

Y si tales sucesos son una realidad, aun sin exponer verbalmente á los educandos idea alguna de sus derechos; si tales sucesos se observan en virtud de una amable condescendencia para con aquellos, condescendencia que su egoismo les presenta como una imprescindible obligacion sobre quien los contempla; ¿qué no sucederá, si á los hechos acompañamos las razones que quiten á estos todo el mérito, toda idea de favor que engendrara en los favorecidos la gratitud y el reconocimiento?

Pero no se crea que el hacer á la niñez sabedora de sus derechos, influye solo directamente en su mala educacion; pues, además de excitar así todos cuantos vicios reconocen por origen el egoismo, se hace mas difícil la posibilidad de inculcar en el ánimo infantil la idea de sus obligaciones; de la misma manera que se indispone un paladar á que guste sin repugnancia las cosas amargas, acostumbrándole á las impresiones dulces y melosas.

De aquí el poder inculcar la humildad mas fácilmente, allí donde se desconoce la soberbia; la caridad, allí donde se desconoce la envidia; la generosidad, allí donde se desconoce la avaricia; la paciencia, allí donde se desconocen la cólera y la ira: todo género de virtudes, en fin, que no son mas que el resultado de cumplir por costumbre las obligaciones que gravitan sobre el individuo, pueden sembrarse con tanta mayor facilidad, cuanto ménos hayan germinado los vicios ó apetitos, resultado necesario de acostumbrar imprudentemente el hombre á que vea cumplidos sus naturales y bien conocidos derechos.

En todos nuestros ejemplos, similes, cuentos é historietas, presentemos al niño tipos de individuos que cumplan con sus obligaciones; hagamos porque los educandos prac-

¡¡quien sus deberes; pues ya se encargarán ellos mismos de hacer que se cumplan sus derechos.

## LECCION VIII.

### Medios de hacer conocer á los niños su propia naturaleza.

*Sumario.* —Consideraciones generales.—Ejercicios para probar la existencia del alma.—Idem. para probar su espiritualidad.—Idem para probar su inmortalidad.—Conclusion.

Si bien es cierto que al dar el maestro á sus discípulos idea de su propia naturaleza, ha de convencerles de que son unos seres compuestos de alma y cuerpo, como quiera que para conocer este no se necesita mas que observarle y darle nombre, las tareas del educador se han de dirigir principalmente á probar la existencia del alma, su espiritualidad, y por consiguiente su inmortalidad.

Esto ni es trabajo de un solo dia, ni debe enseñarse mas que por la observacion de los efectos de nuestro espíritu, ni requiera sentar principios *á priori* para despues probarlos, ni exige razonamientos profundos, ni se conseguiria jamás sino á consecuencia de las comparaciones que fácilmente pueden hacer los educandos entre su modo de vivir y el de los demás seres no semejantes que por todas partes les rodean.

Nadie duda de que entre un racional y un irracional existen notables diferencias, y por mas que entre aquellos y algunos de estos haya muchos puntos de semejanza, la inteligencia y la moralidad de los primeros no es patrimonio de los segundos. He aquí las bases sobre que debemos asentar nuestros juicios: he aquí las ideas sobre cuyas consecuencias hemos de escitar la observacion de los discípulos, cuidando, no obstante, de que al darse ellos cuenta de los hechos que caracterizan la inteligencia y moralidad humanas vean un completo contraste con los que nos prue-

ban la no existencia de estas levantadas y nobles cualidades en los demás seres.

Y como la diversidad de efectos requiere tambien diferentes causas; y como aparte los caracteres que son comunes en el hombre y en los animales (1), no puede menos de observarse en aquel *algo* que en estos no se observa, de este *algo* efecto se deduce otro *algo* causa, en cuyo caso no falta mas que dar nombre á lo que es objeto de la investigacion.

Conocida la necesidad de la existencia del alma, nada mas fácil que concebir su espiritualidad ó inmaterialidad; ¿piensa la carne? ¿piensan los huesos, la sangre, la madera, las piedras, lo que se puede tocar, en fin? Pues si lo material no puede pensar, no ha de ser material lo que piensa.

Por último, haciendo que los niños conozcan la idea de la muerte como una descomposicion ó desbarajuste de lo que se halla organizado, naturalmente han de concebir, como asi sucede, que lo que carece de organizacion, no puede desorganizarse ni descomponerse.

A fin de ir sembrando la fe y la conviccion de estas sublimes verdades en el ánimo de la infancia, se puede proceder de una manera semejante á la que vamos á exponer en los ejercicios siguientes, advirtiendo antes á los profesores que el éxito de sus trabajos dependerá tanto del ingenio y prudencia con que desarrollen sus tareas como de la fé y conviccion que manifiesten al tiempo de dirigirse á sus discípulos.

## I.

### Tenemos alma.

**Maestro.**—(Dando su pañuelo). Toma, hijo mio, tómale; límpiate la cara; que á mi me gustan mucho los niños aseados.

(1) No hay niño, por pequeño que sea, que deje de conocer perfectamente las diferencias que existen entre él y una planta y un mineral.

(Cuando el niño ha concluido de limpiarse devolverá naturalmente el pañuelo á su maestro, en cuyo caso este proseguirá:)

*M.*—¿No te llevas el pañuelo?

*Niños.*—No es suyo.

*M.*—Asi es: ya sabe este niño que si se lo llevara, obraria mal: no es cierto?

*N.*—Si señor.

*M.*—Y si fuese suyo?

*N.*—Entonces se lo llevaria.

*M.*—Y obraria bien o mal?

*N.*—Entonces obraria bien.

*M.*—Luego vosotros sabeis cuándo obrais bien y cuándo obrais mal.

Ahora vais á decirme otros que tambien lo *saben*.

*Niños.*—Nosotros, los niños, las mujeres, los hombres.

*M.*—Asi es: todos esos que me habeis dicho, y que *saben cuándo obran bien y cuándo mal*, se llaman.....

(Escribase y léase la palabra *personas*.)

*N.*—Personas.

*M.*—Todos, todos nosotros, cuando vamos á hacer algo sabemos si es bueno ó malo; si es bueno lo hacemos, si no, nó lo hacemos.

(Mande el maestro bajar otro niño y poniéndole el mencionado pañuelo á manera de corbata diga:)

*M.*—Márchate, hijo mio, á casa; y ya me dirás mañana á quien has dado ese pañuelo.

*N.*—No se irá con él.—No es suyo.—Hurtaria.

*M.*—¡Qué! Pensais que este niño se iba á marchar con él (quítale el pañuelo) á casa? Ya sabe que si asi lo hiciera....

*N.*—No obraria bien.

*M.*—(Como que no acierta á comprender la razon de lo que va á decir). Calla! calla! Pues y ayer que cuando yo iba por el paseo me encontré con un perrito, y principian-do á jugar con él cogió otro pañuelo que yo llevaba en la

mano, y se marchó; ¿si sabria aquel perrito que obraba mal?

*N.*—No, señor: no lo sabria.

*M.*—No sabria aquel perrito, que hurtaba?

*N.*—(sonriéndose) No, señor.

*M.*—¡Animalitos! No lo saben, niños, no. Si lo supieran, como vosotros, no harian muchas cosas.

A ver: figuraos que vosotros veis aqui en el suelo un pedacito de pan que se me ha caido á mi, lo cogeriais y os lo comeriais?

*N.*—No, señor.

*M.*—¿Por que?

*N.*—Por que no era nuestro.—Por que haríamos mal.

*M.*—Y el perro se lo comeria?

*N.*—Si, señor.

*M.*—Y por qué el perro se lo comeria y vosotros no?

*N.*—.....

*M.*—¿No sabe el perro que es malo el hacer esas cosas?

*N.*—No, señor; los perros no saben eso.

*M.*—Si yo llamo dos niños, y les doy un caramelo para que se lo coman, qué harán?

*N.*—Repartírselo.

*M.*—Y dos perros se repartirian un pedazo de carne que yo les diese.

*N.*—No, señor, reñirian.

*M.*—Y los niños reñiran al comerse el caramelo?

*N.*—No, señor: los niños no deben reñir.

*M.*—Y porqué los perros riñen, siendo esto una cosa mala?

*N.*—Los perros no saben lo que es malo.

*M.*—¡Pobres perros! No saben que el hurtar y el reñir son cosas malas, por eso lo hacen.

A este tenor se van exponiendo hechos buenos y malos que atestigüen estas verdades: 1.<sup>a</sup> los niños obran bien y no obran mal, por que saben lo que es bueno y lo que es malo: 2.<sup>a</sup> los perros obran mal en lo que los niños no, por

que no saben lo que es bueno y lo que es malo; despues de lo cual se sigue así.

*M.*—Tienen los perros cabeza, barriga, ojos, boca, dientes, cuerpo como vosotros?

*N.*—Si señor.

*M.*—Tienen cuerpo de carne, de huesos, de sangre como vosotros?

*N.*—Si, señor.

*M.*—Y apesar de tener cuerpo, no saben conocer lo que es bueno y malo como nosotros... (Pausa)...

Ah! ya sé, ya se. Si vosotros lo conoceis es porque allá dentro teneis una cosa que ellos no tienen. Si ellos tuvieran para conocer lo bueno y lo malo, *eso* que os digo que teneis, ¿no lo conocerian?

*N.*—Si, señor.

*M.*—No lo conocen; por que...

*N.*—No lo tienen.

*M.*—Claro está: os voy á decir como se llama *eso* que tenemos nosotros para conocer lo que es bueno y lo que es malo.

(Escríbese la palabra *alma*).

*N.*—Alma.

*M.*—Alma, alma: eso tenemos para conocer lo que es bueno y lo que es malo. ¿Y si no tuviéramos alma?

*N.*—No conoceríamos lo que es bueno y lo que es malo.

*M.*—Luego somos nosotros iguales á los perros.

*N.*—No señor.

*M.*—Qué tenemos nosotros, que no tienen ellos?

*N.*—Alma.

*M.*—Todos los que estén contentos de tener alma, en pié. (Colocáanse así). Vaya que nos ha hecho favor; porque si no nos hubiera dado alma...

*N.*—No sabríamos lo que era bueno y lo que era malo.

*M.*—Cuántas cosas tenemos, pues?

*N.*—Dos; cuerpo y alma.

Con ejercicios semejantes al expuesto, que unas veces se basaran en la moralidad y otras en la inteligencia, van los niños *convenciéndose* de que tienen alma; y para que puedan así mismo comprender la necesidad de que sea espiritual, no hay mejor medio que el de comparar nuestros actos intelectuales y morales con la imposibilidad en que se hallan los cuerpos materiales para verificarlos.

Ante todo, sin embargo, es preciso dar una ligera idea de lo que llamamos *espíritu* para diferenciarlo de la *materia*: esta se vé, se toca y se coje; aquel no puede ser cogido, tocado ni visto; la segunda tiene *algo*, el segundo nada tiene; el uno ocupa lugar; el otro, no; y tales diferencias, observadas con detenimiento, llevan la imaginación infantil al conocimiento, un tanto incompleto, de lo que llamamos espíritu.

Dada la idea de este, procedase con ejercicios semejantes al que vamos á describir.

## II.

### El alma es espíritu.

*M.*—(Escribe, y hace deletrear y silabear la palabra *alma*).

*N.*—*Alma*.

*M.*—Bien se conoce que la teneis; pues si no, no hubierais...

*N.*—Aprendido esas letras.

*M.*—Como que aun cuando yo quiera enseñarselas á un gato, á un perro, etc., no las...

*N.*—Aprenderá.

*M.*—Luego, cuando aprendeis vosotros, lo haceis con el cuerpo ó con el alma?

*N.*—Con el alma.

*M.*—Si así no fuese, podrian aprender los que solo tienen...

*N.*—Cuerpo.

*M.*—Así es: (sorpresa) ¡Calla! ¿Y de qué será el alma?

N.—No lo sabemos.

M.—(Cogiendo un trozo de madera, y poniéndola delante de las letras que ha escrito antes). Tú, madera: qué letra es esta? (señalando una).

Los niños se reirán; pues pronto conocen que es inútil la pregunta.

N.—No lo sabe.

M.—¿Puede aprender la madera? ¿Puede entender?

N.—No, señor.

M.—El alma que vosotros teneis para entender, será, pues, de madera?

N.—No, señor.

M.—Para ser de madera vuestra alma, qué habia de hacer la madera?

N.—Entender.

M.—Es así que la madera no entiende; luego el alma, que entiende, no será...

N.—De madera.

M.—(Escribe la palabra *mano*).

N.—Mano.

M.—Aquí está: á ver si aprende estas letras.

N.—No las aprenderá.

M.—*Mano*: cómo se llama esta letra? Se llama *m*.  
¿Cómo?

N.—No lo sabe.

M.—Y de qué es esta mano que no puede aprender?

N.—De carne.—De huesos.—De sangre.—De piel.

M.—Esta carne, estos huesos, esta sangre, y esta piel que tenemos en la mano, aprenden y entienden?

N.—No señor; no pueden.

M.—Y vuestra alma entiende?

N.—Sí, señor.

M.—Si vuestra alma entiende, y esas cosas que hemos dicho no; será el alma de carne, de huesos, etc. (1).

(1) O podemos hablar de todas ellas, á la vez, ó podemos compararlas una á una, y esto es mucho mejor.

N.—No, señor.

M.—Si el alma fuese de alguna de esas cosas, también ellas...

N.—Entenderían.

M.—Es así que no entienden; luego el alma, que sí lo hace, no puede ser de...

N.—Carne, huesos, sangre, ni piel (1).

M.—Ya podeis mirar á todas partes; que de esas cosas que se cojen, se tocan y se ven, de esas que tienen algo, no hallareis ninguna que si le quereis enseñar, os...

N.—Entienda.

M.—Y si lo que se toca, se ve y se coje no entiende, el alma, que lo hace, se podrá ver, cojer y tocar?

N.—No, señor.

M.—Será de madera, carne, piel, etc.

N.—No señor.

M.—Podremos ver el alma, cojerla y tocarla?

N.—No, señor.

M.—Será de algo?

N.—No, señor.

M.—Claro está; por que si fuera de algo no podría...

N.—Aprender.

M.—Ni podría...

N.—Entender.

M.—Y esas cosas que como el alma ni tienen nada, ni se cojen, ni se ven, recordais cómo las hemos llamado?

N.—Espíritus.

M.—Luego el alma que tenemos para entender cómo será.

N.—Espíritu.

(1) Si las circunstancias lo permiten, pueden repetirse las mismas pruebas haciendo referencia á distintos objetos; y de todos modos, como comprenderán nuestros lectores, la eficacia de estos ejercicios estriva en la claridad con que los niños comprendan la idea *espíritu*, y en el número de comparaciones que hagan entre las operaciones intelectuales y morales del alma y la falta de moralidad y entendimiento en la materia.

Imbuidos los niños en esta idea , como consecuencia de los variados ejercicios á que se les debe sugetar, entonces es cuando debe comenzarse á hacerles ver lo que es la muerte, y en tal concepto á que deduzcan que no puede morir el alma.

Debe compararse la muerte en el hombre como la descomposicion de una máquina, y paralización de sus diversos cilindros y ruedas, acertadamente combinadas, cuyos movimientos cesan apenas se estorba, apenas se inutiliza alguna parte integrante de aquella.

Si los niños tienen una idea del mecanismo en que consiste su vida material, que no es mas que la continua sucesion de cierto número de funciones practicadas por determinados órganos sábiamente dispuestos; si les hacemos ver que inutilizándose los nervios orgánicos, dejamos de sentir; que inutilizándose el sistema digestivo, se hace imposible la nutricion; que inutilizándose el sistema respiratorio, y el venoso y el arterial dejamos de verificar las funciones peculiares de estos; que inutilizándose, por último, el esqueleto, los músculos y articulaciones, las actitudes y movimientos se hacen imposibles; si les hacemos ver que la muerte no es mas que una necesaria paralización de toda nuestra material actividad, como consecuencia de la desorganizacion sufrida en los aparatos que le son propios; entonces podrán comprender los niños que el alma es inmortal, pues jamás se descompone lo que carece de partes, jamás se estorba lo que carece de combinaciones, jamás se desorganiza lo que no se halla organizado.

Resulta, pues, que antes de entrar en la idea de la inmortalidad, es preciso hacer comprender lo que es la muerte. Basta para esto comparar un niño vivo con otro muerto: el primero oye, habla, siente en fin; el segundo permanece inasible; en aquel la alimentacion, respiracion, circulacion y movimiento, son otros tantos fenómenos que se le observan; en este la descomposicion, la de-

macracion, la frialdad, la inercia, demuestran la ausencia del principio vital; en el uno la inteligencia y los actos voluntarios demuestran la presencia del espíritu, en el otro la falta de inteligencia y voluntad, patentizan la no existencia del alma.

Háganse con prudencia, tino y discrecion estas comparaciones; llévese la contemplacion infantil á observar los diversos estados que en nosotros produce la presencia de la vida y la falta de ella; pues estamos segurísimos de que por tales medios llegan á comprender lo que es la muerte; despues de lo cual, para que vayan convenciéndose de que el alma no se halla sujeta á esta, se puede proceder de un modo semejante al que vamos á esponer.

### III.

#### El alma es inmortal.

*Maestro.*—Dias pasados lo digimos: tan pronto estamos vivos, como ya podemos estar muertos. ¿Hace uno lo mismo cuando está vivo, que cuando está muerto?

*N.*—No, señor.

*M.*—(Uno á uno). Dime qué haces tú ahora que no harías si estuvieses muerto.

*N.*—Ver.

*M.*—Efectivamente: si yo me pongo aquí y tu me miras...

*N.*—Le verá á V.

*M.*—Y si me pongo delante de un niño muerto me verá?

*N.*—No, señor.

*M.*—Y por qué no me verá? (1)

Sabeis por qué no me verá? Por que se *han echado á*

(1) Si los niños tienen idea de la manera de verificarse la trasmision de impresiones, podran responder; pero nunca, careciendo de este conocimiento.

*perder* los nervios que van á parar á los ojos, y no pueden llevarle noticias al alma. Quiere decir que si los ojos de un muerto no ven, es por que se hallan....

*N.*—Estorbados.

*M.*—Y cuando están estorbados, ya dijimos que estaban...

*N.*—Muertos.

*M.*—(A otro). Tú: ¡Ola! parece que me has oído: tendrá este niño los oídos de la misma manera que un niño muerto?

*N.*—Este los tiene buenos; y aquel los tiene malos.

*M.*—Efectivamente: vosotros teneis bien puestos y buenos los nervios del oído, y el muerto...

*N.*—No señor: los tiene estorbados.

*M.*—Los tiene muertos: verdad?

*N.*—Si, señor.

*M.*—(A otro). ¿Qué haces ahí? Parece que se te hincha y deshincha el pecho.....

*N.*—Es que respira.

*M.*—¿Respira un niño muerto?

*N.*—No, señor.

*M.*—Vosotros teneis aire por aquí: el muerto tambien tiene aire: en qué consistirá, pues, que vosotros respirais y él no?

*N.*—En que se le han puesto *malos* la garganta y el pecho.

*M.*—Eso es: lo que le puso dentro para poder respirar bien, se le ha hechado á perder, se le ha.....

*N.*—Muerto.

*M.*—Un muerto no ve; por que tiene muertos los.....

*N.*—Ojos.

*M.*—No oye; por que.....

*N.*—Tiene muertos los oídos.

*M.*—No respira; por que.....

*N.*—Tiene muertos la garganta y el pecho (1).

(1) De este modo puede hablarse de todas las funciones físico-vitales, de

(Pregúntense los nombres de las cosas que hasta ahora se han considerado muertos, y escríbanse aquellos.)

M.—Los ojos, los oídos, la garganta y los pulmones, se estorban, y por eso se mueren. Y estas cosas que hemos nombrado están en el alma ó en el cuerpo?

N.—En el cuerpo.

M.—Tiene el alma oídos?

N.—No señor.

Ya vimos que no tenía nada.

M.—Se podran estorbar los oídos del alma?

N.—No, señor.

M.—Porqué?

N.—Por que no tiene?

M.—Tiene el alma ojos?

N.—No señor.

M.—Podran estorbarse?

N.—No señor.

M.—Por qué?

N.—Por que no tiene (1).

M.—Qué es lo que se podrá estorbar en el alma?

N.—Nada.

M.—Y por qué?

N.—Por que nada tiene.

M.—Cuando un niño se muera, es porque se le estorba la máquina de su cuerpo; y como el alma nada tiene...

N.—No se le puede estorbar nada.

M.—No puede...

N.—Morirse.

M.—De las dos cosas que teneis, niños, cuántas se mueren?

N.—Una.

M.—Cuál es, el cuerpo ó el alma?

---

los órganos que en ellas toman parte, y de la posibilidad de que se desorganicen estos.

(1) Estas preguntas se extienden á cuantos objetos ó partes corporales hayamos examinado.

N.—El cuerpo.

M.—Cuál es la que nó puede morir?

N.—El alma.

M.—Vamos ahora á poner aquí, como llamaremos al alma, por que no se puede morir (Escribese inmortal).

N.—Inmortal.

M.—Quién es inmortal?

N.—El alma.

M.—Por qué.

N.—Por que no se puede morir.

Haciendo ahora algunas reflexiones religiosas sobre la separacion del espíritu, y lo que sucede á su separacion, se dará por concluido el ejercicio, que de un modo semejante, si bien sobre distintos órganos, debe repelirse.

## LECCION IX.

### Amor á Dios.

*Sumario* —De cuántos modos se puede amar á Dios.—Punto de partida para infiltrar el amor a Dios.—Medios de hacer ver la paternidad de Dios para con todos.—Ejemplo.—Algunas reflexiones provechosas sobre el nombre de Dios.—Fanatismo y despreocupacion.—Causas que motivan estos vicios.

Entendemos por amor á Dios esa constante predisposicion del sentimiento y de la voluntad para reverenciarle y servirle. Pero el amor á Dios puede reconocer dos móviles enteramente diversos: uno la idea de su santidad y de su grandeza; otro, la de los beneficios que nos dá, la de los que nos tiene prometidos, asi como tambien la del castigo con que somos llamados á espiar nuestras faltas en el caso de cometerlas.

Noble y elevado el primero, ese amor que nace de la contemplacion con que, profundamente embargado nuestro espíritu, llegamos á conocer la divina magnificencia del Creador Supremo, supera á todo sentimiento, por que

todos en él se hallan resumidos; de tal modo, que quien ama á Dios por ser Dios, se entrega ó está dispuesto á entregarse en cuerpo y alma á su servicio santo.

Nacido el segundo de la satisfaccion inspirada por el beneficio propio, es mas que amor agradecimiento; y fuerza es confesar que no iguala al primero ni en intensidad, ni en naturaleza; pues asi como el alma, fija en la idea de Dios, quiere á Dios por ser él, fija en su divina liberalidad para con los hombres le quiere tan solo por los bienes que reporta, especie de cariño que se dedica por egoismo, y que llega á convertirse en *temor* cuando se pretende hacer amar por librar de alguna pena al obligado.

A ese amor hácia Dios por ser quienes, denominaremos *espiritual*; y á ese otro que, reconociendo por origen el propio beneficio, ó el temor á las consecuencias de no haberlo sentido, lleva en si mismo una idea egoista, le denominaremos *carnal*.

Si fuese posible á la infantil inteligencia el adquirir con claridad la sublime idea de Dios en la plenitud de su grandeza; si su débil comprension pudiera abarcar la infinita sabiduria, el poder ilimitado y la sin igual superioridad del Eterno; si su naciente imaginacion pudiera vislumbrar una ráfaga, siquiera, de ese espíritu inmenso é indivisible, omnisciente é inmutable, principio y fin de todo, creador é increado; si pudiera conocer á Dios como es, entonces no se hiciera difícil, sembrar en el corazon de los niños ese amor espiritual de que hemos hecho mérito, y cuyas consecuencias serían el respeto, la adoracion y la virtud.

Pero por mas que estemos íntimamente convencidos de que tan halagüeños resultados serian los mejores; por mas que conozcamos que el amor espiritual hácia Dios es el mas meritorio en las criaturas, el mas elevado, el mas grato á los ojos de aquel, y el que mejor predispone al hombre para vivir bajo sus santas leyes; la experiencia ha

llegado á convencernos de que es preciso excitar y dirigir el sentimiento de la infancia, comenzando por las impresiones materiales que la afectan, haciendo germinar en ella primero la simpatía, hácia Dios, luego el agradecimiento natural que la inspiran sus infinitos beneficios, y mas tarde, cuando la intelgencia y el sentimiento estén en el pleno gozo de sus facultades, el verdadero amor, el amor puro y sincero que origina una série no interrumpida de ideas halagüeñas sobre el ser para quien el cariño es un necesario y natural merecimiento.

El niño, por mas que se diga en contrario, no llega á amar en sus primeros años; salvando muy raras escepciones, ni aun de sus padres es amante; lo que hace el niño es *agradecer*. ¿Creeis que si un niño acaricia y besa á su mamá lo hace por que conoce lo mucho que la debe, los sacrificios de que la es deudor, y la absoluta necesidad que de quererla tiene? Oid lo que dice todo el mundo: «nadie es capaz de saber lo que es un padre hasta que llega á serlo», espresion que tambien vosotros habreis dicho si os encontrais en aquella condicion. ¿No vemos á cada paso personas que, habiéndose criado en compañía de algun pariente, miran á sus verdaderos padres, como estraños ó poco menos? Esto nos prueba que el amor filial no va íntimamente unido á la naturaleza de hijo, ni llega á ser verdadero amor hasta que se puede sentir con claridad la levantada y respetable idea de la paternidad.

He aquí por qué no nos avenimos á creer, como algunos sientan, que es inútil é incesario excitar y dirigir en la infancia el amor á Dios; puesto que estamos convencidos de que no ya deja de amársele, sino que para ella es aquel una idea, por lo desconocida, indiferente. ¡Se quiere pretender que el niño ame de suyo á Dios, cuando á sus padres no los ama verdaderamente hasta que la razon y el sentimiento le dictan quiénes son aquellos y qué han hecho con él!

Esto es un error grave, en virtud, del cual, haciendo

dejar pasar al hombre en la indiferencia durante sus primeros años, que constituyen el período en que con mas facilidad se le graban las impresiones religiosas y morales, crece la humanidad entre una atmósfera glacial de sentimientos, sin fé, sin creencias verdaderas, sin espíritu religioso, y *despreocupada*, que asi se llama ahora á los tibios y descreídos, como si preocupacion fuese el zeloso amor hácia las cosas santas.

Una vez, pues, que se hace necesario no solo dirigir, sino excitar primero, el amor hácia Dios en los niños; y una vez que estos no pueden dedicarle, al principio, ese cariño que, si le conociesen, les inspiraran su grandeza y santidad divinas; preciso se hace comenzar á hacerles conocer los beneficios de que le son deudores (1); y, grabando de este modo la gratitud en el corazon de la infancia, dispondremos su ánimo en favor de Dios, á quien ir queriendo más y más y de un modo menos interesado, á medida que vaya conociéndole.

Para esto es preciso partir de ideas y sentimientos semejantes á los que nos proponemos hacer sentir y comprender. ¿Estan agradecidos los niños para con sus padres? Si. ¿Cuál ha sido el móvil de ese agradecimiento? Los beneficios que continuamente reciben. Pues hablamos de este principio: hagamos ver á nuestros discípulos que tienen todos un *Padre* celestial, sin cuya bondad serian imposibles cuantos beneficios vienen disfrutando de los que con aquel título conocen; y si padre llaman al que en casa les cuida, les vista, les alimenta y acaricia, con mas razon deben llamar padre al que por donde quiera les protege,

---

(1) Tan es cierto que en la infancia se hace preciso el excitar su amor hácia el ser Supremo, por medio de ejercicios hábilmente dirigidos; que estamos seguros que, de lo contrario, ni aun la gratitud, ni aun la simpatía nacería en aquella. Estos sentimientos nacen del beneficio que recibe el que los posee, y para los niños no hay otro protector que el que les alarga su mano con el objeto de satisfacer las necesidades que les aquejan. ¿Acaso el niño comprende por si mismo que el aire, la luz la vida, los alimentos etc. son otros tantos beneficios de Dios?

al que cria las materias con que se hallan fabricados los vestidos; al que cria las sustancias que sirven de alimentos, y al que conserva la vida de los que con tan desinteresado cariño se dedican á su inmediato y material cuidado: hagamos ver á nuestros discípulos que tienen todos un Padre celestial, sin cuya infinita providencia se harían imposibles, no solo los desvelos, sino hasta la existencia misma de sus padres terrenales; y si con estos estan agradecidos, mayormente han de estarlo con Aquel; y si á los segundos profesan grande y verdadero cariño con mayor motivo han de llegar á profesárselo al primero.

La dificultad principal estriba, como se ve, en hacer comprender que Dios es nuestro padre, idea que, si bien para los hombres se presenta clara como la luz, no deja de presentarse bastante confusa á la inteligencia de los niños, ya por su débil comprension, ya tambien por lo extraño que se les hace dar asenso á la especie de que poseen otro padre ademas del que tan conocido es para ellos y que consideran único, irremplazable y hasta, en los primeros años, inmortal.

Sin embargo, estos obstáculos llegan á vencerse si los educadores proceden con cautela, si tratan de recorrer paulatinamente el camino que para ello han de seguir, y si hacen tomar la idea *padre* en una acepcion que represente los beneficios que cada cual prodiga de continuo á su hijo, y de ninguna manera en la acepcion de engendrador, significado que, sobre llevar desventajas gravísimas tratándose del asunto que nos ocupa, sería impropio del objeto, y enteramente incomprensible para los niños.

Estos llaman padre á aquella persona que les mantiene, que les viste, que les cuida y que les halaga; á aquella persona que les quiere, que les vigila, que les premia y les castiga, que vive en compañía de sus madres, y que habita bajo su mismo techo.

Pues bien: si otro ser fuese causa próxima ó remota, no solo de estos mismos favores y cuidados, sino de otros

muchísimo mayores, llegarían los niños á llamarle padre? Indudablemente; y he aqui indicados en conjunto los medios de que se ha de valer quien eduque para imbuir en en el animo de sus educandos la idea de la paternidad divina, que ha de excitar, como consecuencia, en estos el amor á Dios.

Un maestro puede hacer ver á sus discípulos que si poseen los vestidos, es por que se les han hecho ó mandado hacer sus padres; que no hubieran podido hacérseles, careciendo de telas para confeccionarlos; que faltarían las telas, faltando las sustancias filamentosas con que se tejen; que las materias filamentosas (tratamos de las vejetales) no existieran sin tierra donde criarse; y que tampoco la tierra existiria sin el poder de Dios que la sacó de la nada, principio del cual deben los niños convencerse al tiempo de tratar sobre la existencia del Ser Supremo.

Un maestro, siguiendo en distintos casos y sobre asuntos diversos esta serie de ideas eslabonadas entre si que llevan la inteligencia humana á contemplar á Dios como principio de todo bien y dispensador universal de todos los favores, puede ir convenciendo sus alumnos de que si tienen padre, madre, alimentos, vestidos, golosinas con que dar gusto á su paladar, juguetes con que satisfacer sus caprichos, agua para apagar su sed, aire para respirar, luz para ver y vida para vivir, todo, todo lo deben á la munificencia divina; todo, todo, lo reciben por la voluntad y gracia del Creador, á quien, con mayor razon que al que les ha dado la vida material, llaman padre, y padre por escelencia del linaje humano.

Solo recomendamos al educador perseverancia, celo y buena fé: será perseverante si un dia y otro dia insiste en practicar ejercicios como el que expondremos luego, aprovechando la oportunidad que las circunstancias le presenten; será celoso, si estos ejercicios los hace no para consumir un espacio de tiempo, sino con el laudable fin de catequizar á los tiernos seres que se hallan bajo su cuidado; y

obrará de buena fé si siente en realidad las verdades de que se propone convencer, si en sus palabras hay verdad, si en sus miradas, ademanes y espresiones se retrata la conviccion sinceramente religiosa, y si goza y aparenta gozar ante sus discípulos al discurrir sobre las ideas que desea grabar en el ánimo infantil, ideas que al contemplarlas hacen sentir al alma cristiana, presa de la mas dulce y lisonjera fruicion. Nunca os mostreis frios ó indiferentes al tratar de sembrar verdades religiosas.

Establecidos estos principios, vamos á esplanar, si bien lacónicamente, un ejercicio de los mil y mil por los cuales puede probarse que Dios es nuestro padre, despues de haber dado á esta palabra la acepcion de que hemos hecho mérito anteriormente.

*Maestro.*—(Escribe la palabra padre.)

*Niños.*—Padre.

*Maestro.*—(Preguntando uno á uno). Os da muchísimas cosas vuestro padre. ¿Sabríais decirme algunas?

*N.*—Pan, zapatos, pantalones, juguetes, caramelos...

*M.*—Luego al que os da todo lo que teneis para comer, vestir, jugar etc. etc. le llamais...

*N.*—Padre.

*M.*—Vamos, vamos á ver. Me habeis dicho caramelos. Y los caramelos que os da vuestro padre de qué son?

*N.*—De azucar (1).

*M.*—Luego si no hubiese azucar...

*N.*—No habría caramelos.

*M.*—El azucar se extrae de una planta llamada cañamiel: luego si no hubiese cañamiel...

*N.*—No habría azúcar.

*M.*—Y como sin azúcar no habría...

*N.*—Caramelos.

*M.*—Sin la cañamiel ni habría...

---

(1) Suponemos que los niños saben responder así; porque de lo contrario, al maestro tocaría instruirles en estas y otras ideas semejantes.

N.—Azúcar.

M.—Ni...

N.—Caramelos.

M.—Dónde pensais que se criará la cañamiel?

N.—En los campos.

M.—Y de que son los campos?

N.—De tierra.

M.—Y quien crió la tierra?

N.—Dios.

M.—Si no hubiera criado la tierra no habría...

N.—Campos.

M.—No habiendo campos, no podría criarse la...

N.—Cañamiel.

M.—Sin cañamiel, no habría...

N.—Azúcar.

M.—Y sin Azúcar no tendríamos...

N.—Caramelos.

M.—Luego si no fuese por Dios, no habría...

N.—Tierra, ni campos, ni cañamiel, ni azúcar, ni caramelos.

M.—Ya veis, pues, que si vuestro papá os dá caramelos, es por que Él quiere; pues si no quisiera Dios, no os los darían.

«Siempre es Él quien nos hace este y otros favores.»

(Escribase la palabra *zapatos*.)

N.—Zapatos.

M.—Hasta los zapatos; ¿pensais que os los dan vuestros papás?

N.—Si señor.

M.—Si no fuese por Él no os los darían, no podrían dároslos, y tendríais que andar descalzos, pobrecitos!!

Decidme: con qué hacen los zapatos?

N.—Con la piel de las cabras y de los becerros.

M.—Luego si estos (ú otros) animales no bubiese, tendríamos sus pieles?

N.—No, señor.

**M.**—Y si no tuviésemos sus pieles podrían haceros vuestros zapatos?

**N.**—Tampoco.

**M.**—Y las cabras y becerros vivirían si no hubiese yerbas para que comiesen?

**N.**—No, señor?

**M.**—Y las yerbas podrían criarse sin tierra?

**N.**—No, señor.

**M.**—Ya sabéis que Dios crió...

**N.**—La tierra.

**M.**—Que en la tierra se crian...

**N.**—Las yerbas.

**M.**—Que con las yerbas...

**N.**—Comen los animales.

**M.**—Que de los animales.

**N.**—Sacamos las pieles.

**M.**—Y que de las pieles...

**N.**—Se hacen los zapatos.

**M.**—Luego si no fuese por Dios no habría...

**N.**—Tierra, ni yerbas, ni animales, ni pieles, ni zapatos.

**M.**—Veis, pues, que si los zapatos los recibís de vuestros papás, estos los tienen, por que quiere Dios.

De esta ó semejante manera puede procederse para llevar la inteligencia de los niños á comprender que Dios es en realidad quien les alimenta, les viste, les cuida y les protege, y que si al que ejecuta estas funciones le llaman padre, con mayor razon deben llamar asi al que lo verifica con todos. Téngase presente, sin embargo, que esto no es obra de un dia, que basta tomar dos ó tres objetos en cada ejercicio, que se hace indispensable materializar con pinturas la concatenacion de las ideas, que conviene no pensar por los discípulos, y sí solo ayudarles y dirigir sus investigaciones, y que ha de venirse á concluir con el siguiente paralelo: Los padres dan á sus hijos *muchas cosas*; Dios da *todo* cuanto poseemos: los padres tienen *algunos*

hijos: Dios tiene por hijos á *todo la humanidad*: los padres tienen su autoridad y dispensan sus cuidados en el recinto del hogar; Dios la tiene y dispensa sus gracias en el universo: los primeros son padres familiares; el segundo es padre universal: los unos se merecen el amor de unos pocos; el otro se merece el amor de todos.

Durante el transcurso de estos ejercicios, sin embargo, y en las demas ocasiones en que deseemos dirigir el ánimo de nuestros discípulos á la contemplacion de Dios, hemos de tener gran cuidado para que ni se familiaricen demasiado con este nombre augusto, y por tal motivo respetable, ni tomen como á pasatiempo ó á bien inventadas patrañas cuanto podamos referirles sobre las ideas concernientes á los atributos del Eterno.

Referímonos á ese continuo nombrar á Dios, á ese continuo amenazar con su divina ira, á ese continuo advertir su infinita omnisciencia, á ese continuo decir «*Dios te castigará,*» *Dios te llevará al infierno,* *Dios te ve en todas partes,* *Dios te sigue,* *Dios dirige tus pasos,* *tus obras,* *tus palabras,* expresiones que, pronunciadas á todas las horas del dia y sin verdadera necesidad, aun cuando por un momento ó durante alguna temporada inspiren temor en el ánimo de los educandos, llegan á perder su fuerza y su valor moral religioso de tal manera, que son oídas por último, con la mas lamentable indiferencia.

Nombrese, pues, á Dios cuando sea necesario, y aun en tal caso, debe el maestro, ó referirse á Él con gran respeto, ó pronunciar aquella palabra sacrosanta con la consideracion que se merece.

Jamás debe presentarse como un rígido castigador, como un incansable espía de nuestros actos, como un inflexible é iracundo superior que solo espera ver las faltas para castigarlas sin contemplacion ni escusa: su justicia no se halla reñida con su misericordia infinita, ni mucho menos con su bondad inefable; razon por la cual, no hemos de hacerle temible, sino respetable.

Los actos, más que las palabras; la conducta, más que los consejos; y la convicción y ardiente celo, visiblemente manifestados á los discípulos, son causas de que se graben en los tiernos corazones esos sentimientos de amor y gratitud que las criaturas deben poseer para con su criador.

Un zelo exagerado, no obstante, podría conducir las tareas del educador á conseguir distinto objeto que el que debe proponerse, del mismo modo que la tibieza religiosa sería de suyo motivo asaz perjudicial. Lo primero daría por resultado el *fanatismo*; lo segundo produciría la *despreocupacion*, defectos ambos igualmente reprobables, y en los cuales es fácil incurrir cuando se trata de excitar el amor á Dios en la niñez.

Llámase *fanatismo* á la creencia de principios religiosos falsos, como resultado de la exageracion introducida en la explicacion de las verdades dogmáticas; y se conoce con el impropio y hasta anti-religioso nombre de *despreocupacion* la falta de fé en lo que debemos creer, y la indiferencia por las cosas santas: lo primero y lo segundo son irreligion; lo uno, por exagerar; lo otro, por disminuir: aquello es mentira por exceso; esto es mentira por defecto, y la religion siempre es verdad.

¿Qué debe hacer el educador para no hacer supérfluos sus alumnos; qué, para que mas tarde no puedan merecer con justicia el título de despreocupados?

Exponer el dogma, puro, inmaculado, como la Iglesia lo presenta, sin añadir ni quitar una sola palabra; exponer el dogma con el mismo calor con que debe sentirlo una persona verdaderamente religiosa; ser intolerante en asuntos de importancia tanta, intransigente con los que se muestren dispuestos á seguir un rumbo inconveniente, rígido en sus apreciaciones, fervoroso en sus palabras, recto en sus mandatos, justo en sus obras, amante del bueno, y enemigo del malo.

El maestro que, cuando oye una palabra indigna de ser pronunciada por alguno de sus discípulos, se muestra

casi indiferente, ya por atribuirle á *niñería*, ya por guardar ciertas consideraciones que no debe tener; el maestro que ve impasible cómo los alumnos se maltratan, cómo se hurtan mutuamente los objetos que llevan consigo, y cómo desobedecen y faltan al respeto que debe merecerles, todo superior; el maestro que no procura que sus discípulos guarden durante las prácticas religiosas esa compostura, ese recogimiento, ese orden y ese respeto con que deben dirigirse al Ser cuyo amparo y protección invocan; el maestro, en fin, que deja pasar desapercibidos y sin corrección esos disparates pueriles con que, unas veces en son de burla y otras inocentemente, suelen interrumpirle sus discípulos cuando de asuntos religiosos y morales se trata; ese maestro, no solo da pruebas de serle muy poco interesante la enseñanza que se propone comunicar, sino que autoriza con su indiferentismo la despreocupación de aquellos niños que dirige; y decimos despreocupación, porque, aun cuando en la primera edad no puede titularse de este modo, tenemos para nosotros que quien de niño es tibio en materia religiosa, de joven será, más que despreocupado, impío y libertino.

Por el contrario, el maestro que para escitar el miedo de los alumnos, y creyendo dar con ello más valor á la religion (valor que ya tiene sin exagerarse), expone á aquellos como principios reales y efectivos lo que no es sino sublimes imágenes de que algunos doctos varones se han servido para hacer más sensibles las verdades dogmáticas; los maestros que al hablar del infierno, dicen á sus discípulos que hay allí calderas de pez, y leña, y demonios con mucho pelo y uñas largas y cuernos retorcidos; los maestros que, al describir el acto del juicio particular, sientan como cierto el hecho de pesar las almas con los pecados para que el infinitamente sabio conozca qué destino ha de dar á las primeras; los maestros que, para dar idea de las penas eternas dicen que en las mansiones infernales hay hogueras, y rechinar de dientes, y ayes las-

timeros , y amputacion de partes corporales , poniéndose asi en oposicion abierta con lo que en otras ocasiones expone acerca de la muerte, y de la naturaleza del alma; los maestros, en fin, que pintan el infierno, el cielo, el limbo y el purgatorio á su capricho, creando colores para sus paredes, gases para su atmósfera, mueblaje para su espacio, y sitios de distintas formas y condiciones para los que á aquellas mansiones misteriosas han de ser destinados; los maestros que de tal manera se conducen, hablan muchas veces temerariamente; no pocas en abierta oposicion con las verdades dogmáticas y filosóficas; cuándo, contra lo prescrito por la religion misma; y cuándo, de un modo que ni la Iglesia, verdadera depositaria de la fé, enseña, ni él debe de enseñar.

Siempre tendremos para nosotros, que el exagerar las verdades religiosas, por hacer mas patente su verdad, y con esto escitar mejor el amor á Dios, conduce, tarde ó temprano, á un fin opuesto que el exagerador se proponia conseguir.

Cuando un maestro hace lo que acabamos de bosquejar, es, ciertamente, creido por sus alumnos, y mucho mas si en él tienen alguna confianza; pero si llegan en alguna ocasion, que las tienen, á exponer sus ideas, supersticiosas en realidad aun cuando para ellos no lo sean, delante de personas imprudentes ó á niños de mayor edad, de mas conocimientos y de menos fé, y entonces se ven burlados ó se los hace objeto de mofa por haberse mostrado tan crédulos, no solamente dejan de creer lo falso que se les habia enseñado, sino que dudan de lo verdadero, apagándose de este modo el fuego religioso con que de una manera artificiosa se habia tratado de encender sus tiernos corazones.

Y aun que esto no sucediera por los motivos indicados, que sí sucede, como hemos tenido ocasiones de observarlo, sucederia por otros que harian el mal resultado no menos seguro.

Efectivamente; siendo niño, poseyendo la inteligencia débil, nuestra razon jamás puede aquilatar los grados de verosimilitud que presentan las ideas que se nos imbuyen; puesto que ni su origen ni sus causas están al alcance de un entendimiento naciente: de aqui que la infancia, entre los muchos principios ciertos que adquiere, se hace eco de cuantos mil errores percibe, de cuantas mil preocupaciones ha oido sustentar, de cuantas mil falsedades ha visto salir de la boca de aquellas personas que la rodean. Pero llega el niño á la edad viril, su mente se detiene en reflexionar sobre las ideas anteriormente adquiridas, oye, lee, medita, aprueba y desaprueba, corrige unas veces y se corrige otras; y entonces es cuando, recordando el cúmulo de falsedades y contrasentidos religiosos que, como verdades inconcusas, se le han podido imbuir, se pregunta asustado: ¿Qué religion me han enseñado? pregunta que envuelve en si misma una afirmacion terrible, afirmacion que no debemos desealarla; pues quien no sabe que religion posee, de seguro deja de sentir la que creía profesar.

Eviten, pues, los maestros todas las causas que hemos señalado como origen del fanatismo y de la despreocupacion; sean ardientemente religiosos é inflexibles y rígidos en sus apreciaciones morales; y tengan muchísimo cuidado de exponer á sus discípulos la religion tal como la Iglesia nos la enseña, sin añadir ni quitar; puesto que, si bien la tibieza é indiferencia no engendran en los pechos infantiles el amor á Dios, para conseguirlo, no es necesario recurrir á lo fanático y supersticioso, origen casi siempre de la irreligion y la impiedad.

## LECCION X.

**Del amor propio.**

*Sumario.*—Qué es el amor propio.—El amor propio puede ser virtud y vicio.—Cómo se presenta en la infancia.—Niños indiferentes, y embrutecidos.—Caracteres con que se distinguen.—Actos y propensiones que se observan en ellos.—Niños pundonorosos —Conducta del educador para con unos y otros.—Vicios que se deben evitar.

Cuando uno tiene conocimiento de sí mismo; cuando á consecuencia de esto, deplora la indiferencia de los demás para con él; cuando, poseido de que se halla entre seres semejantes, quiere que se respeten sus derechos y opiniones del mismo modo que sabe respetar las opiniones y derechos de los otros; cuando, despues de haber reconocido su verdadero origen, propia naturaleza y vínculos de fraternidad con los cuales se halla unido á todos los seres que constituyen la familia humana, llega á considerar como padre á Dios, como hermanos á sus semejantes, y como hechura del Supremo Ser á su misma individualidad; cuando convencido, en fin, de estas verdades, ama y quiere que se le ame, respeta y quiere que se le respete, perdona y quiere que se les perdóne, en deseando, una palabra, todas las consideraciones que se merece y que dispensa á los otros voluntariamente en justa ley de reciprocidad; entonces es cuando el individuo se ama á sí mismo, y cuando sin despreciar á nadie, ni querer que los demás le sirvan de peldaño, ni procurar para él cuanto lo que por esto solamente dejaria de ser beneficioso para otro, se dice que tiene dignidad, que es pundonoroso de nobles aspiraciones, de levantados deseos, en una palabra, que posee esa gran virtud, amor propio llamada, y que no es mas que la estimacion de sí mismo sin despreciar, con tal objeto al prógimo.

Es preciso no confundir el amor propio con la vanidad,

con el orgullo , con la ambicion , con la avaricia , con el egoismo , en fin ; pues tanto como aquel es , á la vez , una virtud esencialísima en el hombre y origen de todas las acciones grandes y elevadas que le es dado practicar ; puede llegar á ser un vicio de deplorables consecuencias , un vicio que le acarreará cuantas desgracias suelen afligir sobre la tierra á las humanas criaturas.

Quando el hombre se halla dominado por una excesiva apreciacion de su personalidad , de sus riquezas , de su alcurnia , de su sabiduría , de sus comodidades y de sus merecimientos , ve en su cuerpo un modelo de esbeltez y de hermosura , ante cuyas prendas son miserable polvo las de los demás ; ve en su oro una montaña que le aísla de la miseria y de las necesidades ; ve en su alcurnia un trono tan elevado que no le permite dirigir la vista sobre los débiles pigmeos que corren bajo sus plantas ; ve en su sabiduría una refulgente luz ante cuyos destellos todo es sombra , ignorancia é idiotismo ; ve en sus comodidades un ídolo insaciable de culto , un vacío inmenso que llenar , y un infinito número de necesidades que atender , y ve , por último , en sus merecimientos un insondable abismo donde los merecimientos del mundo todo , las recompensas del universo entero , no serian suficientes á colmar sus espacuosos límites , ni á saciar una millonésima parte , siquiera , del deseo imprudente , asaz avaro que tiene de amontonar en él favores y mercedes.

Quando , por el contrario , el hombre ( que los hay ) no ha llegado á adquirir una nocion exacta de lo que es , de lo que vale , de lo que merece , de lo que debe abandonar y de lo que debe apetecer , casi todo se le presenta despreciable ; y se muestra indiferente á los títulos honoríficos , y á la sabiduría , y al linaje , y á la riqueza , y á la actividad , y á las comodidades , y á su propia persona ; llegando al extremo de que hasta su misma honra , su fama , su presente , su pasado , y su porvenir , sean para él ideas sin valor , palabra sin acepcion alguna , voces á las cuales el

mundo ha querido apropiarse un significado que ni comprende, ni cree que pueda comprender ninguno: hé aquí descrito el negligente, la antítesis verdadera del egoísta, envilecido el uno, prostituido el otro, poloso puestos del mundo moral, que, como los del planeta en que vivimos, merecieran vivir aislados de todo aquel que merezca el noble título de criatura racional.

Enhorabuena que el hombre aspire; enhorabuena que desee; por que el deseo y las aspiraciones nacen y mueren con nosotros sin habernos abandonado ni un momento.

Pero de ese prudente deseo, y de esa noble aspiración que debe tener el hombre, con arreglo á las santas prescripciones de la sana moral, y en justa proporción á sus dotes y merecimientos; de ese prudente deseo, que con facilidad se arraiga en los corazones habilmente dirigidos, á esas pretensiones locas y atrevidas que, con la capa de *dignidad*, se apoderan del individuo haciéndole creer que *vale tanto como cualquiera, que se merece mas de lo que se le concede, y que en las concesiones que se le hagan nunca existirá el favor sino la justa recompensa*; de una cosa á otra hay inmensas diferencias;

Enhorabuena que el hombre se desprecie á sí mismo enhorabuena que mire las cosas de este mundo como adornos que engalanan el camino por donde mil y mil generaciones distintas corren presurosas en busca de una felicidad quimérica que no pueden encontrar durante su pasajera marcha.

Pero de ese desprecio prudente de sí mismo y de las cosas humanas, á ese estado de envilecimiento y atonía que embota la sensibilidad, mata el pundonor, y reduce todos los deseos individuales á satisfacer las necesidades del cuerpo, y todo el lenguaje á un frío «*qué se me da á mí,*» existe también una diferencia inmensa, tal como puede haberla entre dos principios, de los cuales, en virtud del primero se considera á la humana criatura humilde, tranquila, satisfecha, y en amable fraternidad con los que la

rodean, si bien como digna emanacion del Criador y semejante á él; al paso que en virtud del segundo se considera animalizada, prostituida y degradada hasta el punto de que viva como si, hecha abstraccion de su espíritu, no tuviese mas que la existencia material.

De lo hasta aquí expuesto se deduce que á tantos males puede conducirnos la falta de amor propio en la persona, como la imprudente excitacion de tan noble sentimiento: lo primero produce negligentes perezosos, descuidados y serviles; lo segundo produce vanos, orgullosos, déspotas y avaros.

Ahora bien: en los niños, durante su primera edad, existe el amor propio? Hay en los párvulos ese sentimiento de dignidad humana que les conduzca natural y gustosamente á la práctica de todas las acciones que digan relacion con su naturaleza y su porvenir?

Observando atentamente á la niñez; meditando sobre su conducta y reflexionando sobre sus actos, hemos podido comprender que, hablando en general, no existe en ella durante los primeros años un *verdadero* aprecio de su propia personalidad.

Aprecia mas su cuerpo que su espíritu; desea satisfacciones materiales con mas ahinco que placeres morales; quiere mucho mejor engalanarse con vestidos que con conocimientos; y es tan amante del presente como descuidada del porvenir. Verdad es que los halagos le agradan, que las adulaciones le satisfacen, que las caricias le causan placer, y que los premios le hacen extasiarse en una dulce fruicion; pero para conseguir esto pone tampoco de su parte, se sacrifica tan dificilmente, se afana tan raras veces de un modo voluntario, que, salvando algunas excepciones, podríamos asegurar que los niños muy pocas veces obran intencionadamente en consonancia con su dignidad, por mas que cuando lo hayan hecho asi se muestran altamente satisfechos de su comportamiento y de las deferencias que por tal motivo se les prodiguen.

Hay niños que tienen un vehemente deseo de permanecer siempre en los sitios de preferencia; pero la mayor parte se hallan muy satisfechos y tranquilos donde quiera que se les coloque.

Hay niños que cuando adquieren un billete de premio, lo guardan y lo aprecian como si fuese una cosa santa; pero también hay muchos que lo pierden, lo ensucian, lo cambian por cualquier juguete ó lo rompen inadvertidamente pocos minutos después de haberlo recibido.

Hay niños que se avergüenzan cuando se los coloca en un sitio particular destinado á los que no cumplen sus deberes; y en cambio hay muchísimos para quienes toda clase de castigo moral, indiferente, y aun, para no pocos es divertido.

Hay niños que no osan presentarse ante el maestro si no van bien curiosos y decentemente vestidos; y en cambio hay también muchísimos indiferentes sobre el particular, y algunos que tienen á gala el destrozar su ropa, enseñar los desperfectos que llevan en ella, y hasta el considerar como trofeos de importancia su dejadez y su desidia.

Hay niños que, sin que se les haya advertido en sus casas ni recomendado en la escuela, son incapaces de sentarse en el suelo por no ensuciarse, ni de tocarse la cabeza por no estorbar su cabello, ni de limpiarse las narices (cuando el pañuelo les falta) por no hacerlo con el que ha usado alguno de sus compañeros; y en cambio la mayor parte gozan revolcándose, hacen alarde de ir despeinados, llevando el pelo sobre la cara ó poniéndolo herizado, y gozan cuando se limpian las narices con la manga de la chaqueta, ó cuando la suciedad empaña el cutis de su cara ó de sus manos.

Hay niños, en fin, que cuidan de sus vestidos, que desean ir curiosos y elegantes, que apetecen los premios, que gozan mucho con las caricias, que tratan de conservar su vida, que se engrién con sus triunfos escolares, y

que se avergüenzen de sus derrotas; pero, aun cuando de esto podría deducirse que tenían ese *amor moral* y puro de sí mismos, poseido por el hombre á consecuencia del racional conocimiento que ha adquirido sobre su naturaleza y su destino, no puede asegurarse tal idea, por dos razones: la primera, porque siendo todavía para la inteligencia infantil un misterio, tanto su existencia como el fin para que Dios nos ha colocado en el mundo, ni sabe lo que nos merecemos, ni lo que se merecen los demás; y la segunda, porque, viviendo durante la infancia una vida más corporal que espiritual, todo cuanto se hace en provecho propio reconoce por origen la pasión, y todo cuanto se sufre tiene su principio en una sensación materializada.

Nada diremos, en prueba de nuestro aserto, sobre los niños que desean ir siempre pulcros, pues ni lo desean por conservar su salud, ni por atraerse el aprecio de las personas que les rodean (objetos á que debe dirigirse en esta parte el verdadero amor propio) y sí solamente por que á su vista se presentan de tal manera más elegantes y seductores.

Nada diremos de los que desean obtener premios, y para ello trabajan con ahinco; pues ni los desean porque en su posesion ven la memoria de un buen acto, y el estímulo á otros más meritorios, ni en ellos saben distinguir sino un billete ú otro objeto cualquiera, que será de tanto más valor y tanto más apreciable para ellos, cuanto mayor y más bonito se les presenta ante sus ojos. Invertid el orden de mérito en los billetes; dad trozos de papel blanco para premiar las mejores acciones, y tarjetas doradas para premiar los actos sencillos, entonces vereis que, á pesar de que los primeros serian mas honrosos (apreciación que hace el que posee un verdadero amor propio), optarían nuestros discípulos por las segundas; prueba inequívoca de que al desear los premios lo hacen por su representación material ántes que por lo que moralmente representan.

Fijémonos tan solo en los niños que aparentan tener el

amor propio mas espiritualizado, digámoslo así, y aun en estos observaremos que no poseen mas que una propension á ser dignos y pandonorosos, *propension* que es preciso sostener y fomentar, para que se convierta en virtud habitual, y no produzca de consiguiente efectos tan pasajeros y fugaces como los que produce.

Si el amor propio que aparenta poseer el aplicado niño que durante épocas, temporadas y dias dados, se afana por alcanzar premios fuese tal, la aplicacion sería constante y natural, los méritos que dan derecho á la recompensa se contraerian sin afectada intencion, sin marcado deseo de conseguir el rédito del trabajo, y sin hacer ver como sacrificio lo que solamente el cumplimiento de un deber.

¿Pero se observa esto en los niños?

Todo lo contrario: algunos que durante un espacio de tiempo manifiestan una decidida actividad, véense, sin saber cómo, dominados por la pereza: la displicencia ha sustituido á la aplicacion, la holgazanería al trabajo, el quietismo al movimiento, el sueño á la atencion, y la indiferencia al decidido empeño que mostraban por el trabajo.

Los que son aplicados cuidan muy bien de que el maestro lo sepa para que los recompense: no le dicen que saben esto ó aquello, ni que han comprendido tal ó cual leccion, por lo satisfechos que deberian estar (si poseyesen verdadero amor propio) de haber enriquecido su inteligencia, no; se lo dicen porque les dé aquel premio, aquella estampa ó aquel billete en que pensaban únicamente al esforzarse con el objeto de aprender lo que ignoraban.

Y esta aplicacion y este deseo de saber, no es efecto del amor propio, sino efecto de calculados racionios cuyo interés se dirige á la obtencion de una cosa material: falta, pues, espiritualizar y ennoblecer esta propension, para que el sentimiento que la produce pueda titularse digno.

Lo mismo podemos decir respecto de esos niños que

aparentan ruborizarse al ser víctimas de un castigo cualquiera.

Si el rubor que manifiestan fuese tal; si sintiesen el valor moral del castigo que reciben, no volverían á incurrir inmediatamente, como casi siempre sucede, en la misma falta porque se les castiga; y cuando esto tuviese lugar, sería despues de haber transcurrido algunas horas ó algunos dias desde que fueron reprendidos.

No lo hemos observado así; antes al contrario, vemos que los niños amonestados ó castigados en atencion á su desobediencia y los que lo son por desatentos, por maltratar á sus compañeros, por dejar de concurrir voluntariamente á la escuela ó por otros motivos semejantes, aun cuando sientan, ya sincera ya hipócritamente, la gravedad de su culpa (que no siempre sucede) aquel sentimiento es tan duradero como el castigo que reciben, y aun, á veces, reinciden en la falta castigada ó proyectan otra de igual género mucho antes de extinguir la pena á que se les ha condenado en justicia.

Todo lo que hasta aquí hemos expuesto nos prueba que en los niños no existe el amor propio tal como este debe ser; que el verdadero sentimiento del honor, salvando muy raras excepciones, no le poseen tampoco, á no ser que quieran traducirse así esos impulsos coléricos que se observan en discípulos de *natural* irascible, y esa egoísta susceptibilidad de que dan pruebas evidentes los de propensiones orgullosas ó libertinas.

Pruébanos además lo hasta aquí expuesto, que los niños aman tan solo aquello que materialmente halaga á sus instintos, ó aquello que material y momentáneamente consideran como prueba de distincion entre sus compañeros; y que, aun cuando en algunos se observe un cariño desinteresado por lo bueno y una igual aversion hácia lo malo, tal cariño y tal aversion les impresionan de una manera tan fugaz y pasajera, y dejan sentirse en ellos de un modo tan instintivo, tan sin conocimiento, que bien

podemos afirmar con seguridad que, aun los hechos considerados como pruebas de la existencia del amor propio en los niños durante su infancia y parte de su niñez, no son sino señales de una propension que, bien fomentada y dirigida, ha de convertirse mas tarde en esa gran virtud que da al hombre pundonor y dignidad, nobleza y honradez, cualidades que elevan sus justos deseos, moderan sus egoistas inclinaciones, y le predisponen á vivir entre sus semejantes con gloria, si, pero sin desdoro ni mancilla.

No se crea, sin embargo, que la mencionada propension se observa en todos los niños; pues, además de los que no llegan á los cuatro ó cinco años por punto general, hay otros muchos que pasan de aquella edad y son *indiferentes* al bien y al mal, contándose tambien algunos que aparecen como *embrutecidos*; que no tienen otro deseo que el de alimentarse, que no apetecen otro bienestar mas que el descanso, que no gozan sino mientras comen, y que no ansian sino el que se los deje dormir y recostarse á sus anchas en cualquier sitio.

Encuéntanse estos niños entre los de temperamentos muy linfáticos; entre los que se han criado ó en casas de campo, ó en el seno de familias retiradas é ignorantes; y entre los que, sin reunir estas circunstancias, han pasado los primeros años de su vida sin más mundo que su casa, sin más placeres que el alimento y el sueño en abundancia, y sin más direccion ni ejemplo que la indiferencia y monótonas conversaciones de sus ineptos y toscos padres.

No por hallarse en tal estado los niños de quienes estamos ocupándonos se ha de deducir que su natural moral es malo; bajo sus vestidos desidiosamente colocados, bajo su epidermis ennegrecida y desaseada, y bajo su cráneo deforme, fuerte y duro, se abrigan, á veces, los gérmenes de un gran corazon y de una privilegiada inteligencia. Pero en la mirada de idiotas, en los ademanes bruscos,

en los incultos modales con que obran, en el habitual espanto con que suelen separarse de los demás, en la constante cortedad con que corresponden cuando se les pregunta, en la continua propension á ensimismarse, en la fervorosa éxtasis con que al parecer oyen lo que los maestros explican y los discípulos responden, sin que en realidad comprendan á unos ni á otros, en la sorprendente admiración con que van viendo y observando todo, como que todo se les presenta nuevo, en el gozo y apetito con que, sin cuidarse de otra cosa, devoran los alimentos, y en la lastimosa sencillez con que practican cuanto se les ordena sin parar mientes sobre la bondad ó malicia del mandato; se conoce que los niños á quienes aludimos son enteramente extranjeros del mundo social y moral, habiendo vivido hasta entonces casi exclusivamente con el cuerpo.

Los que, por el contrario, se manifiestan pudonorosos; los que, por alguno ó algunos de los hechos apuntados al hablar de la niñez en general, demuestran que abrigan propensiones á la dignidad y estimacion propias, y gérmenes de amor hácia lo bueno, de aborrecimiento hácia lo malo, queriendo cumplir estrictamente sus deberes, y mostrándose zelosos de sus derechos, presentan caracteres antitéticos de los que distinguen á los indiferentes.

Predominan en los niños pudonorosos los temperamentos nerviosos y sanguíneos; pertenecen la mayor parte, á las clases bien acomodadas de la sociedad (1), sin que esta

---

(1) No debe confundirse el pudonor con esa especie de orgulloso desprecio, esa natural insolencia, ese ingénito despotismo, esa descarada irrespetuosidad, y esa punible indiferencia con que los niños de muchas familias ricas se presentan en la escuela, tratan á sus compañeros, y miran todas las órdenes de los maestros; no debe confundirse con esa pueril vanidad, ni con ese caprichoso egoísmo, en virtud de los cuales creen que sus condiscípulos no son niños, y que sus maestros son sus ayos ó criados.

sola circunstancia sea motivo suficiente para que podamos asegurar el hecho, si los padres no saben guiar prudentemente los primeros impulsos morales de sus hijos: son muy cuidadosos, así de sus vestidos como de su limpieza corporal; arreglan su peinado; no permiten jamás llevar colocadas descuidadamente las prendas de vestir; nunca se entregan de buena voluntad á practicar juegos en los cuales ó hayan de ensuciarse, ó hayan de perder el carácter digno que les es propio; y llegan hasta no sentarse sobre el suelo jamás (1) si pueden evadir el mandato del maestro, estendiendo (cuando esto no les es posible) su pañuelo con ciertas precauciones que manifiestan, á la vez, un deseo complacer al que les ordena, y otro no menor de cumplir con lo que les prescriben sus instintos.

Una niña pundonorosa, que las hay mas que entre los niños, jamás se quita los alfileres, como hacen las que se precian poco; no gusta de las diversiones bulliciosas; arregla con especial cuidado su peinado, cuando por cualquier motivo se le desprende; sus posiciones, su modo de sentarse, sus maneras y su lenguaje, son rara vez inconvenientes; nunca se atará las medias ó zapatos en un sitio donde pueda ser observada por sus compañeros y compañeras; suele ser algo taciturna sin ser huraña, amable sin ser habladora ni servil; y aun cuando se vea incitada por otras, dificilmente toma parte en esos juegos turbulentos á que con facilidad se entregan las que, estimándose menos que ella, parecen niños en sus propensiones y costumbres.

El niño pundonoroso no ejerce nunca un papel ridículo en los juegos; la niña pundonorosa goza arreglando cocinitas, salas y muñecas más que con otra distraccion cualquiera: el primero observa con cierta especie de indiferencia ó de desprecio cuando sus compañeros se tiran por el suelo, se arrastran y se ensucian; la segunda se conduce

(1) Esto lo hacen algunos por temor al castigo de sus madres.

de sus compañeras al verlas mezclarse en los juegos de los niños, cosa que casi nunca hace, á no ser incitada por un ejemplo continuado, y aun entonces con mucho temor de ser vista y reprendida: aquel no gusta del bullicio de la calle y del recreo; esta se halla, por lo comun, sin ese implacable deseo de salir de casa antes de haber oido la hora prefijada para entrar en clase, deseo que domina á las niñas callejeras: el uno, en fin, se acalora, se inmuta y se confunda á la mas insignificante reprension (confusion patentizada, ó por aquel maquinal movimiento de los dedos, ó por aquella desintencionada manera de hacer gestos y contorsiones, ó por aquel nervioso temblor que se apodera del niño reprendido); al paso que la otra se avergüenza, palidece ó se sonroja, y hasta derrama lágrimas de pesar, cuando por cualquier concepto ve lastimado su amor propio ante la presencia de sus apreciables compañeras.

Nada de todo esto se observa en los niños indiferentes, y como distintos efectos deben ser producidos por diferentes causas, hemos deducido que el *natural moral* de aquella clase de discípulos no se encuentra en el mismo estado que el de los que se presentan con marcadas propensiones á la dignidad y estimacion propias.

Ahora bien: ¿seria prudente que el encargado de la educacion se condujera de una manera igual con ambas clases de discípulos? La negativa respuesta á esta pregunta se halla en la mente de todo el mundo.

Lo que á unos sacaria de ese estado indiferente en que tienen su moralidad, aclarando su juicio íntimo, excitando su sentimiento y suavizando sus costumbres, á otros serviria tan solo de aliciente para halagar sus instintos egoistas, para dar pábulo á la vanidad, á la susceptibilidad excesiva, al orgullo y á un sinnúmero de vicios que romperian los lazos fraternales con que mas tarde deberán hallarse unidos á sus semejantes.

Excitar á los indiferentes; sostener y contener á los

pundonorosos: hé aquí sintetizada la conducta del educador, conducta que ha de saber seguir con anhelo, fé y constancia; pues todo esto requiere la importante obra que tiene confiada, y sin lo cual seran inútiles sus trabajos, é ilusorias sus esperanzas.

La excitacion del amor propio en los niños indiferentes, debe simultanearse con hacerles comprender poco á poco lo que son.

De nada sirve que, cuando alguno, dominado por su natural negligencia, se presenta desaseado en la escuela, se le reprenda y se le mande lavar. De nada sirve que al observarle un dia y otro dia la misma falta se le reprenda en términos duros y despreciativos ante sus compañeros. De nada sirve, en fin, que, temiendo la ira del maestro, practique por fuerza ó miedo lo que debia hacer por placer y conviccion. Los educandos en quienes se pretenda grabar de tal manera la nocion de su dignidad y de lo que á si mismos deben estimarse, son siempre negligentes, y á su natural dejadez agregan el odio hácia lo mismo que se pretende hacerles amar.

De nada sirve que cuando un niño falta á las reglas de moralidad, como consecuencia de su natural ignorancia, se le castigue, se le reprenda bruscamente y se le aborchorne ante sus compañeros. De nada sirve que cuando hurte, por ejemplo, se le llame ladron; que cuando no se aplique, se le pongan letreros insultantes ó se le haga llevar ridículos objetos; que cuando, dominado por sus naturales instintos, maltrata sin conciencia á los demás, se le apellide con epitetos denigrantes y feos; de nada sirven, estos procedimientos que aplastan y confunden la ya amortiguada moralidad del educando; de nada sirven sino para conducirle al embrutecimiento; y no es este, por cierto, el fin que se ha de proponer el educador, tratándose de niños como los que nos ocupan.

Al contrario: debe ser amable y contemplativo para ellos hasta que llegue á inspirarles confianza; el cariño,

la amabilidad y los suaves y paternales razonamientos contribuyen mucho á ganar la voluntad de aquel á quien se dedican, y bien sabido es que cuando la voluntad se pone bajo la inmediata influencia del maestro, y este se presenta como perfecto tipo ante los discípulos, su conducta, sus modales, sus aspiraciones, sus creencias, sus sentimientos y sus costumbres se ven poco á poco reflejadas en el alma de los niños que le rodean.

Si uno es desaseado, cojedle cariñosamente, lavadle vosotros mismos ó acompañadle, al menos; y cuando se presente limpio ante los demas, acariciadle, decidle que de la manera que va entonces le quereis mucho, le quereis más que antes; y si á estas pruebas, si á estas elocuentes indicaciones de vuestro deseo, unis un ligero razonamiento á su alcance, razonamiento por medio del cual le hagais creer las ventajas higiénicas, morales y sociales de la limpieza, ó convencerse de los males que consigo lleva la dejadez y la desidia, estad seguros de que no se os presentará tan voluntariamente ni con tanta frecuencia desaseado aquel discípulo; pues las palabras sencillas y amistosas impresionan á su razon y á su sentimiento, la conducta paternal de su maestro es por él apreciada, y los halagos buscados con afan.

Si otro se muestra insensible á la desgracia de los que le rodean, ó si, llevado por un irresistible deseo de satisfacer sus materiales apetitos, coje ignorantemente aquello que desea y se apropia del mismo modo aquello que le place, no os desateis en improperios y amenazas que, ademas de ser injustas, provocan unas veces la malevolencia de los discípulos, y excitan otras la curiosidad y el ánimo hácia lo mismo que, para ellos, infundadamente se les prohíbe.

¿Queréis en estos casos dar vida al sentimiento moral? Pues cojed vuestros educandos con aire cariñoso; ponedles inmediatos al que de su ayuda puede necesitar; prestad vuestros servicios á este; haced que os observen, y cuando esto hayais conseguido, implorad su coadyuvacion

con un «toma, hijo mio, que no puedo yo solo hacer lo que este pobrecito necesita.» Muchísimas veces hemos procedido así, esplicando al propio tiempo los motivos de nuestra conducta, y hemos conseguido siempre, con tiempo y decidido empeño, avivar en los discípulos el sentimiento de lo que deben á sus semejantes, y darles á comprender tambien lo que de estos y de si mismos merce su propia personalidad. convencimiento adquirido de un modo indirecto; pues, aunque de raciocinio débil, sus instintos innatos les llevan á pensar de esta manera: «*si yo cuido á ese niño, tambien merezco ser cuidado.*»

Merced á una deducción semejante, y que, como la anterior, se asienta sobre los principios del derecho natural, se logra que los niños llegen á convencerse de que los intereses morales y materiales de los otros merecen su respeto; y, como consecuencia precisa, que los suyos propios han de respetarse tambien.

La infancia se presenta con frecuencia indiferente al mal ajeno; pero muy raras veces posee ese indiferentismo para consigo misma, y mucho menos tratándose de sus intereses materiales.

Partiendo de este principio, cierto porque la experiencia lo manifiesta, cuando algun educando ha faltado al respeto de lo ajeno, como consecuencia de lo poco ó nada en que estimaba su propia dignidad, hemos querido hacer con él lo que él habia hecho con los otros: hemos tratado de despojarle de lo que mas apreciaba, si habia hurtado algo; hemos tratado de hacerle sentir lo que él habia hecho sentir á los demas; y al verse despojado, ó injustamente corregido y expuesto al sufrimiento, pocas veces ha deado de producirse en él un amargo llanto, prueba inequívoca de que conoce que se le falta, convencido de lo cual, no es difícil hacerle comprender tambien su punible modo de obrar. «*¿No quíeres esto para ti? se le dice, pues tampoco lo debes querer para los otros. No hagas á nadie lo que no quieras que se te haga.*» No hurtes, si no quieres ser

despojado de lo que tienes: no hagas daño, si no quieres que se te haga; y otra infinidad de consecuencias de moral práctica, que, unidas á las ideas religiosas que se vayan inculcando paulatina y oportunamente, escitaran el amor propio del individuo, por la razon de que todo *deber* á que se le quiere sugetar, lleva consigo la nocion de un *derecho*, que, cumpliendo aquel, se desea ver cumplido.

Todos estos principios se observan, no obstante, como innatos en cierta clase de niños, para quienes, una conducta semejante á la que acabamos de exponer, seria motivo de vicios mucho mas peligrosos que el indiferentismo: nos referimos á los alumnos pundonorosos, cuyos caracteres hemos descrito ya.

Sostener sin reprimir, y alentar sin dar vida á la extrema suceptibilidad ó á vanas pretensiones, es el deber de los maestros con esta clase de discípulos.

Guardaos muy mucho de halagar demasiado sus nobles inclinaciones; no seais pródigos en alabanzas para con ellos; no convirtais en una obligacion ineludible el premiar sus buenos actos tantas veces como los ejecuten; y no los mostreis, por mas que lo merezcan, como tipos de bondad, de despejo, y de aplicacion ante sus compañeros ó ante las personas que visiten vuestras escuelas.

Los niños con quienes se procede de un modo semejante, no tardan á engreirse, á enorgullecerse, y á considerarse como necesarios.

Cada triunfo que el maestro consigue, ó al verificar un exámen, ó al ser entendido en una de sus esplicaciones, es para ellos tambien otro triunfo; por que, en vez de decir *«qué bien me enseña el señor Maestro, dice cada cual «cuanto y qué bien he aprendido esto!»*

Una ligera falta en cualquiera de sus compañeros es para los niños de quienes nos ocupamos un motivo de burla sarcática y de escarnio...

Pronto consideran como de pertenencia suya é indisputable los puestos honoríficos; desprecian á los demas; *sa-*

*ben mas que este y aquel otro*; todos son ignorantes para ellos; ninguno sino ellos merece los premios que se distribuyen; y las caricias, los halagos y las alabanzas no son sino otros tantos merecimientos, cuya falta se esplican por la más grave injusticia solamente.

Y como hasta el mejor niño, con más frecuencia que el mejor hombre, falta á sus deberes é incurre, por lo tanto, en la pena á que se hace acreedor ante la justa é imparcial conducta que ha de observar todo maestro; cuando en cumplimiento de su sagrada obligacion quiere este castigar á aquel, entonces el cariño que aparentaba tenerle se trueca en rencoroso odio; la dignidad, en insolencia; la consideracion, en colérico desprecio; y el amor propio, en verdadero orgullo.

Hé aquí las consecuencias de un imprudente modo de proceder con los niños pundonorosos, consecuencias que no pueden ser más naturales; puesto que asi como del amor propio á la dejadez se va dando un paso hácia atrás, para llegar de aquel á la vanidad y al orgullo, solo es necesario dar un paso hácia delante.

Mimad, pues, á vuestros discípulos pundonorosos; pero no convirtais en obligacion vuestras caricias: ensalza sus buenas disposiciones; pero no los consideréis nunca como una especialidad entre todos: premiad su buen comportamiento; pero no los acostumbreis á que sean ellos los únicos acreedores á vuestras recompensas: apreciad sus buenas inclinaciones; pero no dejéis que se figuren que *al cumplir con sus deberes hacen algo especial*.

Una sonrisa, un beso, una espresion cariñosa, y otros premios morales semejantes deben sustituir en la mayoría de los casos á los ascensos, billetes y otras pruebas que, como estas, halagan demasiado la imprudente dignidad de la niñez; y aun cuando aquellas muestras de vuestro contento sean dirigidas á los alumnos de que hablamos, es bueno que á un mismo tiempo sean partícipes de ellas otros niños, para que no crean los primeros que á ellos

exclusivamente pertenecen, y que ellos tan solo han contraído méritos para obtenerlas.

Resumiendo: al tiempo de excitar y dirigir el amor propio, es necesario evitar dos extremos igualmente funestos, la dejadez ó negligencia, y el egoismo, en la acepcion de vanidad y orgullo.

Para esto es preciso tener presenta, 1.º El estado moral del niño, 2.º las causas de este mismo estado; 3.º su edad y las condiciones de su familia, y 4.º la conducta que observe y la variacion notada en ella desde que se encuentra bajo la inmediata direccion del maestro.

Alentad á los indiferentes; reprimid á los casquivanos; sed constantes en mejorar la condicion de todos; sufrid sin desesperacion á aquellos en cuyos hogares se fomentan los instintos viciosos que presentan; no humilleis á los pundorosos, no desprecieis á los indiferentes, y nunca dejeis pasar, sin aprovecharla, ocasion alguna, bajo el frívolo pretesto de que ya se corregirán vuestros discípulos.

## LECCION XI.

### Amor al prójimo.

*Sumario.*—Qué es el amor al prójimo.—De cuántas maneras puede ser este amor.—En qué principios se halla basado el amor al prójimo.—Medios de hacer ver estos principios.—¿Ama el niño á sus semejantes?—¿De cuántas maneras puede hacerlo?—¿Qué debe hacer el maestro para escitar entre sus discípulos un cariño mutuo?—Reglas de conducta que es preciso tener presentes para sembrar en el ánimo de los niños el amor que unos á otros se merecen.—Esplicanse aquellas reglas ó preceptos.

Amar al prójimo, no es sentir para con los demas iguales simpatías é igual aprecio que podemos sentir para con nosotros.

Si cada cual tuviese una nocion exacta de lo que á si mismo se debe, y cumpliese siempre este deber, podríamos decir que amar al prójimo era portarse con él del mismo modo que nos conducíamos con nosotros.

Hay, sin embargo, hombres cuyas inclinaciones se hallan bastardeadas y cuyos sentimientos se encuentran prostituidos, y como para esta clase de seres es, á veces, bueno lo reprobable, y malo aquello que en realidad merece elogio; ni han de encontrar conforme la virtud en sus semejantes, ni ha de parecerles vituperable un comportamiento que se halle en consonancia con sus falsas creencias y sus pecaminosas propensiones.

Amar al prójimo es cumplir siempre los deberes fraternales que con él nos unen, y procurar siempre por que cumpla tambien los que tiene para con Dios, para consigo mismo y para con nosotros.

Amar al prójimo es, en una palabra, amarle; y no le ama real y verdaderamente quien tan solo procura evitar el mal que podria causarle por si mismo.

Un hombre que se contenta con no matar ni robar, pero que le es indiferente esta conducta en otros á quienes podria corregir, no ama á su prójimo.

Un hombre que, al ver mal tratados á sus semejantes no procura sembrar la paz y la concordia, para hacer desaparecer las rivalidades de aquellos, poco se interesa en la suerte de los demas.

Un hombre, en fin, que, pudiendo contribuir á que la humanidad pervertida y la justicia ultrajada recobren el carácter que las ennoblece, se muestra apático con ellas y no vuelve por la honra de tan venerandos objetos, no ama á la humanidad, y tampoco, por consiguiente á sus semejantes.

Pero el amor al prójimo, como el amor á Dios, puede reconocer dos distintas causas.

Efecto puede ser del convencimiento de que todos los hombres somos hermanos, de que todos tenemos unos mismos derechos y unos mismos deberes, de que todos recibimos la misma existencia é idénticos cuidados del Padre Universal, y de que mereciéndole todos igual cariño, todos somos iguales por naturaleza.

Efecto puede ser tambien de un cálculo egoista á cuya influencia tratemos de hacer aumentar nuestros intereses materiales y morales; pues bien se sabe que la caridad para con el prójimo puede ser pura y cristiana virtud, y tambien un medio de merecerse, el que sin intencion católica la practique, la benevolencia ó el favor de los que le rodean.

Una virtud hipócrita como esta, es un vicio sincero; por esto distinguiremos el amor al prójimo, en verdadero y falso, ó lo que es lo mismo, en espiritual é interesado, en caritativo y comercial.

Segun lo que acabamos de manifestar, esta segunda clase de amor, aun cuando parezca á primera vista que echa un denso velo para que la Sociedad deje de observar esa horripilante desunion, y ese inconcebible antagonismo que pulveriza y destruye los vínculos que unen entre sí á los individuos que la constituyen, antes que un verdadero amor, es un verdadero egoismo que corrohe poco á poco los cimientos de la caridad, de esa caridad que nos enseñaba el Divino Maestro; de esa caridad que, segun sus evangélicas palabras no debe practicarse con otro objeto que hacer el bien; de esa caridad, en fin, con que debemos amarnos unos á otros *porque todos somos hijos de un mismo padre.*

El amor al prójimo, debe basarse, pues, en este santo principio; pues el amor al prójimo basado en el interés personal, mas que caridad es egoismo.

«*Todos somos hijos de Dios: todos somos hermanos;*» y así como los que en sociedad se conocen con este dulce título, así debemos querernos los que cuanto tenemos, cuanto valemos y cuanto esperamos, de Dios lo recibimos, y de Dios lo hemos de recibir.

¿Es difícil hacer comprender que Dios es padre de todos? No.

¿Es difícil hacer comprender que todos somos hermanos? Tampoco.

Pues si estas ideas se pueden hacer comprender á la niñez, estas ideas deben formar la base donde se apoyen todos los razonamientos y consejos que salgan de los labios del educador para infiltrar en el ánimo de sus educandos el cariño que deben á los demás seres de su clase.

Favorecer para que nos favorezcan, amar para que nos amen, servir para que nos sirvan, y cuidar de los demás para que nos cuiden, ni es cuidar, ni servir, ni amar, ni favorecer; es buscar para nosotros estos beneficios, y por tanto negociar nuestra propia conveniencia.

Al contrario: querer, amar, favorecer y servir, porque así se debe hacer y porque, en consonancia de tal deber natural, así lo manda Dios en su santa ley cuando dice *amarás al prójimo como á tí mismo*, este es el amor que debe unir á los hombres, convirtiéndolos en una innumerable familia cuyos individuos somos todos, cuyo padre es Dios y cuyo vínculo no puede ser otro que el cariño más puro y sincero.

Y cómo hacer comprender á los niños de corta edad la idea de la familia universal.

Partiendo de la que ellos conocen, se les hace pensar en que *llaman hermanos á aquellos niños que tienen un mismo padre* (1). Con lenguaje tan sencillo como comprensible *se les explicarán algunos motivos por los cuales llaman padre á la persona que conocen con esta, para ellos, amante denominación* (2). Y si llaman padre á quien les cuida, vistiéndoles, alimentándoles y preservándoles del mal, con mayor razon *deberán llamar padre á AQUEL que dá á todos el alimento, á AQUEL que de todos cuida, á AQUEL cuya solicitud se extiende á todos*.

---

(1) En la conciencia de todos los niños está la idea de que sus padres son sus padres; pero no saben dar la razon de por qué les llaman padres; y esto mismo sucede respecto á los hermanos, á quienes llaman tales, *porque sí*.

(2) Cuide el profesor de decir nada sobre la generacion de los hijos: ideas son estas muy delicadas, para proferidas antes de tiempo. Además, que un niño conoce á su padre por los favores y cuidados que le dispensa, y nunca por que lo ha enjendrado.

Una vez convencidos de que Dios es padre de todos, así como el que cada cual de ellos conoce lo es de los hermanos que pueda tener en su compañía, convienen en que *todos tenemos dos padres, uno en casa y otro que se halla en todo el mundo*; de cuyas premisas es sumamente fácil deducir que *todos somos hermanos*, por que *todos tenemos un mismo padre*.

Llevando poco á poco de estas verdades el convencimiento al ánimo de los niños, asentamos las bases, los cimientos sobre que hemos de levantar el magnífico edificio de la caridad, virtud sublime que une la criatura con su criador por un lado, y con sus semejantes por otro; virtud que, cuando tal nombre merece, anega las almas con raudales de nobleza, de generosidad, de sentimiento y de heroísmo; y virtud, en fin, que dispone al individuo para amar á Dios, para amarse á sí mismo, y para amar á sus semejantes como hermanos.

Aclarado el sentido en que debe tomarse la idea *caridad*, nos ocurre preguntar: ¿existe en los niños esta virtud? ¿Pueden comprenderla en su verdadera acepción? ¿Hay en ellos las suficientes predisposiciones á practicarla?

Ya dijimos en una de nuestras lecciones anteriores, que durante los primeros años no tenia el hombre verdaderas virtudes, ni verdaderos vicios; que solo existian propensiones mas ó menos laudables, mas ó menos pecaminosas, y que necesariamente habia de suceder esto, dadas las circunstancias que concurrían en aquel.

Cierto es todo esto en tésis general, y mucho más todavía, respecto de las virtudes que practica en algunas ocasiones; pues tenemos para nosotros que, salvando raros ejemplos, si el niño hace el bien, es, ó instigado por un ejemplo continuado que mueve su voluntad casi de una manera para él desconocida, ó incitado por el deseo de sentir alguna satisfaccion; y si el mal practica en perjuicio de sus semejantes ó de sí mismo es ó por falta de re-

flexion ó por satisfacer algun apetito que le dominará sobreponiéndose á la fuerza de su razon amortiguada.

El niño, por ejemplo, da á un pobre lo que él está comiendo, si conoce que con aquello va á conseguir que se le premie ó que se le halague con frases lisonjeras; pero ¿dará *voluntariamente* ni la mitad siquiera teniendo hambre? La observacion responde á esta pregunta de una manera negativa. Un niño observa con lástima y verdadera compasion al que por faltar á sus deberes sufre un castigo en la escuela: esto parece denotar que le ama; pero ¿siente del mismo modo cuando él ha sido el ofendido? Pocas veces deja de alegrarse al ver castigado á aquel por quien fué maltratado.

No sucederia todo esto, si el niño tuviese una nocion exacta y clara de lo que sus hermanos se merecen; y la negacion de este principio, que lleva consigo la afirmacion de que los niños no poseen un verdadero amor á los demás, se demuestra con solo observar el natural coquetismo de la infancia que así ama, desea y apetece, como aborrece, desprecia y se muestra indiferente.

¡Mirad esas criaturas que, al ver contrariado algun capricho, increpan á sus mismos padres con la significativa expresion de «*ya no te quiero!*»

Si existe, pues, en los niños cariño hácia sus semejantes es, casi siempre, mientras la práctica de las virtudes que de aquel sentimiento se derivan, no contrarian los placeres del egoismo, y mientras sean consecuencia de algun favor que se haya recibido ó de algunas probabilidades de recibirlo; circunstancias que hacen del amor infantil un amor carnal.

El hombre puede amar á otro por los vínculos morales que le unan, y por los obsequios de que le sea deudor ó por la esperanza de conseguirlos.

De estos dos últimos modos puede tambien el niño amar, aunque si le observamos atentamente, llegaremos á convencernos de que durante sus primeros años el amor que

suele manifestar es muchas veces gratitud pasajera, y no pocas un mero capricho tan variable é informal como sus pueriles propósitos.

Pero si es cierto que el amor espiritual hácia sus semejantes no existe en el hombre durante el período de su infancia, ni aun, con mucha frecuencia, en el de su niñez; si es cierto que ha de procurarse desterrar de su ánimo toda idea que pueda conducirle á la posesion de un amor basado en el interés propio; tambien lo es que en muchos casos se hace de todo punto imprescindible dar comienzo á su educacion en esta parte, imbuyéndole la necesidad y aun la conveniencia de que se conduzca de un modo fraternal en el trato de sus semejantes, por conveniencia propia.

Las niñas, por regla general, no necesitan tanto estímulo para mostrarse amable con sus compañeras: su pusilanimidad, su sencillez, su mayor dosis de sentimiento y menor inteligencia, las tienen predispuestas á amar á sus semejantes con más facilidad, y de una manera más desinteresada y fácil que en los niños.

Rara vez hemos tenido necesidad de mandar á ninguna, que compusiera el tocado y el vestido de alguna de sus compañeras cuando esto se hacia preciso; pero pocas veces, en cambio, hemos visto los niños entregados á aquel servicio, sin habérseles mandado antes ó sin haberles ofrecido de antemano alguna recompensa moral ó material.

Si, pues, los niños no se aman verdaderamente; si el cariño que á veces creemos observar en ellos rara vez es cariño; ¿qué hacer para que vaya hechando raíces ese amor que deben á sus prójimos?

Costumbres prácticas hemos de establecer, defectos hemos de evitar, y principios morales hemos de difundir; pues para que los niños no crezcan animándose en una atmósfera de peligrosas rivalidades, que así pueden traerlas ya á la escuela como crearse en la escuela mis-

ma , conviene observar otras reglas de conducta , cuya exposicion dejaríamos para más adelante.

De nada serviría al objeto que nos ocupa el establecer *forzosamente* hábitos de fraternidad entre los educandos, los cuales dejarían de practicarlos tan pronto como cesara la coaccion que torciera los impulsos de su voluntad.

De nada serviría tampoco querer grabar en sus tiernas inteligencias los principios religiosos que sirven de base á la caridad para con el prójimo, si á la doctrina no acompañase la costumbre voluntaria , y á ambas cosas el ejemplo vivo del educador, su celo paternal , y su constante y verdadera mision cristiana.

Si un dia hablais á vuestros discípulos de los vínculos con que á los demás están unidos , y si hasta sin que tales lecciones sean oportunas, descuidais la práctica de las virtudes de ellas emanadas; si tratáis de que, obedeciendo vuestros mandatos absolutos y hasta expresados con ese tono imperante y decidido que amedrenta , cumplan los niños sus deberes fraternales; y, sobre todo, si quereis que vuestros discípulos pratiquen la caridad y sois vosotros los primeros en tratarlos con dureza, en hacer distinciones injustas, en despreciar á los pobres é ignorantes, en consideraros rebajados al ataviar los descompuestos vestidos de alguno, y en daros *vergüenza* de cojer en vuestros brazos , mimar y cuidar al enfermo ó al que por cualquier concepto esté reclamando vuestro auxilio; nunca lograréis asentar sobre bases sólidas el amor al prójimo, y nunca conseguireis mas que un sentimiento farisaico y una virtud hipócrita, bajo cuyo velo de bondad se encuentra ó el vacío ó el odio mas refinado y peligroso.

Para sembrar en los niños el amor al prójimo se hace preciso , 1.º Conservar las buenas inclinaciones que presenten; 2.º Aprovechar las ocasiones en que los educandos ó los educadores practiquen algun acto caritativo para infundir en el ánimo de los primeros las verda-

des religiosas y morales de que dimana el amor á nuestro prójimo; 3.º Escitar la práctica del bien sin coartar la voluntad, á fin de que no se tome como sacrificio lo que es cumplir un deber natural; 4.º Hacer de modo que los niños no vean practicar jamás cosas contrarias á las que prescribe el amor que deben á sus semejantes, sin reprobarlas cuando sean inevitables; y 5.º Alentar á los educandos á la práctica del bien comun, haciendo que se extasien al oír narrar actos generosos, nobles y de verdadera humanidad.

Como comprendémos, sin embargo, que la lectura de todos estos principios seria unas veces inútil, y otras veces insuficiente para que muchos de nuestros lectores se condujera con prudencia sobre el particular desde el momento en que comenzasen sus trabajos, si no con la estension que desearíamos, procuraremos aclarar, un tanto al menos, aquellas reglas de conducta, hablando sobre los hechos á que cada uno hace referencia.

#### CONSERVAR LAS BUENAS INCLINACIONES QUE PRESENTEN. —

Hay algunos niños, y en mayor número algunas niñas, que ó instintivamente, ó acostumbradas á observar los actos de padres virtuosos, no pueden ver indiferentemente á sus compañeros llorando, enfermos, desnudos, hambrientos, y, en una palabra, necesitados.

En virtud de ese sentimiento caritativo, acarician maternalmente al que llora, cuidan con cariño al que sufre alguna indisposicion, arreglan con celo los vestidos ó el calzado de los que los llevan desprendidos, dan con generosidad la parte ó el todo de su alimento por saciar otra necesidad que consideran mayor, se ofrecen á acompañar otros niños mas pequeños á todos los sitios en donde creen ventajosa una fraternal ayuda, jamás se vuelven contra quienes les causa algun mal ó disgusto, y, obran siem-

pre , en fin , como si en sus tiernos corazones existiera la caridad evangélica , y como si en sus pechos estuviese ya grabada la idea de la fraternidad universal.

Tales hechos, que, por regla general (1), son una prueba evidente de que los niños que los practican se hallan muy predispuestos á amar sinceramente á sus semejantes, no siempre suelen apreciarse de una misma manera por los educadores. Padres hay que al ver que sus hijos lloran á consecuencia del mal trato recibido de otros niños, inculcan en los suyos la idea de la venganza y del estermio con espresiones que jamás debian salir de los lábios de cristiano alguno, y mucho menos de los de aquel que á tan hermoso título agregase el tierno y cariñoso nombre de padre. Los hay que prohiben á sus hijos el distribuir el pan entre sus compañeros, y el juntarse con otros niños pertenecientes á tal ó cual familia, á tal ó cual clase de la sociedad; y los hay tambien, que cuando sus hijos reciben daño casualmente, ya por efecto de una caída, ya á consecuencia de un golpe cualquiera, escitan los instintos de venganza hasta contra los seres inanimados (2).

Esta conducta, no ya deja de conservar los buenos instintos que pueden existir en el niño, sino que sirve para enseñar directamente el vicio de la venganza, y el del odio para con los demás.

Hay, por otra parte, maestros que, ó sea desconociendo la gravedad del mal que causan con su modo de proceder, ó sea no pudiendo dominar los efectos de un pasajero mal humor, ó sea queriendo mostrarse sobradamente rígidos en materia de orden y disciplina escolares, no permiten que sus discípulos abandonen el lugar ni aun

---

(1) Decimos por regla general, pues hay casos en que la poca prudencia del educador, convierte á este en *comprador* de virtudes, y la mayor parte de los hechos apuntados son efecto de una refinada hipocresía que hace, aun de los niños de menor edad, unos verdaderos comerciantes de sus actos.

(2) No habrán dejado de observar nuestros lectores cómo los padres, haciendo que sus pequeñuelos les escupan en la mano, golpean el objeto ó sitio donde estos han recibido algun daño.

la posicion que ocupan aun con el laudable objeto de atender á las necesidades de los demás niños que se hallan á su lado ; y á tal punto llega la ceguedad y desatino de algunos educadores, que no faltan quienes hasta castigan como á desobediencia ó falta de respeto, lo que debia de merecerles una prueba de deferencia y de cariño.

Inútil será que digamos cuán imprudentemente obran los padres y maestros que se conducen de un modo semejante ; inútil, que digamos cuán poco conviene tal manera de proceder para la conservacion de los instintos fraternales entre los niños, é inútil, en fin, el encarecer la conveniencia, no solo de que se abstengan de seguir tan punible conducta, sino de que, por el contrario, se hallen siempre dispuestos á aplaudir y fomentar la caridad cristiana cuya existencia en los corazones infantiles se manifiesta por los actos de que hemos hecho mérito, y otros muchos que podríamos citar.

**APROVECHAR LAS OCASIONES.**—Sucede con frecuencia que al tiempo de dar consejos á los educandos sobre el amor que deben á sus semejantes, ó se les habla en términos incomprensibles y estilo impropio de la infancia, ó se les aconseja sobre hechos que ni practican ni están en disposicion de practicar aun, ó se les alecciona cuando no hay motivo suficiente para ello.

Fáltase con esto á la *propiedad* de las lecciones en unos casos y á la *oportunidad* en todos ; y claro está que cuando las correcciones se hacen fuera de tiempo son empalagosas y mal oidas, y cuando se corrigen hechos desconocidos, se hacen aquellas, sobre incomprensibles ineficaces.

En cambio, sucede otras veces que por los mismos discípulos se practican actos que dan lugar á la alabanza ó á la reprobacion, y sin embargo se dejan pasar desapercibidos con mengua de la educacion y pérdida de las virtudes.

Cuando un niño practica con alguno de sus compañeros un acto caritativo; cuando le dé su alimento, se ponga á su servicio ó le prodigue sus cuidados; cuando falte á los preceptos de la caridad, ya maltratando á otro con arañadas, mordiscos ó empujones, ya mostrándose indiferente con los que caen, con los que se hacen daño ó con los que se hallan afligidos; y cuando el maestro se ve obligado á hacer lo que sus discípulos no hacen por indiferencia ó por falta de buena voluntad, como sucede muchas veces; entonces debe procurar corregirse la falta ó alentarse la practica de los buenos actos, sin reparar el sitio ú ocasion en que se verifica el hecho que dá lugar á aleccionar los niños. Sea en la sala de clases, sea en el recreo, ora en el comedor, ora en el patio, allí donde los niños se hagan dignos de reprobacion ó de alabanza, allí debe el maestro escitar la atencion de sus discípulos para aleccionarles en la práctica del amor que deben á sus compañeros; pues de lo contrario creen que la moralidad sobre este asunto es una *moralidad digna de ser sabida solamente* y que no interesa más que en ciertos y determinados casos.

Aquellas máximas de *haz á otro lo que quieras que hagan contigo, y no hagas á otro lo que no quieras para ti*, es preciso tratar de grabarlas en el ánimo de los niños cuando los hechos hagan oportuno el hablar de ellas; pues de no hacerse así, pierden la mayor parte de esa importancia y eficacia que les dá la práctica de la virtud, ya sea por los niños, ya sea tambien por los educadores.

**EXCITAR LA PRACTICA ANTES DEL BIEN.**—Hay muchos niños que se muestran indiferentes á las necesidades de sus compañeros, así es que ni son capaces de condolerse de la miseria de estos, ni de sus enfermedades, ni de sus sufrimientos, ni de sus lamentos, ni mucho menos se con-

vidan á servirles cuando de su ayuda necesitan.

Hacer que tal clase de niños ejecuten lo que deben ejecutar en virtud de un mandato imperante, hacer que practiquen el bien á viva fuerza, y obligarles al cumplimiento de sus obligaciones fraternales, á impulso de una remuneracion que pongan á precio sus buenos actos, es coartar su voluntad unas veces, y alentar otras en ellos un positivismo de infaustas consecuencias para su porvenir moral.

Quando de educandos indiferentes se trata, es preciso que el maestro sirva de constante y poderoso ejemplo á las acciones que desee ver practicar á aquellos.

Si se observa que un niño lleva el calzado desatado, ó mal colocados los vestidos; si se ve que un niño padece sed ó hambre; si hay quien sufra algun padecimiento ó malestar; si entre los discípulos se cae alguno ó se hace daño; si existe, en fin, quien necesita los cuidados de los demás, sean los educadores los primeros en humillarse, en prestarse generosos á satisfacer las justas exigencias del niño, haga el maestro por que sus discípulosle observen, procure aparentar un verdadero gozo al dedicarse á hacer el bien, que muy pronto tendrá mudos observadores de su conducta que querrán imitarle, y que á una sencilla invitacion accederán gustosos á cuanto sea preciso ejecutar en bien de los demás.

Un niño lleva, por ejemplo desarreglados sus vestidos; el maestro le coje cariñosamente y le coloca en un sitio donde los otros niños pueden observarle (1); suspende los juegos ó las lecciones para que la atencion de la escuela toda se fije en el que va á ser auxiliado; comienza el profesor á hacer lo que desea que hagan sus discípulos; fijanse en aquel las miradas de estos; y en tal caso, no se necesita mas que *aparentar deseo de ser ayudado*, para que los ni-

(1) Quando la decencia se oponga á esto, debe prescindirse de ello y coartarse al alumno en sitio retirado, sin dejar por ello de escitar el buen comportamiento de los demás.

ños hasta se disputen la preferencia en hacer lo que de un modo indirecto se les ordenaba.

Si al deseo que hemos citado no acceden los educandos, suceso probable cuando temen faltar á la disciplina, cuando tienen desconfianza en el maestro, y cuando ignoran por completo la bondad de los hechos á que nos referimos, pídase por favor el concurso de los niños, pídase con cariño, pídase con confianza, y estamos seguros de que no tan solo se prestarán gustosos á tomar parte en la ejecucion del bien, sino que despues de hecho todo esto por algunas veces, no habrá en las escuelas necesidad alguna que deje de ser atendida espontánea y generosamente. Procédase en el hogar doméstico de una manera semejante, y la infancia irá creciendo alentada por el amor fraternal á sus semejantes, origen de muchísimas virtudes, y muro ante el cual se estrellan un sin número de vicios.

Obrando de otro modo, es decir, haciendo que los niños practiquen *forzosamente* el bien, como sucede cuando los padres y los maestros, unas veces dominados por un capricho, otras por un loco deseo de hacerse obedecer y respetar, y no pocas por un imprudente mal humor, mandan con altivez y pronuncian frases imperantes, avasalladoras y hasta de mal tono, entonces el niño se resentido, se atemoriza ó se enciende en cólera, y aunque acceda á los deseos de quien así le ordena lo hace para evitar el castigo que le amenaza, nunca para practicar una virtud que debia escitar en su pecho una fruicion santa, y siempre para sentir cierta odiosidad hacia el demandante, hacia la accion que se demanda y hacia el ser á cuyo favorecimiento se le inclina. (Léase lo que respecto á este asunto decimos en la leccion VI de esta misma parte.)

No menos desventajosa é imprudente es esa tan generalizada costumbre de remunerar desde luego la práctica del bien al prójimo, y de escitar á practicarle con promesas que crean en los niños esos caracteres positivistas y utilitarios que tan abiertamente se oponen á lo que debe

practicar un individuo de cristianos sentimientos y que tenga arraigada en su pecho la verdadera caridad católica.

¿Creeis que cuando un maestro y un padre de familia dicen á sus educandos «*el que cuide de hacer este ó el otro favor recibirá tal ó cual premio*», y los que acostumbran á remunerar con igual satisfaccion *todos* los actos caritativos tan pronto como tienen lugar, ¿creeis que logran grabar en la niñez el sentimiento del amor que al prógimo se debe?

Fijaos en los sucesos vulgares de la familia y de la escuela; estudiad esos hechos sobre los cuales muy pocos se han parado á reflexionar, y con vuestro estudio y reflexion deduciréis cuán ciertas son las verdades que vamos exponiendo.

Un padre de familia ofrece algun juguete ó algun premio al hijo que, por ser de mas edad, cuida bien de un hermanito menor que él. Acepta gustoso y hasta con muestras de júbilo el primero el encargo que se le hace, cuida de su hermano, le contempla, le halaga, y le prodiga todo género de manifestaciones cariñosas; pero apenas ha cumplido con su encargo, ¿cuál es la primera expresion que pronuncia? Aquella por la que demanda con insistencia y exige hasta con cierto tono de autoridad el premio que se le ofreciera de antemano, ese premio cuya influencia movia su voluntad, ese premio cuya idea no le ha abandonado ni un momento.

¿Ha practicado tal niño el bien por el amor que debe á su hermanito? Lo ha practicado por el premio, lo ha practicado *vendiendo* favor, lo ha practicado, en fin, por el interés que se le ofrecia, y por el objeto á que aspiraba.

Dejad, si no, de cumplir vuestra promesa, y no solo se arrepentirá de haber accedido á los deseos de su padre si que no accederá en otras ocasiones en tanto que no se le remuneren y satisfagan de antemano sus servicios.

Hubiérase el padre conducido de otro modo, y aunque de cierto no hubiese conseguido inclinar tan pronto la voluntad de su hijo de seguro que hubiera, en cambio,

conseguido sembrar en el tierno corazón de este un mejor entendido amor fraternal.

Y si de la observación de la familia pasamos á la observación de la escuela, tendremos que anotar hechos semejantes. El maestro que ofrece billetes de premio á todos los discípulos que se distinguen en practicar el bien con sus compañeros nunca llegará á inspirarles el amor que deben á su prójimo.

Pudiéramos citar muchos sucesos que nos han probado cuán equivocadamente piensan aquellos que creen escitar el amor á la virtud á cambio de remuneraciones de antemano ofrecidas á los niños; pero para que los maestros se convenzan de los inconvenientes que tal modo de proceder lleva consigo les diremos: que virtudes practicadas para conseguir una recompensa material, solo duran en los niños el tiempo durante el cual se distribuye aquella; que hemos tenido discípulos que han desatado *ellos mismos* el calzado de sus compañeros tan solo por colocarse ante nuestra presencia *á hacer lo que ellos habian desecho*; que *los hemos visto causar daño, para aspirar á premios ofrecidos cuidando de los compañeros por ellos mismos maltratados*, y que hasta *los hemos visto hurtar á sus condiscípulos objetos diferentes, para devolver á vista de todos lo robado*, so pretexto de que habia sido un hallazgo, ó de que querian satisfacer una necesidad (si era alimento), y lograr de tal manera la recompensa ofrecida al que practicase el bien con sus semejantes.

A tal extremo conduce una emulación imprudentemente excitada. Prémiese la virtud, enhorabuena; pero nunca debe darse lugar á que los educandos obren, prescindiendo de ella, por el interés del premio que se les dé; y para esto no hay mejor medio que premiar el bien despues de practicado, sin dar lugar á que el que lo ejecuta llegue á convencerse de que no puede haber virtud sin llevar en pos una recompensa material.

**EJEMPLO DE AMOR AL PRÓJIMO.**—El cuarto de los principios en que, según llevamos expuesto, se debe apoyar la conducta del educador para sembrar el amor al prójimo en el ánimo de sus educandos, dice: Hacer de modo que los niños no vean practicar jamás cosas contrarias á las que prescribe el amor que deben á sus semejantes, ni aun se aperciban de ellas.

Contrario á este principio es el sistema de educación que hemos llamado *terrorista*; y en contraposición se halla también la conducta de algunos que por su estado ó empleo están llamados á dirigir los sentimientos de la infancia.

Los padres que se alimentan de una manera mejor que sus hijos; los que maltratan de hecho á estos, á sus esposas ó algún otro individuo que forma parte de la familia, y los que en presencia de la misma amenazan, proyectan venganzas y se conducen de un modo poco caritativo con los demás; no pueden alentar sus hijos en el amor al prójimo, por cuya razón deben abstenerse de seguir una conducta semejante.

Los maestros que se muestren crueles con sus discípulos; que no sufran con paciencia (no con punible cachaza) los defectos de que adolezcan; que no sepan perdonar jamás al que falte, sean cuales fuesen las circunstancias del hecho; que, dominados por instintos coléricos é iracundos, no transijan cuando la necesidad les obligue con las inadvertencias y puerilidades de la infancia, amenazando y ensoberbeciéndose frecuentemente; y los que llevados de un excesivo celo, quizá, ó de una costumbre asaz imprudente, castiguen haciendo mal á sus discípulos y vayan armados de punteros, reglas, correas ú otros instrumentos denigrantes; tales maestros no pueden aconsejar el amor al prójimo con probabilidades de buen éxito; tales maestros no pueden inspirar confianza á los seres que dirigen, como no la inspira hombre alguno cuyas obras se hallen en abierta oposición con sus palabras.

Para que los niños amen á sus semejantes se hace preciso que todas las acciones de los padres y de los maestros manifiesten que estos aman tambien á los demás del mismo modo que quieren que sus educandos los amen.

La frase de haz lo que te digo y no mires á lo que hago no es mas que una simpleza con que creen cubrir sus faltas los que no saben colocarse á la altura de su mision moralizadora; y tratándose de la educacion de la infancia es una frase sin sentido, que debe proscribirse y ridiculizarse.

**ALENTAR LOS EDUCANUOS Á LA PRÁCTICA DEL BIEN COMUN.**  
Aparte las advertencias que llevamos hechas en la leccion presente, conviene que los educadores, aprovechando la oportunidad á que den lugar las acciones de sus educandos, traten de que estos se extasien contemplando sobre los hechos de ciertas narraciones ya históricas ya fabulosas en las cuales puedan observar la conducta de diferentes personajes que se condujeron constantemente del modo que aconseja la caridad cristiana.

La historia de Tobias, el comportamiento de José para con sus hermanos, y sobre todo los sublimes hechos de Jesucristo, bien aplicado esto á la conducta de los niños, y á sus acciones practicables, dan materia suficiente, para animarles á ejercer, no de cualquier manera, la caridad cristiana, sino hasta para ejercerla en grado heróico.

Cuentos morales en donde con maestría se describan minuciosa, agradable y claramente acciones virtuosas de este genero llevadas á cabo por niños fabulosos, vendrán á hacer sentir simpatía por ello, y á amar, en consecuencia, como á ellos, los actos que se describan.

Al tiempo de elegir el asunto de estas narraciones, debe évitarse un defecto muy generalizado que consiste en querer llevar los niños á un mundo moral que desconocen todavía.

Es muy comun hablarles por ejemplo, de hombres que han salvado la vida á sus semejantes tirándose á un rio, precipitándose en un pozo, y corriendo, en fin, riesgos que no están los niños en disposicion de correr, y que ni aun llegan á considerar verídicos; es muy comun hablarles de hombres que entregan generosamente capitales inconcebibles para los niños, de hombres que luchan con heroísmo en bien de otros, y de hombres, por último, que poseen virtudes que los educandos desconocen y que no pueden materialmente practicar; y aun cuando en tésis general no suele producir esto resultados negativos, si bien en determinados casos puede producirlos, no es de efecto inmediato el obrar así; y por tanto, han de elegirse para las narraciones aquellos asuntos que más puedan interesar el ánimo de la niñez, á consecuencia de ver en ellos retratada la conducta propia de su edad, y que diga relacion con sus aspiraciones y deseos.

A este fin, insertarémos en la leccion siguiente algunos cuentos, á los cuales conviene que se asemejen los que improvise el educador para que se aliente la niñez á seguir un plan de conducta que se halle en armonía con el amor que deben á su prójimo.

## LECCION XII.

### Cuentos morales para excitar el amor al prójimo.

*Sumario.*—Advertencias.—Los dos hermanos en la feria.—Camilo y su vecino.—Dorotea, Felipe y Elisa.

Es un axioma pedagógico, que los resultados en la educacion de la niñez dependen más que de las ideas enseñadas, del modo de haberlas enseñado.

Y aun cuando para aprender los procedimientos no hay cosa mejor que verlos practicar, con todo nos permitiremos hacer algunas advertencias á los que han de usarlos

en la narracion de cuentos morales, advertencias que nunca son inútiles, por mas que de ellas dejen de sacar los maestros tanto provecho, como de seguro sacarían al lado de una persona que, á la ejecucion y práctica real de la enseñanza, uniese sus consejos en el terreno mismo de esta.

Muchos son los que podríamos dar al educador para que sus palabras produjeran en la formacion del carácter de los educandos los efectos apetecibles; pero el no querer hacernos demasiado difusos, por una parte, y el creer, por otra, que muy pocos de los que nos lean dejarán de haber visto una escuela de párvulos bien dirigida ó dejarán de reflexionar sobre lo que podamos decirles para analizar detenidamente lo que condensado les expongamos, son motivos suficientes á que no nos extendamos todo lo que habíamos pensado de antemano.

Para que los cuentos morales produzcan buen efecto, se hace necesario que, entre otras, se tengan presentes las siguientes advertencias.

*Primera.*—Todo cuento moral ha de ser corto en su asunto esencial, de manera que aun cuando se revista con el atavío correspondiente para darle amenidad y verosimilitud, el hecho pueda explicarse en muy pocas palabras; por ejemplo: Un niño estaba merendando, encontró á otro que lloraba acosado por el hambre, y distribuyó con él su merienda.

*Segunda.*—Los cuentos han de ser sencillos en su *fin moral*. Hacer uso de narraciones en que menudeén y abunden las apreciaciones morales, es hacer fijar la atencion de los educandos en varias cosas que á la vez les interesan; y bien sabido es que las débiles facultades de la inteligencia infantil no pueden abarcar mucho, y bien sabido es tambien cuán informal y jugueton es su sentimiento para que intentemos por tal medio inutilizar aquellas y aumentar el coquetismo é informalidad de este.

20 Ningun cuento ha de dar lugar, en lo posible, á que de

él puedan hacerse diferentes apreciaciones morales, aun cuando sean todas ellas conformes y útiles. Si en una misma narracion, hablamos, por ejemplo, de la obediencia, de la sumision y de la caridad ejercida en distintas formas por algun niño, faltaremos á la sencillez del cuento con perjuicio de la perfeccion de los educandos.

*Tercera.*—Cuento que no sea verosímil se hace, mas que inútil, perjudicial; pues matando en la niñez la fé que debe de tener en el educador, da lugar á que aquella califique á este con el demigrante título de embustero (1), en cuyo caso las palabras del maestro solo producen risa, y son consideradas como divertimientos y bufonadas.

Abstengámonos, por tanto, de dar rienda suelta á nuestra fantasía al improvisar cuentos, y expongamos en el estilo de estos, los hechos reales que tendremos ocasion de observar entre los mismos niños, dentro ó fuera del recinto de la escuela.

*Cuarta.*—Aun cuando se quiere censurar por medio del cuento un hecho repugnante, no son convenientes nunca las exhibiciones en que se describa la práctica del vicio; sino que á este debe oponerse siempre la virtud correspondiente, engalanada con sus naturales y encantadores atractivos. En el caso, no obstante, de que esta sea impropia de los niños, por serlo tambien el vicio á que se oponga, debe prescindirse de toda narracion, que vendria á excitar la curiosidad infantil y á aumentar la precocidad moral de los niños, de infaustas consecuencias en la mayoría de las ocasiones.

Si queremos censurar el hurto, hablemos de la fidelidad; si queremos censurar un acto cruel, ensalcemos el humanitario proceder de algun personaje; si queremos combatir, en fin, el egoismo, narremos hechos generosos, y en diferentes aspectos caritativos.

(1) Por mas que muchas veces ó casi siempre callen los niños ante su maestro, y aparenten creerle, hay casos, no obstante, en que se le critica y trata de embustero. Escúchense algunos interesantes coloquios que suelen tener aquellos, y se verá cuán cierto es todo esto.

**Quinta.**—Háganse todos los cuentos oportunos ; esto es, que cuando se hayan de narrar deben buscarse asuntos en los mismos sucesos que se observen entre los niños, y si posible es, han de versar sobre los mismos hechos del momento. A este fin, si no mucha, se necesita por parte del maestro inventiva y algun tanto de imaginacion, facultades cuya falta puede suplirse en cierto modo habiendo leído muchos cuentos, y habiéndose ensayado en su arreglo y narracion por espacio de algun tiempo.

**Sexta.**—Advertirémos, últimamente, que antes de dar á conocer los cuentos es necesario que comprendan los discípulos la idea moral sobre que aquellos versen : de nada serviria hablar sobre la generosidad, sobre la compasion, sobre la humanidad, sobre la caridad, en fin ; y nada diarian tampoco á la inteligencia infantil las palabras generoso, compasivo, humanitario, y caritativo, si de antemano no *decíamos*, al menos, los actos de cuya repeticion resultan las virtudes mencionadas. Y si á todo esto se agrega el cuidado ineludible que se ha de tener para hablar á los niños en el lenguaje que les sea propio, sin perjuicio de ir corrigiendo poco á poco los defectos del habla de la infancia ; entonces habrá probabilidades de que los cuentos relativos á todo género de virtudes produzcan los resultados apetecibles en el perfeccionamiento moral del educando (1). Teniendo presentes las expuestas advertencias, conviene narrar cuentos parecidos á los siguientes, para cimentar el sentimiento de los niños en el amor que deben á su prógimo.

(1). Cuando hablemos de procedimientos de enseñanza, tendremos ocasion oportuna para ocuparnos mas extensamente sobre el particular.

## I.

## LOS DOS HERMANOS.

Adela y Benito, hijos de un honradísimo artesano, iban en compañía de su padre á la feria que se celebraba en una poblacion vecina.

Ambos llevaban el dinero que en el transcurso de mucho tiempo habian recibido de unos tios suyos que con frecuencia pasaban alguna temporada en su casa; pues aun cuando lo entregaban á su madre apenas lo recibian, esta se les guardaba para que al llegar una ocasion como la de que hablamos, pudieran invertirlos en juguetes ó hacer de ellos el uso que consideraran mas de su gusto.

Los dos hermanos marchaban alegres y contentos, asidos de la mano á las de su padre; y cada uno proyectaba en el camino las cosas que habia de comprar.

Yo, decia Adela, no se aun lo que me compraré, por que como nunca he visto ferias, ni sé lo que en esta podrá haber, ni sé de lo qué haya que me gustará mas.

Pues yo, proseguia Benito, sé que venden caballos de carton, escopetas, cartucheras y tambores: veré que es lo mas bonito, y aquello que me parezca mejor y no le disguste á papá, me lo compraré para jugar haciendo los soldados.

¿Te comprarás tu tambien, le decia á su hermanita, un caballo y una escopeta para jugar los dos á los soldados?

No, no; á mi no me gustan esas cosas, respondia Adela: á mi me gustan las muñecas.

Habla muy bien Adela, decia interrumpiéndoles el padre. Tu, Benito, podrás comprarte alguna cosa de las que has nombrado; pero tu hermanita se divierte mucho con sus moñas, y creo que, si las hay en la feria, le gustarán y hará perfectamente comprando la que mas le agrade.

Hablando , hablando sobre el mismo asunto, llegaron á la poblacion ; comenzaron á atravesar las calles en cuyas tiendas fijaban mucho la atencion Benito y Adela ; puesto que, no habiendo salido hasta entonces de su pueblo, todo cuanto veian les parecia nuevo y digno de ser observado.

No tardaron mucho en llegar al sitio donde la feria se hallaba establecida : un sinnúmero de mesas se presentaron á su vista, mesas que, unidas á las muchas barracas que se habian levantado los vendedores, habian convertido un gran campo en una especie de ciudad ambulante, cuajada de infinidad de personas de distintas clases que en diferentes direcciones andaban á todo lo largo de las extensas calles improvisadas por los puestos de vendedores.

Confundíanse los niños entre el tropel de gente, pero sin soltarse de la mano de su padre , quien minuciosa y cariñosamente les iba enseñando los objetos expuestos en la feria, y respondiendo á cuantas preguntas le dirigian sus hijos.

Fueron observando lo que habia, y si una cosa les gustaba, en seguida encontraban otra que les gustaba mucho mas.

Despues de haber recorrido la mayor parte del ferial, y convenido en que Benito se compraria un tambor , y un caballo de carton, que le habian gustado mucho, y en que Adela se compraría una cajita en donde habia una bonita coleccion de chismes de cocina, todos construidos de madera , y una muñeca preciosamente vestida ; llegaron á un pequeño arroyo en cuya orilla se hallaba un pobre niño vendiendo algunas estampas que, por carecer de mesa, habia colocado sobre el suelo.

¡ A mis estampas, á mis estampas ! ; Quién las compra !  
¡ Baratas, baratas !

Llamóles la atencion aquel muchacho, é incitados por la curiosidad de examinar su mercancía, y de ver de cerca al jóven comerciante, aproximáronse á él Adela, Benito, y su padre.

Muy cerca estaban ya del estampero cuando una fuerte ráfaga de viento, hizo que volasen por el aire repentinamente las estampas, de cuya venta pensaba el infeliz haber sacado la ganancia que su padre le tasara por la mañana, con la condicion de que si no la realizaba, no le daria de cenar.

Asustado el niño, corrió presuroso á un lado y á otro para ver de rescatar las estampas que el viento le habia arrebatado; pero, ¡oh desgracia! solo pudo hacerse con tres ó cuatro; pues las demas, habiendo ido á dar en el arroyo, se habian mojado de tal manera que era imposible venderlas aun despues de secas, porque no habria ninguno que las comprara.

Los ayes del muchacho, y el lloro en que prorrumpió al verse instantáneamente despojado del capital, y sugeto por consiguiente á las iras de su padre, inspiraban lástima y compasion á cuantos le observaban.

Adela y Benito no pudieron permanecer indiferentes á la desgracia de aquel pobre muchacho; y despues de haberlo consultado con su padre, instáronle á que de los cuartos con que habian de comprar ellos sus juguetes diese á aquel desconsolado niño el importe de las estampas que se le habian perdido é inutilizado para la venta.

Diez y seis reales llevaban entre los dos hermanos; y despues de dar ocho al pobre estampero, dijeron: pobrecito! por no verle tan triste, y porque no le castigue su padre!....

Nosotros, prosiguieron, ya nos arreglarémos.

Yo, decia, Adela, me compraré solo la muñeca.

Y yo, añadia Benito, solo me compraré el caballo de carton.

Las veces que el socorrido estampero les dió las gracias fueron muchas: los elogios que de aquellos dos hermanitos hicieron todos los que presenciaron el hecho, eran sin cuento.

Y cuando Adela y Benito abandonaron aquel sitio para ir á comprarse los juguetes en compañía de su padre que, lleno de gozo y satisfaccion, les llevaba de la mano, ambos sucesivamente repetian :

¡Pobrecito estampero! Y habíamos de haber permitido que él se quedase sin cenar mientras nosotros compráramos dos juguetes en vez de uno?

Eso no lo pueden hacer sino los que no aprecian á los demas como hermanos.

Y padre é hijos se mezclaron entre la multitud, complacidos de haber hecho un favor al desgraciado estampero.

## II.

### CAMILO Y SU VECINO.

Vivia Camilo, niño que apenas contaba diez años de edad, en una de las casas que se hallan construidas extramuros de Barcelona.

Su hermanita, que era mayor que él, se puso enferma cierto dia; y como ella acostumbraba ir al interior de la poblacion con el objeto de comprar la carne y la verdura, pues la madre era viuda, y no podia dejar abandonada una tienda con cuyo producto mantenia la familia, tuvo que encargarse Camilo de hacer lo que á su hermana no le era posible por entonces.

Levantóse, pues, muy de mañana el niño, se lavó, él solito se peinó perfectamente, bajó á la tienda, saludó á su madre, y pocos minutos despues emprendia el camino de la ciudad llevando una cesta, dentro de la cual le habia colocado su madre los cuartos para la compra, y un buen trozo de pan que para que se lo comiera á su regreso.

Poco trecho le faltaba para llegar á la primera calle de la poblacion, cuando en un lado del camino descubrió un niño de su edad que triste y melancólico se hallaba senta-

dito. ¿Qué hará allí aquel niño tan solo? decía para sí Camilo, y no bien se hubo aproximado á él reconoció al hijo de una pobre familia que vivía en la buhardilla de su misma casa, y cuya madre, viuda tambien como la suya, carecía por lo general de recursos para alimentar á tres niños que le quedaron cuando murió su esposo.

—¿Qué haces aquí, niño? le preguntó Camilo cuando hubo llegado á él. ¿Qué haces aquí tan solo?

—Estoy esperando á mi madre, respondió con tono compungido.

—¿Dónde está, pues, tu madre?

—Desde aquí la veo: está en aquel campo.

—¿Y qué hace allí?

—Buscar collejas.

—¿Y para qué las quereis?

—Las cocememos en casa, y nos las comemos.

—¿No comprais acelgas y espinacas como nosotros?

—Mi madre no tiene cuartos: los pobres!!.....

—¿Sois muy pobres, niño?

—Desde que murió mi padre, pocos dias podemos comer todo lo que queremos.

Pobre niño! murmuró Camilo. Y yo que te estaba viendo cuando subías y bajabas..... y no sabia que erais tan pobrecitos!!!

Acordándose entonces del pan que llevaba en la cesta, y viendo el hambre retratada en la cara de aquel desconsolado niño, no tardó en sacarlo y decir, entregándole:

—Toma, vecino, toma; toma este pedazo de pan: no tengo otra cosa que pueda darte; entrégaselo á tu madre cuando aquí llegue, para que os lo comais.

Es que tu te quedas sin nada.

—No importa, vecino: mi madre tiene mas en casa; podré comer de aquel cuando vuelva; y aunque así no suceda, buen provecho os haga, que yo ya se que mi madre tiene con qué darnos de comer al medio dia. A Dios, á Dios.

¿Estas contento?

— Mucho que estoy contento, respondió su vecino ; como que desde ayer por la mañana no hemos comido pan en mi casa.

Y Camilo prosiguió su camino hácia la Ciudad , muy alegre por haberse privado del almuerzo para socorrer á aquel infeliz ; y este se quedó muy contento , mirando unas veces á su bienhechor, otras al pan, que de buena gana se habria comido tan pronto como lo recibiera, y de cuando en cuando al campo donde se hallaba su madre, cuya llegada deseaba tanto para comunicarle el suceso, como para ver si le daba algun pedacito del pan que habian de distribuir tambien con los demas hermanos que habian quedado en casa.

Muy pronto la madre del niño hizo una seña, y marchando este hácia la parte del camino que aquella le habia indicado, juntáronse.

— Vea V. madre ; vea V. decia el niño mostrándole la dádiva con se le habia favorecido.

— Quién te lo ha dado, hijo mio?

— Camilo, el hijo de la tendera que vive en nuestra casa.

— Dios se lo pague ! Apenas lleguemos á casa nos lo comeremos con las collejas que llevo aquí y que coceremos tambien con esta poca leña que he podido recojer.

Llegaron á casa ; y como entraron en la tienda de Camilo á comprar dos cuartos de aceite, y contaran á su madre lo que les habia sucedido con su hijo, esta se puso muy contenta y hasta les devolvió los dos cuartos para que pudieran comprar sal, ofreciéndoles despues que les daria la comida que les sobraba todos los dias.

Ya se habian subido los pobres á su buhardilla, cuando llegó Camilo, muy satisfecho de haber practicado la compra como su madre se lo habia ordenado.

— Bien está, dijo la madre, despues de haber examinado lo que en la cesta traía el niño. ¿ Ya has almorzado, hijo mio?

—No, señora.

—Pues qué has hecho del pan que te he dado para que te lo comieras?

—He encontrado al niño que vive en el último piso. ¡Pobrecito! Me ha dado lástima el saber que no habían comido pan desde ayer mañana, y como yo sabia que hoy teníamos comida para el medio día, he preferido pasar una poca hambre, á que él pasara tanta, tanta como se me figura que padece.

—Has hecho bien, hijo mio; socorre á los pobres cuando puedas, que asi lo manda Dios, y él te premiará. ¡Cuántos infelices se morirían de hambre si no fueran socorridos por los que tienen! Coje otro pedazo de pan, que yo no quiero que dejes de comer teniendo en casa para poder hacerlo.

No sabes cuánto me alegro de que te compadezcas asi de los demas. Tambien nosotros deseáramos que nos socorriesen si nouviésemos.

É imprimiendo un beso en la frente de Camilo, púsole la cartera, para que, despues de haberse comido otro pedazo de pan, marchara á la escuela; pues eran ya mas de las ocho.

### III.

DOROTEA, FELIPE Y ELISA.

Hace bastante tiempo que tuve el gusto de visitar una escuela de párvulos, con el fin de ver al Sr. Maestro que la dirigía.

Fuíme á ella en compañía de mi señora, y llegamos al tiempo en que los niños iban reuniéndose, y se entretenían los que había en unos juegos muy bonitos que el Sr. Maestro les indicaba.

Vinieron este y su señora en seguida, nos saludamos, convidáronnos á que pasáramos á su habitacion; pero ha-

biéndoles dicho que deseábamos ver los niños aquella mañana, nos hicieron sentar allí mismo y prosiguió el recreo como acostumbraban á hacerlo, sin duda, todos los dias.

Los discípulos miraban á sus maestros; hacian cuanto se les mandaba; estaban alegres y contentos; y nosotros tambien lo estábamos mucho al ver tantos niños que, sin gritar y sin llorar, se divertian mucho mejor que en sus casas.

Pero de entre todos ellos, tres fueron los que más nos gustaron: una hermosa niña de cinco años, llamada Dorotea, otra de unos cinco años y medio, llamada Elisa, y un niño que no llegaría aun á los seis años, y que, segun nos dijo el Señor Maestro, se llamaba Felipe.

¿Y sabeis por qué nos gustaron estos tres niños más que todos los otros? Por que parecian unos verdaderos padres de sus compañeros.

Un poquito antes de concluir el recreo, observamos que Dorotea se retiró del corro general y que, llevando consigo á otra niña muy pequeñita, se la habia sentado sobre sus rodillas, le ataba una cinta que se le habia caido de la cabeza, y con la cual se le sostenia el pelo, y le colocaba tambien dos alfileres que se le habian desprendido del pañuelo.

¡Si vierais qué contentos estábamos los Señores Maestros y nosotros, viendo á la cariñosa Dorotea arreglando á aquella otra niña! Y es que como todos nos debemos cuidar!.....

Asi es que en aquella escuela no habia nunca niñas despeinadas, ni que llevasen mal colocada la ropa; pues tan pronto como á una se le estorbaba el cabello ó se le descomponian los vestidos, ya habia alli otras dos ó tres, y entre ellas Dorotea, que con gran cariño las arreglaban.

Cuando hubo transcurrido la hora de recreo, mandó el Sr. Maestro formar; ¡si vierais cómo los mayores enseñaban á los mas pequeños el sitio donde habian de colocarse!

Pero lo que más gusto nos dió fué verles al marchar para

entrar en la escuela, cómo todos marcaban el paso, y nadie hablaba ni se movía de su fila.

Cuando todavía estaban andando por dentro de la sala de clases, sucedió que un niño, á quien se le habían desatado los zapatos, estuvo á punto de caer, pues impensadamente habíale pisado las cintas otro que marchaba detras de él.

Pronto se dió cuenta del suceso Felipe; y, como sin duda tenía ya licencia del Sr. Maestro para poder salirse de su puesto siempre que fuese para socorrer á alguno de sus compañeros, marchó en seguida á donde se hallaba el citado niño, cogióle de la mano, sacóle al medio de la escuela, y, despues de haberle atado bien las cintas de los zapatos, dióle cariñosamente un beso, y volvióse al sitio que ántes ocupára.

¡Cuánto nos gustó la manera de comportarse Felipe!

Rezaron, subieron todos á la gradería, comenzó el señor Maestro á enseñarles unas cosas muy bonitas; y todos, todos le atendian de manera que ninguno mereció que se le reprendiera.

Hacía mucho calor, y como nos hallábamos tantos reunidos, una niña pequeñita dijo que le dolía la cabeza.

Antes que llegase á cojerla la señora Maestra, ya lo había hecho otra niña que tenia á su lado, y que se llamaba Elisa. Quiso ponérsela en brazos y sacarla al salon de recreo para darle una poquita agua, á ver si se le pasaba el dolor; pero como no podia, todos los niños y todas las niñas se convidaban á cuidarla. Dorotea y Felipe, como mayores, se unieron á Elisa, y los tres juntos con la señora Maestra la sacaron, mientras los demas miraban diciendo: » *yo tambien la cuidaría, yo tambien la cuidaría.* »

No tardaron mucho en entrar, y dijeron que la niña ya estaba del todo buena, y entonces se pusieron sus compañeros tan contentos...

Viendo que los niños de aquella escuela eran así, en-

tregamos al Sr. Maestro una papeleta de caramelos para que se les distribuyera, y nos marchamos muy contentos de que en aquella escuela todos se cuidaban unos á otros del mismo modo que manda Dios que nos cuidemos.

#### IV.

##### GENARO É HIPÓLITO.

Una vez estaban dos hermanos jugando en el portal de su casa.

El mayor, que ya tendría doce años lo menos, se llamaba Genaro, y el menor, que apenas habia llegado á los siete, se llamaba Hipólito.

Su padre, que les quería mucho, habia comprado un trompo, y al entregárseles para que le hiciesen bailar les dijo: Tomad, tomad; hijos míos, este trompo: mucho siento que no tengais cada uno el vuestro; pero cuando podamos comprar otro le tendreis, que ahora necesitamos para comer el poco dinero que se gana.

Y he tu que el mayor cogió aquel trompo y ambos hermanos se pusieron á jugar en el zaguan de su casa.

Como iba diciendo, pues, Hipólito y Genaro se divertían mucho, tirando el trompo una vez y otra vez otro, riéndose los dos cuando no bailaba bien, y observando quién le hacía bailar más tiempo.

En estas, y cuando hacía bastante rato que se entretenían, oyeron llorar otro niño que pasaba por delante del portal.

¿Qué hacen? Dejan la diversion, salen al dintel de la puerta, y mirándose mutuamente, y haciendo chocar instintivamente las palmas de sus respectivas manos, ¡Es ciego! exclamaron los dos.

—¿Que tendrá, añadió Hipólito?

—Andará perdido, respondió Genaro.

—Y no sabrá ir á su casa!

—Y á lo mejor le atropellará alguna caballería.

—Y se pegará contra la pared y se hará daño.

Diciendo esto Genaro, se aproximó al ciegucecito y cogiéndole de la mano, mientras Hipólito le limpia la cara con su pañuelo, le dijo :

—Por qué lloras, niño?

—No sé donde estoy. No sé mi casa.

—En qué calle está tu casa?

—Tampoco sé cómo se llama mi calle.

—Y tu cómo te llamas?

—Me llamo *el ciego*.

—Y tu padre como se llama?

—Se llama padre.

—Con que no sabes cómo se llama tu padre?

Y el ciegucecito seguía llorando; por que pensaba que ya no sabría ir á su casa.

No llores, tanto, no, le decía Hipólito: si no sabes ir á tu casa, ya preguntaremos nosotros donde está, y te llevaremos.

¡Pobrecito ciego! Se habian marchado sus padres á trabajar y lo habian dejado en la puerta de su casa; y por donde no, pasó un hombre tocando el organillo y como le gustaba mucho oír las tocatas, se fué poco á poco tras de él, no sabiendo volver cuando se habia separado bastante.

—Has comido ya? le preguntaron los dos hermanos.

—Esta mañana me he comido una cazuela de sopas que me ha dado mi madre.

—Pues ya tendrás hambre, ciegucecito, porque son las dos de la tarde... ¿Quiéres entrar en mi casa un poco y te acompañaremos despues á la tuya?

—Yo quiero ir á mi casa, respondió el ciego llorando todavía.

Al ver que lo que mas deseaba era ir á su casa, entró Genaro en la suya, contó á su padre lo que sucedía, y despues de haber recibido de este el permiso que le pedia para acompañar al ciego hasta que encontrasen su casa ó

alguna persona que le conociera , y un buen trozo de pan para que se lo entregasen , salió precipitadamente á la calle , entregó el pan al ciego , el cual dejaba de llorar á medida que se lo iba comiendo , y cogiéndole ambos hermanos de la mano , comenzaron á andar por las calles contiguas hasta ver si podian encontrar la del ciego.

Cuidábanle tan bien , y le hablaban con tanto cariño como si le hubieran conocido siempre , y cuando ya habian cruzado una porcion de callejuelas , y habian causado la admiracion de cuantos observaban el cariño con que acompañaban al pobre ciego , entraron en otra calle , por donde venia muy agitada una mujer que aparentaba buscar alguna casa con muchísimo interés.

—«¡ Hijo mio! exclamó aquella al distinguir su niño en medio de los dos que le acompañaban.

—¡ Madre! exclamó el niño al oír la voz de la que tanto rato habia buscado inútilmente.

Todos corrieron á encontrarse : la madre se abrazó á su hijo ; el hijo se abrazó á su madre ; y Genaro é Hipólito , gozaban de contento al ver que habian conseguido dejar el ciegucecito en brazos de su madre.

—Dónde le habeis encontrado , niños ? preguntó esta.

—Pasaba por nuestra casa llorando , respondieron , y como hemos pensado que andaba perdido el pobrecito.....

—Le habeis recojido , ¿ no es verdad ?

Cuánto me alegro , hijos míos , de ver niños que tan bien saben cuidar de los demás !

—Tomad , tomad , estos dos cuartos para que os compreis caramelos ; me habeis hecho un gran favor y siempre el ciegucecito y yo nos acordaremos de vosotros.

Genaro é Hipólito no quisieron admitir nada de aquella pobre mujer : « no , señora , respondieron ; nosotros estamos contentos de haber hecho este favor al ciegucecito ; y esté V. segura que si otra vez se pierde tambien le recogeremos , y trataremos de llevarle á su casa. A nosotros nos sabria bueno que lo hicieran con nosotros , y por esto

Y la madre del ciegucecito les abrazó y les dió un beso, despues de lo cual ella entró en su casa, que estaba próxima, y Genaro é Hipólito, volvieron muy contentos á la suya para continuar jugando con el trompo.

### LECCION XIII.

#### Reglas generales de educacion moral-religiosa.

*sumario.*—Mirada retrospectiva.—Insuficiencia de la educacion.—Optimistas.—Educacion á la lijera.—Perseverancia del educador.—Vínculos que deben unir entre sí á educadores y educandos.—Medios de ganar la confianza de los niños.—Importancia y necesidad del buen ejemplo.—Resumen.

En una de las lecciones de esta segunda parte, dijimos que los niños, durante la infancia, no practicaban, salvando muy raras excepciones, verdaderos vicios ni virtudes; y que, aun cuando su voluntad se observaba tan libre como en el hombre, y tan dispuesto como la de este para ejecutar actos de distinta índole, faltábales, sin embargo, casi siempre una verdadera conciencia de los hechos, lo cual quitaba á las acciones el carácter moral que debe distinguirlas.

De aqui se puede deducir esa falta de formalidad, si así puede llamarse, con que los niños obran; y de aqui tambien, la insuficiencia de los procedimientos represivos y coactivos, que hemos condenado ya en otra parte de nuestra obra, y con los cuales, no solamente dejan de ser corregidos los defectos, sino que casi siempre se los hace amar, y hasta se excitan otros nuevos que, aun cuando de distinta naturaleza, no dejan de ser igualmente funestos.

Un niño poco amante del estudio, acostumbra á asistir con poca puntualidad á la escuela: llaman más su atencion las calles, que la enseñanza, y halagan más sus deseos los juegos, que las lecciones. El maestro que vea en

este hecho repetido una costumbre maliciosa, recibirá al niño con marcadas muestras de desagrado, y para castigarle, no permitirá que vaya á casa sino despues de haber transcurrido algun tiempo desde que los demas marcharon á las suyas. Pero el que en la accion de que nos ocupamos vea tan solo un hecho hijo de la impremeditacion infantil, recibirá con afabilidad al, más que perezoso y desaplicado, informal y tonto, le colocará en su sitio cariñosamente, velará sus operaciones con especial atencion, procurará que durante su corta estancia en la escuela se haga digno de obtener alguna recompensa, y al finalizar las clases, haciéndole saborear la satisfaccion de aquella, y prometiéndosela mayor si viene con puntualidad, le despedirá de tal modo, que se haga natural en él ese deseo con que todos amamos y queremos ver repetido lo que de algun modo nos halaga.

De ambas maneras hemos obrado; y hemos conseguido mejores resultados por el segundo medio, que por el primero. Y es que *la voluntad del niño no se educa tanto ni tan bien reprimiéndola, como dirigiéndola.*

Harto sensible se hace el tener que corregir, cuándo en un discípulo cuándo en otro, los mismos defectos todos los días; pero es preciso que en los hechos de los niños no veamos mas que los defectos poseidos por nosotros cuando contábamos su misma edad; es preciso que recordemos cuánto deseábamos ver en nuestros maestros un semblante amable; es preciso que recordemos la gradacion sucesiva con que fuimos perfeccionándonos y corrigiéndonos; es preciso que recordemos la constancia con que nos aleccionaban nuestros padres y nuestros preceptores; y es preciso que recordemos, en fin, que la miñez, de suyo informal, torpe y juguetona, no necesita mas que ver cariño para amar, y noble ascendiente, rígida justicia y desinteresado celo para respetar y ser agradecida.

Quien desee que los niños obren como él, y piensen como él, y obedezcan, y juzguen, y racionen y entiendan

como él, no solo verá burlados sus deseos, sino que, atormentado continuamente por no verlos cumplidos, dejará de estar dispuesto á obrar siempre de manera que *los discípulos, sin comprender que se les contraría en sus inclinaciones, hagan siempre lo que proponen sus maestros*, á lo cual debe aspirarse siempre.

Aun así no conseguiremos nuestro objeto; porque es preciso tener entendido que *la educacion no consigue variar por completo la naturaleza moral del individuo*.

Si esto no fuese cierto, atendiendo á lo mucho que se ha escrito sobre los medios de dirigir al hombre por el camino de su perfeccionamiento, y á lo que los mentores y los padres de familia se afanan por grabar en el corazon de la niñez los gérmenes de la virtud, la humanidad debia de constituir ya una sociedad de ángeles sobre la tierra.

El hombre tiene poderosos enemigos de su felicidad: la carne con sus apetitos; el mundo con sus ejemplos, y el demonio con sus infernales sugerencias, le incitan constantemente al mal, le pervierten y le seducen; y he aquí la causa de que la educacion, mejor que una medicina curativa, sea un medicamento paliativo y confortable, que unas veces aminora los efectos del mal, y otras veces opone resistencia á su desarrollo y crecimiento.

Así como el arte de curar no llega muchas veces á atajar los mortales efectos de las enfermedades corporales, por mas que en algunos casos las contenga ó las extinga, así tampoco el arte de educar es, en la mayoría de los casos, sino un atemperante que, ó hace menos sensibles los efectos del vicio y la malicia, ó evita mayores males oponiendo un dique á su desarrollo.

Convicciones contrarias á la que acabamos de exponer, han contribuido á hacer considerar como inútiles los trabajos del educador, á que muchos maestros crean imposible la realizacion de sus propósitos, á que otros desprecien la parte principal de su verdadera mision, y á

que se pierda la fé y la constancia que tanto se necesitan en el encargado de dirigir los primeros impulsos de los corazones infantiles. *No seais optimistas, y aun cuando de-jeis de conseguir para vuestros discípulos aquella perfeccion que deseais, tened entendido que TODO ES MUCHO Y DE INESTIMABLE PRECIO lo que se consigue en la educion de la infancia.*

Quando tratáis de enseñar á escribir, no siempre conseguís que todos vuestros discípulos tracén bellezas caligráficas, y os dais por satisfechos con trabajar constantemente para que se instruyan, sea despues cualquiera la forma de letra que hayan adquirido.

Haced, pues, tambien lo mismo en educacion moral religiosa: trabajad con constancia; que si no podeis conseguir discípulos perfectos, es preciso entender que ni la educacion lo puede todo, ni es cosa de un solo dia, ántes bien el hombre se educa mientras vive.

Acabamos de decir que la educacion no es obra de un solo dia; y tanto es así, que quien procure obrar con arreglo á algun otro principio, no conseguirá mas que engañarse á si mismo.

*No hay cosa mas contra razon ni más opuesta á lo que la observacion nos ha manifestado, que pretender sembrar la virtud y desarraigar los vicios en poco tiempo.*

Querer curar momentáneamente las heridas del alma es lo mismo que cicatrizar una grave llaga corporal, haciendo caso omiso del mal que ha podido extenderse por el interior de los tejidos.

Es indispensable tener entendido que en poco tiempo no puede volverse humilde á un niño orgulloso, ni caritativo al egoista, ni dócil al pertinaz y desobediente.

¿Sabeis cuál es el verdadero resultado obtenido por los maestros que, guiados por un espíritu fuerte, y engreidos de que poseen un ingenio particular para mejorar las costumbres de sus discípulos, obran de modo que en muy pocos dias presenten sus escuelas una fisonomia moral

agradable y seductora? No es otro mas que la hipocresía, con diferentes trajes ataviada.

¿Queréis saber hasta dónde llega la virtud de vuestros educandos, y los grados de perfeccionamiento que han adquirido bajo vuestra direccion? Observadles en las calles, en las plazas, en los templos, en todos los sitios donde no les sea fácil presumir que son vigilados por sus mentores, y donde tengan, sin embargo, ocasion de faltar á lo que los preceptos morales y religiosos les prescriben: alli podreis conocerles tales como son; pues habeis de tener entendido que, por distintos motivos, á nadie engaña mejor el carácter de la niñez, que á las personas encargadas de su educacion y su enseñanza.

Cortos son los alcances intelectuales de los niños de tres á seis años de edad, dócil su voluntad á los caprichos de sus deseos instintivos; pero, apesar de esto, les hemos visto contenerse de tal manera, y les hemos observado una decision tan marcada á secundar nuestras conocidas intenciones, que á las dos ó tres veces despues de haberles corregido un defecto ya no lo han manifestado donde nosotros podíamos observarles, aun cuando lo hayan hecho cuando se creían libres de nuestra vigilancia.

Solo asi se concibe que con frecuencia se presenten á los maestros las madres de los niños, y á estas las personas estrañas, dando cuenta de malos hábitos, que no han sido observados por los inmediatamente encargados de corregirlos, á consecuencia de la reserva con que, á sabiendas, se conducen los educandos en presencia de sus educadores.

¿Y habíamos de darnos por satisfechos con resultados tan ficticios, como los de conseguir que los niños fuesen buenos en nuestra compañía solamente? ¿Y habrá de cegarnos el amor de maestros, como á los padres ciega el cariño que profesan á sus bijos, bien para no conocer los defectos de nuestros discípulos, bien para no creer en los que manifiesten poseer cuando se hallen alejados de noso-

tros, bien para considerar que en virtud de una simple correccion nuestra quedan limpios de toda mancha que empañar puede sus caractéres, hábitos y costumbres?

El mal no se desarraiga fácilmente, y su extirpacion se imposibilita tanto mas, cuánto mayor haya sido la coaccion ejercida sobre el corrigiendo, y la satisfaccion del corrector en sus propia obras.

*Sin desalentarse y sin coartar la voluntad de los educandos, es preciso trabajar continuamente para desarraigar el mal y sembrar el bien, no creyendo jamás que los defectos se hallan enteramente aborrecidos, ni las virtudes suficientemente acariciadas.*

Y si el educador no ha de deducir los efectos de sus trabajos de la conducta que observen sus discípulos ante su presencia; y si no ha de tratar solamente de conseguir en estos un tinte de virtud superficial, que dura el tiempo mientras el cual la mano del maestro se ocupa en pulirla y suavizarla; claro está que mucho menos ha de cuidarse de esa mal llamada educacion (cuyos efectos creemos haber puesto de relieve en otra leccion de este libro) que consiste únicamente en enseñar á definir los vicios y virtudes y en recitar las reglas de moralidad y los principios del dogma. *La religion que no se hace sentir y la moral que no se hace praticar gozosa y voluntariamente en todas las ocasiones, no prestan ventaja alguna.*

Por esto, á aquellos trabajos que tienen por objeto hacer que los niños se vuelvan virtuosos en cuatro dias, y que sean buenos mientras permanecen en la escuela, y que reciten de memoria el catecismo y las reglas de la moral, no constituyen mas que una *educacion á la lijera*, de tan infaustas consecuencias, á veces, como el abandono mismo.

*Costumbres y no actos aislados; sentimientos, no palabras:* hé aquí lo que debe tratar de conseguir en sus alumnos la persona que quiera engalanarse con el honroso título de preceptora de la infancia.